SINOMBRE Y YO –2

12 de agosto de 2019

Tú te fuiste, te moriste

Necesitamos estar solos. En algún lugar rodeados de naturaleza, en silencio frente a la tarde, con el rumor de un arroyuelo de fondo, bajo el cielo azul y acariciados por el vientecillo limpio.

Tú, hace muchos días, muchos meses, muchos años que te moriste. Enterré tu cuerpo sin vida, por donde crecen las viejas nogueras, junto a la roca del manantial milagroso. Yo mismo con mis manos, mientras me chorreaban las lágrimas por las mejillas, escavé tu tumba. Este era el rincón que, a lo largo de toda tu vida, más te había gustado. Por eso te di sepultura en este sitio en aquel primoroso mes lleno de flores, aromas a hierba fresca, canto de pajarillos y hermosas nubes colgadas en el cielo. Era el mes más potente de la primavera. Tú te marchaste en época de primavera. Lo recuerdo con toda claridad, aunque hace ya muchos, muchos años que sucedió esto.

A partir de aquel momento, dejé de escribir en tu libro. El precioso libro que había empezado a escribir siete años antes, justo cuando nos hicimos amigos. A partir del momento en que te moriste, cerré sus páginas. Lloré y te recordé durante muchos días. La soledad y la pena no se iban de mi corazón y los recuerdos me asaltaban en todo momento. A lo largo de siete años, día a día, habíamos vivido momentos muy importantes,

bellos, sencillos, llenos de emociones algunos días, llenos de juegos y fantasías, muchas mañanas y tardes y llenos siempre de ansias de cielo, de eternidad, de paraísos lejanos donde no existiera ni el dolor ni las pérdidas ni la muerte de las personas y cosas queridas.

A partir de aquel momento y aún ahora después de tanto tiempo, deseé irme contigo. Se me hizo y se me hace muy difícil seguir en este mundo como esperando, nunca he sabido ni sé qué. Siento latir mi corazón cuando duermo, respiro el aire que me regalan las mañanas, las tardes y las noches, aspiro el olor a tierra mojada cuando llueve en otoño y el perfume de las flores cuando florecen en primavera, escucho el canto de los mirlos, el arrullar de las tórtolas y el piar de los gorriones, me embeleso con el murmullo del agua yéndose por la corriente de ríos, arroyos o manantiales y me extasío en los atardeceres sobre la Vega de la ciudad que conoces. Todo esto y muchas más cosas siento y palpo y ninguna me sacian plenamente. Es como si, en cada momento, estuviera esperando que justo llegué el final. Como si nada tuviera en este mundo o como si mi casa y hermosas cosas soñadas, estuvieran justo en el reino al que tú te has ido. Por eso quisiera irme yo también y así te lo digo.

Aprendí contigo y luego después he aprendido más, que ni las cosas ni las personas duramos para siempre. Todo pasa y pasamos, llegan nuevas realidades, nacen nuevas cosas y vidas y el tiempo no se detiene. Nada se puede mantener para siempre y ni siquiera es inteligente intentarlo. Y sé que ni siquiera es bueno alimentar los recuerdos con aquello que ya se fue. Nada se consigue con ello porque lo nuevo tiene que nacer y desarrollarse. Y lo nuevo, las personas que

van naciendo y creciendo, tampoco es bueno que se alimentan mucho o se les obligue a mantener las cosas del pasado. Es necesario que las cosas, las personas, los animales y las plantas, nazcan y mueran. No sé explicártelo mejor pero parece que así el Creador de todo cuanto existe, lo tiene decidido. Extraña es la vida a veces, hermosa y bella, misteriosa en muchas cosas y dolorosa, a veces, muy dolorosa.

Cuando estabas, en más de una ocasión te decía:
- Necesitamos estar solos. En algún lugar rodeados de naturaleza, en silencio frente a la tarde, con el rumor de un arroyuelo de fondo, bajo el cielo azul y acariciados por el vientecillo limpio. Necesitamos de estos encuentros con nosotros, con la transparente belleza de las cosas, los profundos misterios del Universo y el Creador de todo. Porque nuestra alma necesita de este alimento.

¿Te acuerdas como, a lo largo de todas nuestras vivencias, por las noches nos gustaba contemplar las estrellas? ¿Te acuerdas como nos gustaba imaginar que en alguna de estas estrellas, estaba nuestra princesa esperándonos? ¿Y te acuerdas como acurrucados uno contra el otro, nos quedábamos dormidos mirando a estas estrellas y soñando este sueño? ¿Que dónde está ahora nuestra princesa? Sabes que de la noche a la mañana, guardó silencio y nunca más supimos de ella. No nos enfadamos entonces ni tampoco ahora le reprochamos nada. En la vida, casi nunca las cosas son tal como se sueñan. Y hay princesas que sí lo son de verdad y otras, aunque tengan el título, su categoría es pequeña. Pero también aprendimos juntos que lo que hagan o cómo se

comporten los demás, no debe disminuir ni el amor ni la bondad de nuestros corazones. Juntos aprendimos esto y juntos lo practicamos hasta donde pudimos.

¿Te acuerdas de las primeras lluvias al llegar el otoño? A mi memoria acuden ahora estos momentos y aquellos días porque hoy, ya el verano va camino de dar paso al otoño. Nos gustaba a nosotros mucho cuando, en este preámbulo del otoño, las nubes aparecían en el cielo y comenzaban a derramar las primeras lluvias. Nos gustaba el olor a tierra mojada que enseguida se extendía alrededor nuestro y por todo el aire. Recuerdo que alguien me dijo un día: “La responsable del agradable olor a tierra mojada que solemos percibir tras la lluvia, es una bacteria inofensiva llamada Streptomyces coelicolor. Este microbio, productor de esporas, se encuentra en la mayoría de los suelos y produce una sustancia llamada geosmina, palabra de origen griego que significa “aroma de la tierra”.

A nosotros nos gustaban ver las nieblas revoloteando por las laderas hacia las partes altas de las montañas como buscando irse no sabíamos a dónde. Nos gustaba oír el ruido de las gotas de lluvia cayendo sobre las hojas de los árboles, sobre las piedras o sobre el ocre polvo de los paisajes. Nos gustaba sentir el airecillo fresco que en los momentos de la lluvia y después, se empezaba a mover con letargo. Como si de pronto todo se despertara de una larga y muy espesa siesta y se prepara para un momento especial. Nos gustaban los tonos de las tardes y mañanas en estos días, nos gustaban las nubes en formas y colores distintos como colgadas del cielo, nos gustaban los atardeceres color naranja y rojo sangre derramándose en las grises y negras nubes, nos

gustaban, días después, ver brotar las flores del azafrán silvestre por todas las laderas de las montañas, nos gustaba el brillo nuevo de las hojas verdes en los árboles y nos gustaba todo, todo. Yo me acuerdo especialmente de todos aquellos días en los primeros momentos del otoño y la cantidad de emociones distintas y maravillosas que sentíamos en nuestros corazones. Ahora, dentro de pocos días y como en aquellos momentos, va a llegar el otoño. Aparecerán las tormentas y las lluvias caerán como en aquellas ocasiones. Sé que no estarás pero en mi corazón se despiertan muchas sensaciones y por eso recuerdo esto y lo escribo. La estación del otoño creo que es la más hermosa parte del año. El otoño trae y se lleva cosas muy bellas, profundas, poéticas, espirituales, materiales, alegres y tristes.

Cuando era pequeño, sentía casi con la misma emoción estos primeros días del otoño. Desde la puerta de la casa donde vivía, desde la ventana de mi habitación que daba a las montañas y al valle por donde el río se alejaba, siempre me gustaba observar los extraños, misteriosos y a la vez hermosos fenómenos que estos días de otoño traían. Inmóvil, como ausente, en silencio y como meditando, me quedaba mucho rato mirando a las nubes negras asomar por encima de las montañas. Al poco veía y sentía los relámpagos y los truenos y no mucho después, comenzaban a caer las lluvias. A veces torrencialmente y otras veces, como jugando entretenidos juegos con las hojas de los árboles y las ráfagas del viento. Luego me gustaba ver los pequeños arroyuelos que enseguida aparecían y se desempeñaban ladera abajo hacia el barranco del río. Me gustaba oír el ruido de estos pequeños arroyuelos arrastrando hojas secas, pasto y tierra. Me gustaba

respirar y oler el aroma de la tierra majada y me gustaba, como ya te he dicho, ver las misteriosas nieblas que de los barrancos comenzaban a elevarse. Como en bandadas de mariposas libres en busca de mundos desconocidos. Eran momentos misteriosos, llenos de asombros bellos e incomprensibles y cargados de mensajes grandes, muy grandes.

Por estos primeros días del otoño, era cuando a nosotros nos gustaba recorrer los campos en busca de las almendras. "Son los nuevos frutos del otoño", te decía yo y tú te emocionadas. Sí, porque al comienzo del otoño es cuando se recogen las almendras, las nueces, los higos chumbos, los higos normales, Ficus carica, las avellanas, las granadas, las uvas y también las acerolas, majoletas, azofaifas, algarrobas y las moras de las zarzas silvestres que crecen junto a los manantiales, arroyos y ríos. Las naranjas, membrillos, castañas, bellotas, nísperos de invierno y aceitunas, maduran un poco más tarde. Ya casi al final del otoño o en las primeras semanas del invierno. Las setas en los bosques, pinares, encinares, entre jaras y tomillos, brotan y crecen en el otoño. Por eso es tan importante que las lluvias caigan precisamente al comienzo del mes de septiembre, ya próximo a los días otoñales. Si llueve por estos días y las temperaturas se mantienen más o menos estables, en los campos no tardan en aparecer las setas. Los níscalos, champiñones, setas de cardo y muchas más. Algunas muy buenas de comer y otras, no tanto. ¿Te acuerdas tú cómo disfrutábamos también nosotros recorriendo los paisajes en busca de estos exquisitos frutos silvestres?

Donde yo enterré tú cuerpo cuando te moriste, como ya te he dicho, junto a la roca del manantial, los

rosales y las nogueras, crecen espesos los escaramujos o rosas caninas, rosales silvestres. En primavera dan estas plantas flores pequeñas blancas o color rosa y en el otoño, estas plantas muestran las semillas maduras. Una especie de baya que al madurar por completo se torna naranja o roja sangre y dentro tienen las nuevas semillas. Bastantes animales silvestres se alimentan con estos frutos y también algunas personas los recogen para hacer infusiones. Así que este sitio donde ahora duermes para la eternidad, también en estos momentos el otoño lo cambia. Como si esta estación del año, de alguna manera, como si alguien muy poderoso, como si la naturaleza desde su silencio y tremenda fuerza, tuviera interés en rodear de armonía y belleza tu eterno sueño.

Por aquí cerca, donde descansas y el silencio y el tiempo parece arroparte en un invisible cielo, hay muchas hormigas. Insectos sociales que pueblan la tierra por todas partes en el mundo y que en este lugar concreto, se mueven y viven muy pacíficamente. Yo lo recuerdo ahora porque a ti también esto te gustaba: después de las primeras lluvias al final del verano o comienzo del otoño, en todos estos hormigueros y otros muchos más, empezaba a verse las alúas. Las observabas tú como meditando filosóficamente y, de vez en cuando, me mirabas. Yo entendía que querías preguntarme sobre estos insectos y por eso, a mi modo para que tú también lo entenderás, te decía:

“Cuando termina el verano y llegan las primeras lluvias, las hormigas voladoras abandonan su hormiguero para crear nuevas colonias. Este fenómeno se da después de que las hormigas con alas hayan realizado su vuelo nupcial o de fecundación. Tras éste,

las hormigas pierden sus alas o mueren. Este tipo de hormigas son fértiles y pueden ser tanto machos como hembras, a diferencia de las hormigas sin alas, también conocidas como hormigas obreras, que no son fértiles y su objetivo principal es almacenar comida. La meta en la vida de las hormigas con alas es esperar a que llegue la época de las lluvias y abandonar el nido. En este momento, realizan su vuelo nupcial y se juntan en enjambres con machos y hembras de otros nidos cercanos y ahí es donde eligen a sus compañeros. Una vez que la hormiga reina ha sido fecundada, esta busca un sitio nuevo donde poder comenzar a crear su nido y establecer posteriormente su colonia. Cuando la reina elige su nuevo hogar, pierde las alas y se dedica a construir un nido y a poner huevos. La reina ha almacenado el esperma que ha ido recogiendo durante el apareamiento y luego elige mediante una fecundación selectiva los huevos que quiere poner".

Por estos días de las hormigas con alas y las primeras lluvias, también nosotros nos volvíamos como niños pequeños observando otros casi insignificantes detalles. A los cinco o seis días de caer las primeras lluvias, casi siempre en forma de tormentas que son las que anuncian el final de los días calurosos del verano y van dando paso al pórtico del otoño, comenzaba a brotar la hierba. En las praderas que conoces, junto a los caminillos, a un lado y otro de los arroyuelos, por entre los olivos y la viña, por donde el bosque de los robles, las laderas a un lado y otro del río y por las tierrecillas junto a los charcos del cauce. A los cinco o seis días de las primeras lluvias, empezaban a verse por todos estos lugares, pequeños tallos muy verdes y brillantes.

Al caminar contigo por los sitios que bien sabes, a veces me paraba y te decía:

- Fíjate que de nuevo vuelve la vida. Es un milagro y al mismo tiempo un mensaje grande, muy grande. Todos los años por estas fechas más o menos, brotan las primeras matas de hierba. Muchos, muchos años hemos visto ya este maravilloso milagro. Y estas pequeñas matas verdes que ahora empiezan a brotar, no son las mismas del año pasado ni serán las mismas que vuelvan el próximo otoño. Pero siempre parecen las mismas porque nacen con la misma belleza, el mismo color verde brillante, la misma frescura joven, la misma fragilidad y trayendo cada año el mismo mensaje. Es como si no les importara absolutamente nada de lo que ocurre entre los humanos y en el Planeta Tierra. La hierba nace, se ve pequeña y débil, crece vigorosa y fuerte y trae siempre el mismo mensaje.

¿Qué cuál es este mensaje? Fíjate que la hierba que nació el año pasado también a los pocos días de caer las primeras lluvias después del verano, ahora ya no tiene vida. Un año después, si miras por las praderas que nos rodean y las tierras cercanas, verás que aquella hierba es puro pasto color canela o naranja claro. Al llegar el verano, se secó. Sus semillas han sido recolectadas por muchas hormigas, buscada por algunos pajarillos y otros animales silvestres y las que han quedado esturreadas por el campo, ahora al llegar de nuevo las primeras lluvias, brotan y se convierten en las matas de hierba grandes y pequeñas. ¿Ves el mensaje?

Por entre el pasto, por entre los esqueletos de la hierba que estuvo repleta de vida, por entre las cenizas, por entre la materia inerte y muerta, brota de

nuevo la vida. Y lo hace de tal manera, que pareciera que por primera vez hubiera vida en el mundo. Como si por primera vez la vida se diera. Como si pareciera que lo que ha sido antes y ha llegado hasta aquí, a partir del momento en que de nuevo la vida comienza, lo que fue ya no sirviera para nada. Como si no hubiera existido. Y la pregunta podría ser que ¿para qué sirve entonces tantos raudales de vida en este mundo? ¿Para qué sirve tanta vida si dentro de nada la nueva hierba otra vez será pasto y se pudrirá y se quedará perdida en el tiempo y en la materia para siempre?

Ha pasado esto con las personas que conocíamos, con aquellos que creíamos que eran nuestros amigos, con el padre, la madre, los hermanos… Todos estuvieron llenos de vida y un día se convirtieron en pasto. Se deshicieron en el tiempo y en la materia y ahí están para siempre perdidos en la inmensidad del Universo. Solo nosotros algunas veces pensamos en ellos y nada más. Todo, absolutamente todo, ellos mismos, sus pensamientos, sus obras, sus sueños, sus pasos por estos lugares, sus gotas de sudor, sus alegría y sus penas, de ninguna manera ya existen ni son nada. Es lo que te sucederá a ti y a mí quizá no dentro de mucho. Pero la hierba, ya lo ves, después de las primeras lluvias cuando va acabando el verano, brota y parece traer al mundo entero vida por primera vez. Parece esto y sin embargo no es así aunque en el fondo es enormemente bello y nos gusta mucho a nosotros. Nos gusta el color de la hierba, nos gusta su aroma, nos gusta su brillo cuando le dan los primeros rayos del sol de la mañana, nos gusta su temblor cuando el aire la caricia y nos gusta la hermosísima alfombra verde que extiende por todos estos lugares.

Y aunque sea cierto todo lo que te estoy diciendo, cuando ahora después de las primeras lluvias brota de nuevo la hierba, no siento alegría. No me alegro de que una vez más este milagro se repita. Son tantas las veces que he visto nacer la hierba cuando se va acercando el otoño, que ya casi no me transmite emociones. Que no me alegro como sí cuando estabas tú y también todos los que se han ido. ¿Sabes por qué me sucede esto?

El tiempo no ha dejado de avanzar y, sin que apenas lo haya notado, me ha acorralado en el lado de la vejez. Me ha hecho viejo, muy viejo. Y puede que por esto precisamente ya apenas tenga ilusión por nada en este mundo. Sé que como tú, cualquier día voy a marcharme de este mundo para convertirme en esqueleto de pasto, después en polvo y olvido para siempre. Tantas cosas he perdido, a tantas personas he visto irse para siempre, tanto todo ha cambiado una vez y otra, tanto y tanto se ha ido alejando y dejándome en la orilla, que ahora ya tan viejo y casi sin fuerzas ni amigos ni metas, no tengo ilusión por nada. Como si solo esperara el momento de irme como lo hiciste tú.

así, cuando en estos días han caído las primeras lluvias antes del otoño y las primeras matas de hierba empiezan a brotar, al verlas me acuerdo también cuando compartía contigo otros detalles curiosos. Por entre los primeros y endebles tallo de hierba, cerca del cortijo, cerca del arroyo del balneario, cerca de la viña y por las veredas, nos gustaba nosotros observar a los últimos cigarrones. Pequeños saltamontes que, en estos templados días últimos del verano y pórtico del otoño, parecían surgir como de la nada por entre los primeros

brotes de hierba. Pequeños a veces algunos y otros un poco más grandes y que al acercarnos nosotros, saltaban de acá para allá como si te miran algo. Contigo comentaba muchas cosas de estos pequeños insectos y también de las chicharras. Al irse acabando los días del calor del verano, las últimas chicharras se agarraban a las ramas de los fresnos. Después de las lluvias, algunas de estas chicharra, todavía cantaban al mediodía y al caer las tardes. Parecía que no quisieran irse aunque ya su tiempo se había terminado. ¿Te acuerdas tú de esto cuando íbamos por los paisajes buscando las almendras que habían caído de las ramas?

Lo de las almendras era muy divertido y agradable. Casi siempre, al caer las tardes, nos íbamos por la ladera de los almendros y, de entre el pasto o los primeros tallos de hierba, recogíamos todas las almendras que ya habían caído. Al pasar el viento y mover las ramas de los almendros, los frutos ya maduros y bien secos, se desprenden de sus tallos y caen al suelo. La naturaleza sabe mejor que los humanos, cómo hacer las cosas. De vez en cuando nos parábamos y, mirándonos el uno al otro, nos comíamos un puñado de estos frutos. Tú, con la cáscara y todo y yo, partiendo almendra por almendra sobre las piedras. Me gustaba mucho verte royendo estos frutos pacientemente mientras me mirabas o mirabas hacia los barrancos de las montañas como si buscaras algo. Te lo decía y esto a ti también te llenaba de satisfacción. Siempre tus miradas han sido enigmáticas, profundas bellas, muy bellas.

Me acuerdo en estos momentos de una mañana muy concreta. Era exactamente la mañana del

día veintidós de septiembre. En los primeros días de este mes, habían caído algunas tormentas. Por eso esta mañana ya la hierba estaba un poquito alta. Las temperaturas aún se mantenían templadas y el cielo aquella mañana amaneció por completo azul. Por eso a media mañana sentí deseo de andar un poco por los paisajes que conocíamos. Te lo dije y cuando ya nos preparábamos para recorrer los caminillos nos llamó la atención algo que nunca habíamos visto por estos lugares. Un coche, una furgoneta no muy grande adaptada para rulot, por la noche había aparecido por aquí. Los que en este coche venían, lo habían aparcado en el camino por encima del balneario, no muy lejos de algunos árboles de almendros y granados. Desde la distancia, miré y VI a alguien cerca de este vehículo. Las puertas de atrás estaban abiertas y en una de ellas había un perro negro amarrado. Te dije:

- Ni nos vamos a preocupar por la presencia de este coche ni tampoco vamos a decir nada a las personas que hay estén. Parecen jóvenes turistas de estos que de vez en cuando llegan a un sitio, están un par de días y después se marchas para seguir sus aventuras.

Tranquilamente no pusimos a caminar nosotros dirección al balneario por donde también estaban los almendros. Al pasar cerca de este coche y ver al perro negro amarrado a la puerta de atrás, lo llamamos y el animal ni siquiera nos hizo caso. En el suelo tenía dos recipientes metálicos. Intuí que uno era para la comida y el otro era para el agua. Seguimos adelante con nuestro proyecto y al poco, pasamos rozando las ramas de varios almeces. Desde aquí, algo al lado de arriba de donde el coche estaba parado, vinos como la puerta de atrás se abría. Salió por ella una chica joven con el pelo teñido de blanco, descalza, pantalones cortos y una

blusa gris. Desató al perro y lo llamó. Éste dio unos ladridos y corrió por el caminillo. Detrás del animal avanzó la joven y nosotros esperamos un momento. Cuando se acercaba por entre las ramas bajas de algunos olivos y varios almeces, te dije:
- La vamos a saludar y le decimos que si quiere algunas de estas almendras nuestras.

Y esto fue lo que hice. Al pasar cerca de nosotros, la saludé y le dije:
- Por aquí hay muchos árboles que son almendros y los frutos, por estos días, ya están maduros. ¿Te apetece un puñado de estos frutos?
Parada, se nos quedó mirando expresando en su cara la sorpresa y sin pronunciar palabra. De alguna manera intuí que no conocía nuestro idioma. Le mostré unas cuantas almendras que llevábamos nosotros y entonces simplemente dijo:
- Yes.
Con la mano le indiqué, caminamos unos pasos hacia el viejo almendro que hay junto al caminillo, no siguió confiada y también su perro y del suelo y entre la hierba, recogí cinco almendras. Busqué una piedra, partí varias de estas almendras, se las di para que las comiera y esto fue lo que hizo.

De nuevo y de la mejor manera que pude, le indique que podía recoger todas las almendras que quisiera. También entendió y entonces nosotros nos unimos en esta tarea. De los dos almendros que hay pegado a la torrontera antes del arroyo, recogimos más de un kilo de almendras. En la piedra gorda que hay también bajo uno de estos almendros, me puse a partir los frutos. Le indique a ella que fuera sacando las semillas del interior de las almendras rotas y con

bastante entusiasmo, se dedicó a esto. Mientras hacíamos esta faena, de la mejor manera que pude, le pregunté de dónde era y entonces muy torpemente, indicó:
- Soy de Germany y hablo un poco el inglés.

Nosotros nunca hemos hablado el idioma inglés. Solo algunas palabras conocía yo y conozco. Con el pequeño bolígrafo de bambú que un día hice cuando tú dormías la siesta, en un papel, escribí estas palabras:
- What is your name?
Y ella respondió muy rápido:
- My name is Jules and my dog's name is Balú.
- Your name and your dog's name are beautiful. If you like these places, you can stay here every day you feel like it.
- Thank you.
Respondió ella simplemente

Durante bastante rato, buscamos almendras, luego algunas granadas, unos pocos higos de la higuera que pega al manantial y que todavía tenía algunos, también unos cuantos tomates que quedaban en las matas del pequeño huerto y después nos fuimos. Varias veces ella nos agradeció estos obsequios simplemente pronunciando la palabra gracias. Nos sentimos bien y no esperábamos de ella nada más. No queríamos pedirle nada. Y nosotros había solo el deseo de ofrecerle un poco de los simples y pequeños alimentos que por estos lugares siempre hemos tenido. Porque siempre a nosotros nos ha gustado compartir con las personas aunque fuera un simple puñado de almendras, un tomate, un par de granadas o cosas parecidas. Dar a los demás algo, aunque estos sean desconocidos, a nosotros siempre nos ha gustado. Es como si nuestros

corazones sintieran la felicidad más sincera y hermosa de cuántas felicidades se pueden dar en este mundo, compartiendo estas sencillas cosas y otras parecidas.

Por eso a veces, compartiendo contigo mis sentimientos, te decía: “Cuando tú te vayas y yo también me vaya al universo de la eternidad y todo por aquí quede en silencio y quizás para siempre olvidado, en las fibras inmortales de nuestro espíritu, tendremos el gozo eterno de haber procedido siempre con honestidad. Lo único que jamás desaparecerá y que nadie puede quitarnos ni prohibirnos. Ser honesto y comportarse con los demás con nobleza y amor, nos convierte en los más ricos y singulares. Esto lo sé desde hace mucho tiempo y por eso lo práctico contigo y con todos aquellos que me respeten y confíen en mí".

A los cuatro o cinco días de haber aparecido por estos rincones nuestro la joven de la furgoneta, ocurrió algo muy curioso. Pensando en ella y pensando en ofrecerle algunas cosas más que le sirvieran de alimento y fueran frutos de estos lugares, un día por la mañana te dije:

- Quiero llevarte a un lugar para mí muy especial. Y si por ahí encontramos y podemos coger algunos de los frutos que sé puede haber, se los traeremos a esta joven.

Sin más preámbulo ni preparativos, nos pusimos a caminar por la senda que sube por el cauce del río. No tardamos en ver al frente el cerro de los romeros. Mientras nos íbamos acercando, te relaté una vez más otra de las pequeñas aventuras que por aquí viví aquel día cuando era pequeño. Te dije:

- Un día también de otoño, cuando yo era pequeño y los padres me pidieron que vinieran por estos lugares con los animales para que comieran, me ocurrió lo siguiente: hasta lo más alto del cerro, remonté. Dejé que los animales se esturrearan por estos lugares buscando sus alimentos y unas horas después, desde el lado del levante, vi que el cielo se cubría con densas y oscuras nubes. Temí que aparecieran las tormentas y esto fue lo que sucedió. Observando la oscuridad de estas nubes bastante lejos de donde yo estaba todavía, vi como los relámpagos dibujaban sin parar culebrillas, zigzag y arcos iris. Hasta mis oídos empezaron a llegar los estallidos de los truenos y, no mucho después, llegó el viento.

Las ramas de los árboles se cimbreaban de un lado para otro como si quisieran arrancarse y salir volando. Por la cañada de las encinas y hacia el barranco como si buscaran el cauce del río, estas ramas, hojas secas y pequeños trozos de palos, rodaban empujadas por el viento. Intuyeron los animales el fenómeno que se venía encima y por esta misma cañada de las encinas, se amontonaron. Como oyendo de algo trágico, todos en manada comenzaron a descender por las tierras de la cañada. Como en chorros desbocados huyendo de algo terrible y como en busca algún refugio.

En unas grandes en rocas que ofrecían una rústica covacha, yo me refugie frente esta cañada y frente a la manada de los animales que ladera abajo descendían. Por la parte alta, no tardé en ver aparecer lo más oscuro que la tormenta. Derramando relámpagos, rayos, chorros de lluvia y explosiones de truenos. El miedo también se apodero de mí. Inmóvil permanecí en esta covacha observando el fenómeno y durante rato,

bastante rato, vi como las lluvia caía cachorros. Por las laderas comenzaron a despeñarse pequeños arroyuelos y por la cañada, también enseguida se abrió paso un gran chorro de agua. Agua color chocolate mezclada con piedras, ramas secas, hojas y trozos de palo.

Al final de la cañada, un poco antes de que ésta se junto con el río, los animales se perdieron. Por la derecha y siguiendo sendas por entre el monte, rápidos subieron en busca de la majada. En cierto modo, me sentí aliviado porque vi que los animales buscaban un refugio en lo más seguro. Pero en cierto modo, tenéis que la tormenta se prolongará durante mucho rato y la noche me cogiera por estos lugares. Pero la tormenta, después de un rato no muy largo descargando agua, relámpagos y truenos, se abrió en mil nubes y el azul del cielo apareció.

Vi al sol cayendo ya casi al mismo lomo de la noche y el gran barranco del río, iluminado por estos dorados y últimos rayos del día. Dejé el lugar donde estaba refugiado, busqué la mejor senda que conocía y, rápido, descendí en la dirección en que río se despeñaba. La corriente del agua era cada vez más impetuosa y teñida de color chocolate. No me asusté. Descendí casi hasta lo más profundo y me aproximé a donde la corriente se despeña en una cascada majestuosa. Por un bonito tobogán tallado en la misma roca y que traza curvas en forma de caracol. Al final de este tobogán, la corriente se desangra en un amplio y profundo charco y desde aquí rebosan las aguas y siguen deslizándose por el cauce del río.

Durante un buen rato y desde un lugar muy seguro, estuve contemplando este hermosísimo espectáculo.

Algo maravilloso al tiempo que también asombroso que muy pocas personas tienen la suerte de disfrutar. La naturaleza, el mundo de las montañas, los ríos, los bosques, las laderas, fuentes y arroyos, con mucha frecuencia muestran imágenes únicas y llenas de gran misterio. Es esto lo que yo vi aquella tarde y gusté en silencio en las fibras más espirituales de mi corazón y alma. Y sentí como si la naturaleza, la tormenta, el viento, las nubes, las luces maravillosas de los últimos rayos del sol, el murmullo de las aguas deslizándose por la corriente, la quietud en los paisajes y el brillo de las lluvias en las hojas de los árboles, me asombraron hasta lo más profundo de mi ser.

No sabría yo ahora explicarte con sencillez y belleza lo que en ese momento sentí. Pero me sentí pequeño, abrazado por un ser grandioso que me sobrepasaba en todo y por todos lados y al mismo tiempo me llenaba del más amoroso y dulce de los abrazos. Me sentí bueno, me sentí inmortal, me sentí elevado sobre todas las cosas de este mundo, me sentí espiritual, me sentí querido y al mismo tiempo respetado y mimado en un reino impresionantemente bello y grandioso. Me sentí como dentro de un sueño donde lo material ya no es importante ni tampoco es importante el peso del cuerpo ni el dolor ni la tristeza ni frío ni el hambre ni el desamparo. No sé yo ahora tampoco cómo podría explicarte con palabras sencillas y hermosas la realidad que en esos momentos experimenté y en silencio contemplé.

Después de bastante rato contemplando este espectáculo y mientras las últimas luces del día se marchaban, me puse en movimiento por la senda que remontaba al lugar donde en aquellos momentos tenía

el calor del hogar y de los míos. En este hogar hoy en ruinas y donde ya sabes parece que van a construir un palacio para la princesa de los zapatillos rojos, aquella tarde y aquella noche sentí también una vez más el cariño y respeto de los míos. Quise compartir con ellos la aventura que había vivido pero también me sucedió lo que me ocurre en estos momentos. Las emociones y los sentimientos me desbordaban y mi mente no era capaz de encontrar la manera de expresar las cosas.

Terminé de narrarte esta aventura justo cuando ya estábamos encajados en la umbría del cerro que íbamos a recorrer. Por entre los castaños, madroñeras, almeces, encinas, robles y arces, buscamos precisamente algunos frutos de estos árboles. Castañas principalmente porque las bellotas y los madroños todavía no habían madurado. Nos dedicamos a buscar las mejores castañas y, poco a poco juntamos una buena cantidad. Después de bastante rato en esta faena y cuando ya creíamos que teníamos lo suficiente para ofrecérselo a la joven de la foto bonita, nos preparamos para regresar. Sobre tu lomo, puse la pequeña talega de tela donde teníamos las castañas que habíamos recogido. Regresamos por las veredas bastante ilusionados y, según nos íbamos a acercando a donde creíamos estaba la furgoneta de la joven extranjera, no veíamos a este vehículo. Te dije:
- ¿Qué puede haber pasado?
Y yo mismo respondí a esta pregunta:
- No creo que se haya marchado. A lo mejor se ha acercado a la ciudad a comprar algo o a saludar a los amigos. Por eso pienso que no se ha marchado sino que solo ha ido a hacer algo y luego volverá.

Pero mi temor se acrecentaba según nos íbamos acercando a donde la joven había aparcado su furgoneta. Llegamos a este sitio y por el suelo vimos trozos de cáscaras de granadas. Me gustó descubrir esto y un poco me entristeció. Me gustó porque a ver estas señales de cáscaras de granadas, enseguida pensé que eran de las granadas que le habíamos regalado unas horas antes. Y esto indicaba que se había comido los frutos que le habíamos ofrecido. Me satisfacía que esto hubiera sido así. Y me entristecía porque ahora estas cáscaras de granadas, eran como un testimonio de su presencia por este rincón nuestro. Como el único regalo que de ella por aquí quedaba. Y por eso estas cáscaras de granadas, acentuaban su ausencia transmitiendo cierta tristeza.

Durante unos segundos, miré en silencio y no compartí contigo ninguna palabra. Observé el sitio donde había estado aparcado su coche, observé los trozos de la piel de las granadas, observé el entorno y luego nos movimos para el terraplén a la derecha. Crecían aquí unos almendros de tamaño enano, cuatro o cinco olivos de troncos retorcidos y añosos y por eso de edad centenaria, un viejo eucalipto, algunas encinas no muy grandes y un par de árboles de la especie almez. No muy lejos. Uno de estos árboles, puse la talega con las castañas que traíamos. Te pedí que te dedicarás a lo que quisieras y yo me puse a buscar ramas secas y algunos trozos de palo también secos. En poco rato junté un buen puñado y, entre unas piedras, prendí fuego a este combustible. Lentamente el humo empezó a brotar y las llaman también saltaron enseguida. Con mi pequeña navaja cabritera que casi siempre llevaba conmigo, hice cortes a un buen puñado de castañas y en la brasa de esta lumbre, las fui poniendo. Mientras

hacía esta faena te miraba y miraba para el sitio donde la joven había tenido aparcada su furgoneta. Mirada al sol que poco a poco iba cayendo por el lado de la tarde y dejaba que mi corazón rumiara la pequeña tristeza y los recuerdos. No sabía porqué y ahora tampoco lo sé, sentía como la necesidad de llorar.

De las incandescentes brasas de la lumbre, comenzó a surgir pequeñas nubecillas de vapor con olor a castañas asadas. Me gustó y me sigue gustando este refrescante y misterioso perfume de frutos silvestres. Con un trozo de palo, cuando ya noté que las castañas estaban en su punto, las retiré de la brasa y sobre la hierbecilla que ella empezaba a brotar en estos primeros días del otoño, la fui colocando. Te llamé y al acercarte, te ofrecí un puñado de castañas pero de las que aún no estaban asadas. Estos frutos y otros silvestres, siempre te han gustado y siempre he notado que te los has comido consumo placer. Te miré con afecto y te dije:

"Éstas que ya asadas aquí sobre la hierbecilla tengo, si la joven de la fuboneta no se hubiera marchado, ahora mismo se las habríamos ofrecido. Pero ya ves que no está por aquí. Voy a comerme yo unas cuantas para acompañarte y para aliviar un poco la desazón que esta muchacha al irse nos ha dejado en el corazón. Sucede y vivimos una vez más, lo que en otras ocasiones ya te he dicho. Que las cosas y las personas se mueren. Porque, aunque no sea cierto, cuando una persona se marcha y de alguna manera se intuye que no va a volver, es como si hubiera muerto para siempre. Conocemos nosotros muy a fondo esta experiencia. La hemos vivido bastantes veces por la necesidad que en nuestros corazones hay de amar y ser amado.

Ahora mismo, ha sido esta joven la que nos has regalado un puñado de tristeza. Sin saber quién era ni de dónde viene ni tampoco saber lo que por aquí está buscando, en cuanto la hemos visto, nos hemos sentido impulsados al ser bueno con ella. Ya sabes que le hemos ofrecido nuestro sincero respeto, los frutos que por aquí tenemos, la admiración por ella y la alegría de verla por aquí. Sin saber quién es ni conocerla de nada, la hemos tratado con cariño y generosidad. En nuestros corazones hemos sentido aprecio por esta criatura igual que lo sentimos por tantas y tantas otras personas que también de nuestro lado se han marchado.

La lista es larga y por eso sería muy pesado enumerar a cada una de las personas que conocimos y ya no están. La lista es larga. Pero, aunque el tiempo ha pasado, ha llovido mucho, han venido muchos días de calor en verano, ha nacido y muerto muchas plantas y flores en primavera y han caído y también han muerto las hojas de muchos árboles en otoño, nosotros no hemos olvidado. Ni siquiera hemos olvidado a una sola de las personas que conocimos y sinceramente le ofrecimos nuestro respeto y cariño. Personas que, si quererlo ni buscarlo, en un momento dado de nuestra vida, aparecieron y luego se marcharon. La lista es larga pero ahora, como si se hubiera presentado el momento ideal, aquí a tu lado y en esta tarde de otoño cuando ya la Navidad no está muy lejos, voy a recordarte y contar algo de algunas de estas personas. Todas maravillosas en nuestros corazones porque las amamos con el más sincero cariño y solo algunas fueron agradecidas con nosotros.

Me apetece recordar y compartir contigo el recuerdo de algunas de estas personas. La más cercana, es la

muchacha de las furgonetas que acaba de marcharse. Ya sabes quién es lo que ha sucedido. La siguiente más lejana en esta lista, fueron aquellos niños del blanco pueblo en el Parque Natural de Cazorla Segura y Las villas. Los conocimos por casualidad un día de invierno y, a lo largo de muchos, muchos años, jugamos juntos y fuimos felices en su compañía. Poco a poco crecieron, se hicieron grandes, fuimos dejando nuestros juegos y encuentros, murió la abuela, murió la madre, se esparcieron ellos y poco a poco dejamos de saber uno de los otros. Hace ya de esto tanto tiempo que hasta parece que fue un sueño en siglos lejanos, muy lejanos.

Hace algunos años, por aquí en Granada, conocimos a varios jóvenes estudiantes de países extranjeros. No muy intensamente pero si con sinceridad en nuestros corazones, compartimos con estos jóvenes tardes, mañana, excursiones y paseos por las montañas y también por las calles de la ciudad. Al acabar el curso, se marcharon a sus países de origen y, todavía durante un tiempo, compartimos algunos momentos. Luego, también poco a poco nos fuimos olvidando y en el silencio permanecen ahora. ¿Qué ha sido de ellos y porque nos hemos perdido unos de otros para siempre? Ni siquiera quiero pensarlo aunque sí me entristezco recordando estas cosas y momentos.

Por eso no voy a seguir recordando a las muchas personas que conocimos y, quisimos con el máximo respeto y delicadeza. Vente tú ahora aquí a mi lado, cerca de este fuego que se va apagando. La noche va a tardar poco en llegar y por eso, si el sueño me vence, quiero dormirme sobre tu lomo como lo he hecho otras muchas veces”.

Mi última oración
Navidad 2019

Los lugares, los paisajes que fueron escenarios de los juegos en nuestra infancia, serán siempre para nosotros, los más hermosos mundos del universo. El cielo real y para siempre en el alma de cada persona. Por eso, al llegar la Navidad, todos, queriendo y la mayoría de las veces sin desearlo, volvemos a los escenarios y vivencias de nuestra niñez. Indica esto que quizá nada sea más valioso en la vida de cada persona. Con el paso del tiempo y más cuando llegan estas fechas, caemos en la cuenta y descubrimos con fuerza la realidad que acabo de comentar. Y matizo que la Navidad es como entrar a lo más profundo del corazón y ahí encontrarse, abrazar y saborear, lo más limpio y bello de nuestros primeros sueños.

Tú te viniste junto al fuego, te recostaste sobre la hierba, la noche fue llegando y sobre tu lomo y blanco pelo, recosté mi cabeza. No tardé en quedarme dormido y enseguida mi mente se puso a soñar. Y en este sueño delicioso y a la vez extraño y algo doloroso, vi y viví lo siguiente: era también otoño y la Navidad no estaba muy lejos. Según el sol se iba ocultando tras las montañas en el horizonte lejano, el cielo se llenó de espesas nubes. El frío se hizo muy intenso y antes de que la oscuridad de la noche llegara plenamente, la nieve comenzó a caer.

Desde mi ventana, miré durante un rato. En la tranquilidad de la noche e iluminados por los reflejos de las luces en la calle, contemplé en silencio los copos de nieve cayendo. Espesos y como jugando a dormirse en las hojas del acebo, en las ramas de los árboles, sobre la hierba y el pequeño huerto a mis espaldas. Sentía que todo era hermoso a la vez que extraño, un poco melancólico, profundo y lleno de misterio. A mi mente acudieron los recuerdos y fueron tantos, todos muy importantes y enormemente deliciosos a la vez que tristes, que me sentí superado y trascendido.

Quizás por esto y como todo transcurría en sueño y en los sueños tú ya sabes que las cosas ni tienen lógica ni escenarios concretos ni tiempo real, comencé s verme por entre la nieve y los caminos. En el corazón mismo de uno de los paisajes más hermosos de este planeta: las montañas que recorrí a lo largo de muchos años y que se me hicieron paisajes inmortales en mi corazón y alma. Me vi subiendo por el camino que desde el río remonta lentamente trazando curvas hasta el agudo monte del castillo. Nadie me acompañaba. Era de noche pero desde lo más hondo de mi ser, todo se me presentaba con la claridad del día más luminoso. Era de noche, nevaba copiosamente, no hacía frío ni viento, todo estaba muy en calma y en silencio, al frente y muy elevada, me saludaba la montaña con el castillo en todo lo alto y el momento era realmente especial. Era exactamente la noche de Navidad.

Mis manos no estaban frías, tampoco mi cara ni mis pies y me sentía como si mi cuerpo no pesara. Como si, aunque seguía perteneciendo a esta tierra, no fuera así. Por eso avanzaba pisando la nieve que tapizada la estrecha senda por entre el monte y por eso ni esta

nieve ni el monte eran obstáculos para mí. Ardía en mi interior el deseo de alcanzar la cumbre del monte donde el viejo e imponente castillo se alzaba. En este momento y en esta noche, sentía que era especialmente importante para mí, situarme en este punto de los paisajes y del mundo.

Rocé, por mi derecha, el acantilado rocoso y me encontré de frente con la pequeña cueva. Cavidad rocosa donde, años atrás, había pasado los últimos días de vida una persona muy querida. Vivía solo, apenas tenía ropa, cogía el agua del pequeño manantial a los pies de la roca, guardaba algunos alimentos en las repisas de las paredes de la cueva y en un rincón, encendía fuego. Para calentarse en los días de invierno y para asar bellotas, castañas y setas en los días del otoño. En la torrontera, por el lado de debajo de la cueva, Tenía un pequeño huerto. Tanto en verano como en otoño, invierno y en primavera, en estas tierrecillas sembraba algunas cosas. Y en la paredes de la rústica cueva, al lado derecho, En la pura roca, había tallado algunos carcteres.大头哈西尼亞

Un día le pregunté y me dijo:
- Esto es algo tan personal que nunca he compartido con nadie. Pertenece un trozo de mi vida que considero tan importante, que en este trozo del tiempo y vivencia, estoy contenido todo y la eternidad en la que creo.
- Precisamente por lo que me dices y de la manera en que me lo dices, en mi corazón arde el deseo de saber más sobre este trozo de tu vida.
- Quizás te cuente un día porque ahora no creo que sea el momento. Sí te digo para que lo tengas en cuenta por si algo en algún momento puede servirte, que el alejarse de las personas y perderlas para siempre cuando aún

tenemos vida en este suelo, es una desgracia. Una gran desgracia que nos hace más pequeños y miserables dentro del gran plan del universo y la eternidad. Las personas, cuando aún estamos en este mundo y respiramos el aire que nos regalan, nunca deberíamos dejar de querernos unos a los otros. Nunca deberíamos distanciarnos ni perdernos para siempre. Es un fracaso triste si esto sucede.
Y no insistí más ni tampoco le hice ninguna pregunta aquel día ni en los que siguieron.

En la misma puerta de la rústica cueva, crecía un arbolito que siempre estaba verde. Era un acebo. Todos los inviernos este arbolito se llenaba de bayas rojas y en sus ramas, desde primeras horas del día hasta media tarde, siempre descansaba una pequeña bandada de gorriones. Como compañeros y amigos fieles que, de alguna manera, parecían querer dar compañía a este hombre. En el centro de este arbolito, en las ramas interiores y partes bajas, también con mucha frecuencia revoloteaban mirlos. Cantaban mucho según la primavera iba llegando y hacían sus nidos entre estas ramas. A él le gustaba mucho la presencia de estas aves y por eso nunca las molestaba. Al contrario: de vez en cuando, les daba algo de comer y procuraba no asustarlas para que se sintieran cómodas. Su presencia era como una compañía muy especial.

Desde el día que hablé con él lo de los signos grabados en las paredes de la cueva y a lo largo de bastante tiempo, compartimos horas silenciosas, pasos por las sendas de estas laderas y montañas. Cargando en su borriquillo ramas secas del monte, hortalizas y frutas de su huertecillo, hierbas y otras cosas recogidas por las tierras de estos lugares. Era hermoso verlo solitario ir y

venir recorriendo las sendas en compañía de su pequeño y humilde borriquillo. En los días calurosos, en los días de lluvia, en los días del otoño, en los días perfumados de flores de romero en primavera y en los días de nieve en invierno. Era hermoso verlo siempre al lado de su borriquillo surcando los caminillos de estas montañas.

Y con frecuencia, cuando nos parábamos a descansar en alguna curva de los caminillos y nos sentábamos en las rocas frente a las altas crestas al lado del levante, me decía:
- Si cierras los ojos y meditas, puedes ser capaz de sentir la más hermosa de las experiencias. Relaja tu cuerpo, deja en blanco tu mente, afina el oído y escucha. Escucha el silencio, siente la caricia del vientecillo rozando la piel de tu cara, deleita tu alma con el aroma de los romeros en estos lugares, déjate perder y vuela por las profundidades del universo sin límites y sed consciente del placer de esta realidad. Es la más hermosa de cuantas experiencias pueda experimentar el ser humano. Diluirte en la quietud y serenidad bañado y abrazado por el silencio, es la realización máxima de una persona. La oración perfecta, el encuentro y posesión del placer más profundo, el dominio del universo más hermoso y la placidez de estar aceptado y abrazado por el Dios creador de todo.

Estas cosas me decía y a cada momento notaba que quería enseñarme el camino a esta tan íntima oración. Lograba yo entender un poco pero al mismo tiempo, era consciente de mis limitaciones. Un día, dejé de verlo. Al llegar a su cueva, no lo vi, lo esperé y no llegó, lo busqué por todos estos lugares y no lo encontré. El silencio se hizo en su cueva, el tiempo poco a poco fue

llenando de telarañas, musgo, ramas de hiedra y humedad, las rocas de esta cueva suya y en las piedras de las paredes, permanecían tallados los caracteres enigmáticos que nunca me reveló. Llegué a descubrir que era el nombre de una persona pero nada más pude averiguar.

Continúo ahora hacia mi lado izquierdo siguiendo la sendilla que lentamente va remontando al collado por donde aparecen las primeras casas del pueblo. Por aquí hay más cantidad de nieve pero no me preocupa. La nieve, la lluvia, el frío, el viento, el sol, las nubes, la soledad de estos lugares, el olor a monte y a flores de romero, siempre me han gustado y me seguirán gustando. Tengo muy claro que es parte del gran tesoro que espero encontrar el día que me marche de este suelo. Porque me marcharé como tantos se han marchado desde que este planeta existe y tantos aún más se irán marchando poco a poco cada día.

El hombre de la cueva, trazó por aquí una pequeña acequia. Para encauzar y llevar un hililllo de agua a las tierras de sus huertecillos. Junto a esta acequia, crecía y aún sigue creciendo una encina centenaria. Un árbol majestuoso que todos los años a llegar estas fechas, deja caer de sus ramas frutos muy buenos. Bellotas gordas que él recogía y asaba en la lumbre de su cueva. Muchas veces compartir con él esta experiencia y también la recogida de madroños por estas fechas. En esta pequeña acequia, crecen madroñeras centenarias, algunas higueras, la encina que he dicho y majoletos. Conforme ahora voy andando, al pasar por debajo de las ramas de la encina, miro y encuentro algunas de estas bellotas. Ya se han desprendido de sus cascabillos maduras y, por entre la nieve, me las

encuentro. Recojo un puñado y me las voy comiendo mientras continúan avanzando. Igual que hice muchas veces en compañía del hombre de la cueva y también en compañía de los niños del valle de los olivos.

Es lo que a mi mente viene justo en el momento en que remonto al collado. Tiempos atrás ya hace muchos meses incluso años, por este collado y en este rincón del paisaje, jugamos, caminamos, íbamos y veníamos en grupo. Ellos, los niños de uno de los pueblos de estos lugares, eran felices y se sentían libres. Yo era aún más feliz y me sentía orgulloso. Pasó el tiempo y estos niños lo mismo que el amigo de la cueva, fueron alejándose de mi vida. Nunca los olvidé pero ellos y yo, dejamos de juzgar por estos lugares. Nos distanciamos con el paso de los años y nos perdimos los unos a los otros casi para siempre.

Al llegar a este collado, a mi mente acuden estos recuerdos y, aunque hago un esfuerzo, no puedo comprender del todo ni tampoco puedo evitar sentirme triste. La nieve sigue cayendo en gran cantidad, la noche avanza hacia su centro, no siento frío y me noto abrazado y rodeado de un densísimo silencio. Y aunque la nevada es copiosa y la noche está casi en su centro, la claridad lo inunda todo. Como si una tenue y a la vez delicada luz, manera de las nubes que están dejando caer los copos de nieve y lo iluminara todo.

Sigo avanzando y me vengo ahora, desde el collado, hacia el lado izquierdo. Camino un poco pisando la nieve y me encajo en lo más alto del pequeño mirador. El recogido mirador que, sobre la pura roca, se asoma al gran barranco y al enorme monte al frente. Fue exactamente aquí donde los niños también jugaron

mucho a lo largo de las tardes y mañana y fue también exactamente aquí donde, aquel año que yo te traje conmigo a este pueblo, nos paramos a descansar. Sin pronunciar palabras, miramos durante un rato a un lado y otro y al pueblo rebosándonos por detrás. Ahora recuerdo aquel momento y mi corazón tiene nostalgia. Todo fue sencillo pero como era sincero, tenía su limpia belleza y por eso en este momento, lo recuerdo con tanta fuerza. Como si las vivencias de aquellos días, las de los niños del valle de los olivos y las que compartí contigo cuando con el filósofo veníamos a este pueblo en los veranos, ahora fuera mucho más grandes y hermosas que todo el presente que vivo.

Pero lo sé: el tiempo desde su silencio y la inmensidad, llega imperceptible, avanza imperceptible, se aleja imperceptible y ya nunca más permite el regreso al pasado. Como si diera a entender que el presente es el único instante en el que podemos construir, hacer o deshacer según nuestra voluntad. Antes del presente, no somos dueños de nada y después del presente, solo nos quedan los recuerdos. Casi siempre mundos hermosos, alegres o tristes, en los cuales ya no tenemos capacidad de vivir, hacer o deshacer según nuestra propia voluntad.

Con el paso del tiempo, con las ilusiones que este paso del tiempo fueron despertando en mí, con los sueños que tuve y realicé o no, he aprendido algunas de las cosas que te estoy diciendo. Y ahora casi llego a la conclusión que este aprendizaje me sirve para ver con más exactitud el valor que tiene el presente que vivo y el valor que puede tener el futuro que me espera. Porque soy también consciente que la meta final la tengo cerca. Y soy también consciente que mientras he venido

caminando hasta este punto concreto, me he ido poco a poco quedando desnudo. Desnudo de amigos, desnudo de personas conocidas, desnudo de sueños, desnudo de sendas y lugares, desnudo de juventud y hasta desnudo de fuerzas. Por eso te repito que soy consciente de que la meta final la tengo cerca y de que el tiempo en este planeta, para mí ya es corto, muy escaso.

Durante bastante rato, me he quedado quieto, meditando y observando en lo más alto de este mirador. Dejando que la nieve caiga sobre mí, sintiendo el frío del ambiente, dejando que los recuerdos empapen mi alma y corazón y dejando que mi mente abarque lo que pueda, la trascendencia de este momento y lugar. Luego, pisando el cada vez más espeso manto de nieve y con la seguridad que me da el resplandor de los paisajes, me giro hacia el lado del pueblo. Camino y empiezo poco a poco a subir. Tú bien sabes que este pueblo está exactamente en lo más alto de una pequeña montaña. Por eso yo, cuando en otros tiempos escribía sobre estos lugares, siempre hablaba de este núcleo de población como el “Pueblo de las Cumbres”. El de las casas blancas como colgadas en las rocas y en la ladera y el de las calles empinadas con el castillo en todo lo alto. Tú conoces bien este lugar. Despacio, cada hora y cada día, pisamos los caminillos, calle y rincones de este blanco pueblo. Y para disfrutarlo más, lo escribí. Nació de aquí un bonito y curioso libro que ha quedado para mantener tu recuerdo y algo el mío.

En el silencio de la noche y por entre la blanca nieve, avanzo calle arriba. A mí derecha me va quedando el lugar donde en aquellos días nos juntamos varias veces con un amante de estos rincones. Un hombre mayor

que varias veces invitó al filósofo y a mí con él, a comer en este restaurante. Fue muy generoso este hombre y por eso ahora lo recuerdo y se lo agradezco. Y además de generoso, fue amable y escuchó con atención y respeto todas las palabras que salían de la boca del filósofo.

El filósofo, hombre bueno, delgado, barbas blancas y alto, hablaba mucho y siempre pronunciaba palabras extrañas. Parecía anunciar y soñar escenarios que nada tenían que ver con la vida real en este planeta. Pero el filósofo, era un hombre bueno, muy bueno. También un día se fue de este mundo como te fuiste tú pero en aquel momento, cuando el hombre bueno nos invitaba comer en este restaurante ahora a mi derecha, él hablaba y hablaba dando la impresión de no estar en este mundo real. Y me admiraba y sigue admirándome el respeto con que las personas siempre lo escuchaban. Sus palabras parecían anunciar la belleza más limpia que hay en los corazones de las personas y en las profundidades del universo. El filósofo era un hombre bueno, muy bueno.

Sigo avanzando y ahora recuerdo que justo aquel verano que conmigo te traje a este pueblo, cuando entrábamos por aquí en busca del corazón de este blanco núcleo de viviendas, el filósofo lo hacía montado en tu lomo. Como un caballero de los tiempos antiguos, enjuto, barbas blancas, pelo también largo y blanco, figura hermosa y piernas largas. Era don Quijote pero montado no en Rocinante sino en ti: un hermoso burro blando y noble. Y conforme íbamos subiendo esta calle hacia el corazón del pueblo, la gente nos miraba y a mí no me importaba. Tú caminabas muy seguro y yo lo hacía pegado a tu cuello. El filósofo era el rey, tú el

trono y yo el humilde acompañante pero tu amigo amante de lo bello. Una escena extraña pero muy sincera y curiosa que a la gente le llamaba la atención. Pero la gente nos conocía y por eso nos recibieron con agrado.

Atravieso ahora yo el arco que da entrada al corazón del pueblo con la misma solemnidad con que lo hicimos aquel día. Aquel día era pleno verano y hacía mucho calor. Ahora es pleno invierno, noche cerrada en nubes y nieve porque es exactamente la noche de Navidad y nieva. La nieve se extiende por la calle como una alfombra de algodón recién lavado y el silencio es profundo. En aquel momento, por aquí las personas estaban sentadas frente al valle y frente a las cumbres de los montes observando los paisajes y observando nuestra llegada. En este momento y noche silenciosa llena de nieve, nadie hay por aquí. Solo el silencio, la nieve cayendo lentamente, el titilar de algunas luces algo amarillentas y, según avanzo, a mis oídos comienzan a llegar el murmullo del agua del pilar de piedra. El gran pilar imperial que justo delante de la casa donde nos quedamos a vivir, se encuentra.

Al llegar aquel día, como hacía mucho calor y tú venías casi agotado por la subida de la calle encuesta y por el peso del filósofo en tu lomo, antes de entrar a la casa, bebiste largos tragos de agua fresca en este pilar, antiguo monumento construido en piedra y muy importante en este pueblo. A la sombra del árbol que cerca del pilar crece, te dejé por un momento. Acompañé a filósofo y entramos a la casa. Una pequeña vivienda casi en la misma puerta de la grandiosa iglesia construido también en piedra. En la planta segunda y en la habitación que ofrece una ventana justo al pilar

histórico, se acomodó el filósofo. En la planta tercera y en la habitación que da al tejado de la iglesia, me instalé yo. Hacía mucho calor y por eso las chicharras cantaban. Esta noche, la nieve y el silencio, es otro mundo.

Al poco dejé la casa, me acerqué a ti con la intención de seguir. Desde la sombra del árbol, me mirabas con ojos de asombro. Ahora esta noche de nieve y hondo silencio, al llegar a este pilar, me lo encuentro solitario. Con su chorrillo de agua cayendo lentamente en el mismo centro del pilar, con los puñados de nieve sobre el brocal de este pilar y con algunos carámbanos de hielo colgando a los lados del chorrillo de agua. La ventana de la habitación donde se instaló el filósofo, está cerrada está cerrada la puerta que da entrada a la casa, está cerrada la puerta de la iglesia y están cerradas casi todas las puertas de las casas en este pueblo. También las ventanas y de algunas chimeneas, brotan pequeños hilos de humo. Huele a leña quemada, a setas y a castañas asadas. El silencio es total, las calles están tapizadas de nieve e hielo, a nadie, absolutamente a nadie se ve por ningún lado y la amplitud de los paisajes por el valle de los olivos y las montañas en el horizonte, parecen reflejar un mundo por completo desconocido para los humanos. Como si hubieran transcurrido muchos, muchos siglos y ahora mismo los escenarios son como fantasía o sueños en el corazón de un infinito universo. No tengo frío ni hambre ni necesidad de nada. Sé que estoy abrazado y protegido por el Dios que he llevado en mi corazón a lo largo de todos los días de mi vida en este suelo. No tengo miedo ni frío ni hambre. Y, a pesar de todo, mis ojos, mi alma y mi corazón, solo están contemplando belleza.

El árbol donde tú descansaste a la sombra, sigue aquí pero esta noche está muy decorado. Lo han decorado con bombillas de colores y en todo lo alto han puesto una estrella luminosa. La nieve decora sus ramas y los copos que caen, delicadamente juegan con el resplandor la estrella brillante. Es Navidad y las personas hacen estas cosas, decoran las casas, calles y árboles para crear ambiente. Quieren que, de alguna manera, su pueblo esté bonito en estos días de Navidad. Para disfrutarlo y animarse ellos y para que lo disfruten y se animen los que por aquí vengan en forma de turistas. La Navidad, tiene estas cosas y despierta estos sentimientos y deseos.

Pero aunque el árbol sigue aquí y también la fuente y la pequeña casa donde pasamos unos días el filósofo y yo, ahora tú no estás, no está el filósofo, no está el hombre mayor que nos invitaba a comer y las calles están solitarias. Tampoco ya se encuentra en este pueblo el hombre encorvado que tenía su huertecillo por debajo de la fuente del prado. Por donde el arroyuelo y en lo más hondo, él sembraba tomates, pimiento, berenjenas, hierbabuena y perejil. En aquel verano y en otros después, el hombre encorvado, todas las mañanas bajaba a su huertecillo, recogía la cosecha y luego la dejaba en la tienda de la plaza del pueblo. Aquí las personas compraban los tomates de su huerto y los pimientos y él era feliz con las pocas monedas que ganaba. Era muy mayor y por eso un verano ya no estaba. Murió como fueron muriendo otros muchos que también conocimos en las casas de este pueblo. El hombre encorvado, tenía su casa justo por detrás de la iglesia en un pequeño rincón. En la puerta de esta casa

suya pasé varias tarde charlando largamente con él y respirando el fresco que subía del valle de los olivos.

Él me dijo que también ya hacía mucho tiempo que había muerto el hombre de los perfumes. Era un hombre mayor que, todos los veranos, recogía plantas aromáticas por las laderas de las montañas. En un alambique muy rudimentario, destilaba estas plantas y sacaba esencias. Un año me regaló cinco litros de estas esencias. Los niños del valle de los olivos y yo, llegamos a este rincón y al saber que él tenía esencias de tomillo, lavanda, mejorana y otras plantas, me emocioné. Y como se percató de mi interés por estas esencias, sin más, me regaló cinco litros de la más pura y delicada esencia de estos montes. Se lo agradecí mucho y guardé con gran cariño a lo largo de mucho, mucho tiempo el preciado líquido que me había regalado. Sabía que era algo muy especial que en ningún rincón del mundo ni nunca nadie podría encontrar. Después de tanto tiempo, aún conservo un poco de aquellas esencias. A lo largo de los meses y años, fui regalando a los conocidos y amigos, pequeños fresquitos de estas esencias. Como un tesoro singular de las montañas que tanto recorrí a lo largo de muchos, muchos años.

Ahora esta noche, siento que ya no están por aquí ni el hombre de las esencias ni los niños ni el hombre del huerto de los tomates ni el hombre de la borriquilla ni el que nos invitaba a comer al filósofo y a mí. Solo el silencio y la nieve parecen ser los dueños de este singular pueblo en lo más alto de la montaña y en esta noche. Solo esto y ahora mismo mi presencia por aquí y mi corazón y alma llena de recuerdos. Como si ya todos y todos se hubieran ido a los confines del tiempo y como si nada ahora fuera valioso excepto la nieve, el silencio,

la claridad de la noche aún estando nublada y la extraña ya la vez delicada sensación de saber que es Navidad. Navidad en su centro más real en un lugar espléndido y misterioso donde siento que nada me pertenece aunque esté ahora mismo aquí.

En el pilar lavo mis manos, bebo un sorbo de agua, echo una mirada a la pequeña casa donde descansó el filósofo, a la fachada de la iglesia, al árbol repleto de luces de colores y continuo. Avanzo por la calle que es la principal del pueblo y que lo divide en la parte alta y parte baja y me voy acercando al prado de la fuente. A mí derecha y coronando, empiezo a ver las murallas del castillo. A mi mente vienen los paisajes por donde los pozos de la nieve, prados de la borriquilla que fue tu amiga. Su dueño, también hombre bueno y natural de este pueblo, tuvo un accidente cuando con su borriquilla iba al huerto en la hondonada. El animal se asustó al salirle, en una curva de la senda, una manada de cabras monteses. Dio un respingo y el hombre bueno cayó al suelo, rodó por la ladera y murió pocos días después. Y poco después también desapareció de aquí su borriquilla. Último animal asno en este pueblo y territorios cercanos.

Pero ahora, según me voy acercando al prado de la fuente, te recuerdo y me recuerdo. Aquella noche te dejé por aquí en libertad. Sobre el pasto y a la luz de la luna, dormí yo cerca de ti acompañado del tintineo de la cencerrilla de la borriquilla que fue tu amiga. Fue una noche muy especial porque dormí cerca de ti, frente a las estrellas y abrazado por el hondo silencio, el canto de los grillos y los ladridos de los zorros. Esta noche, según voy llegando, comienzo a oír el rumor del agua de la fuente. Veo las tierras de la pradera y lo que observo

es una amplia sábana totalmente blanca y mullida. La nieve aquí se ha derramado generosamente. Y hasta me parece que esta nieve y el hondo silencio, ignoran tu presencia y la mía en la noche de aquel verano por aquí. Me parece que esto es así y no puedo hacer nada para cambiarlo.

Durante un buen rato, me quedo junto a la fuente. El agua de esta fuente sigue siendo tan clara y delicada como en aquellos días. Pero veo que los huertecillos que había por aquí cerca, ahora mismo no existen. Por el arroyuelo que baja desde la fuente hacia el valle de los olivos, solo hay zarzas, aulagas, sabinas y romeros. Nadie labra ya estas tierrecillas y hasta presiento que aquellos que las cultivaban, hombres mayores y todos buenos, se han marchado igual que te marchaste tú, a las estrellas, al mundo de sus sueños. Cuando aquel día de verano te dejé en este prado de la fuente, ellos me regalaron tallos verdes de maíz para que te los comieras. Me regalaron tomates y pepinos y hablaron conmigo en muchos momentos. Me contaron historias y cosas interesantes de este pueblo y estos territorios y todas sus palabras estaban llenas de respeto y sinceridad. Como el filósofo, todos eran personas buenas, muy buenas. Esta noche no están aunque sea Navidad. O quizás todos ellos y otros muchos más que en mi corazón conservo, esta noche no están precisamente porque es Navidad. Ahora creo que la Navidad es precisamente eso: ríos de ausencias y montañas de recuerdos de los que ya no están. Los que sabemos que nunca más vamos a tenerlos a nuestro lado y menos aún podremos verlos y oír sus palabras. Esta noche ya para mí son muchos y tengo conciencia que, en algún momento, vamos a ser todos. Y ni siquiera sé si después de este tiempo, volveremos a

vernos y saber unos de los otros. Siempre he creído que sí será posible esto pero el misterio es grande, muy grande.

Desde la misma fuente de este prado, serpenteando ladera arriba, sube un camino. Va derecho a las murallas del castillo en todo lo alto del monte. Por este camino comienzo a subir dejando a mis espaldas el prado y la fuente y a mí derecha, las casas que por la ladera se derraman hacia el valle de los olivos. El resplandor que desde las nubes se derrama por entre los copos de nieve que siguen cayendo, lo llena todo de un misterio especial. Es medianoche en pleno invierno y sin embargo los paisajes están iluminados como en aquellos días calurosos de verano. A la sombra de los pinos que por aquí crecen, en aquellos días dormíamos la siesta acompañado por densos conciertos de canto de chicharra. El calor de aquellos días era sofocante. El frío de esta noche de invierno, es intenso y profundo pero yo casi no lo percibo.

Voy lentamente por el caminillo remontando hacia las murallas del castillo y a mi mente acuden de nuevo los recuerdos de los niños del valle cuando en aquellos años por aquí jugaban. Los niños siempre jugaban en cualquier momento y lugar. Los niños, todos los niños del mundo, siempre juegan ajenos al mundo de los adultos. Los niños son como sueños que parecen no pertenecer al mundo real de las cosas y las personas. Siempre juegan en cualquier momento y lugar. Dejé de verlos y saber de ellos cuando ya iban creciendo y ahora ya también creo que como yo, han envejecido. Los niños con sus juegos fueron momentos muy especiales en mi vida y el tiempo los apartó de mi. Tanto que en este momento ni siquiera sé para qué me sirve

su recuerdo. Pero sí me sirve, como tantas otras cosas, para aprender y saber lo que nadie ni ningún libro del mundo, puede enseñarme. Ellos seguirán siempre niños en mi corazón y alma. Aunque ya hayan crecido, se hayan hecho adultos y quizá no dentro de mucho, envejezcan y mueran. En mis recuerdos, ellos seguirán eternamente niños como en aquellos días.

Corono la parte más alta de la montaña por el lado del Levante. Por donde el terreno es pura roca y las paredes del imponente castillo ya están a solo unos metros de mi. Al levante se alza el gran monte de estos territorios. Todo está cubierto de nieve y todo parece irradiar una luminosidad muy bella. Al otro lado de este gran monte, corren los ríos y los bosques de árboles, robles, encinas, pinos y melojos, aún siguen algo presente. A mi mente acude a la imagen de aquel año cuando vi cortar a muchos de estos árboles centenarios. Se me rompió el corazón y pregunté por qué lo hacían. Nadie me dio ninguna respuesta savia. Todos me decían que lo había ordenado el que mandaba. Pensé que el que mandaba no era ni sabio ni bueno. Y también pensé que lo que ordenaba no era tampoco noble. Pero los árboles centenarios y hermosos, cayeron y desaparecieron de la faz de la tierra para siempre. Me dolió el corazón y me sigue doliendo pero ni entonces pude hacer nada ni tampoco ahora. Aunque sí me sirvió para comprender lo que esta noche de Navidad arde en mi corazón y alma con tanta fuerza. Que nada ni nadie permanece para siempre inmutable. Que todo nace, vive y crece durante un tiempo y se transforma y luego se marcha escondido en los pliegues del tiempo quizá para no volver nunca, nunca más.

Pero también ahora sé que los que se marchan, los que se alejan, aquello que perdemos, siempre dejan heridas en el espíritu. Heridas que aunque con el tiempo cicatricen y el dolor se apague, ni a lo largo de una eternidad se borran. Sé que esto es así porque dentro de mí ahora mismo lo tengo todo grabado como a fuego.

Hace unos años conocimos a muchas personas jóvenes de este país nuestro y de otros países lejanos. Estudiantes universitarios. Durante un tiempo, mientras estuvimos cerca de estas personas, nos parecían buenas y amables. Y casi siempre llegábamos a creer que su amistad para con nosotros, iba a permanecer a lo largo de los días. Incrédulos y con dolor, fuimos comprobando que esto no era así según el tiempo pasaba. No fue así pero en el espíritu se quedó la cicatriz de cada una de aquellas perdidas. Y en la memoria, todo lo tengo grabado. Con tanta fuerza que ahora mismo me parece ver a cada una de estas personas como en fila atravesando los paisajes nevados que en estos momentos ante mis ojos tengo como si fueran a algún lugar desconocido para mí. No son ellos ni van a ningún sitio pero mi memoria los ve tal como he dicho. Estas personas, estudiantes universitarios, se fueron a sus países y se olvidaron de nosotros. Sin embargo, nosotros los seguimos manteniendo vivos, amables y limpios en nuestros corazones y almas. Creímos en ellos y le regalamos lo que teníamos, con la sinceridad más pura. Pero ellos se alejaron de nosotros borrándonos para siempre de sus corazones. No me importa y menos en esta noche porque sus recuerdos lo tengo ahora mismo muy presente en mi.

Camino un poco más acercándome a las paredes del castillo y por donde se encuentran las puertas. Me sitúo

en el punto concreto que vengo buscando y desde aquí, inmóvil, miro y escucho. Lo que a mis oídos llega, es la música del hondo silencio y también los acordes de alguna flauta violín y piano. Oigo, muy tenuemente, como una melodía realmente delicada y especial para esta noche y momento. Y veo ciudades y pueblos, calles plazas y casas iluminadas. Veo muchas ciudades, muchos pueblos, muchas casas, todas las ciudades pueblos y casas del mundo. Pero no en todos estos sitios ahora mismo celebran la fiesta de la Navidad. Lo entiendo. Sé que no en todo el mundo se celebra esta fiesta pero sí en muchos, muchos lugares de este planeta. Y sé que no en todos estos lugares, ahora mismo la nieve cae.

Pero es cierto, ahora mismo la nieve cae en todos estos lugares y rincones del mundo. Es de noche y el resplandor que desde las nubes se derrama, me permite ver en todas las direcciones y hasta los más lejanos confines de este Planeta Tierra. Y veo que la nieve cae abundantemente y sin parar. Veo que en las ciudades, pueblos, plazas, calles y casas, entre los copos de la nieve que cae, las luces titilan y poco a poco se van apagando. Se apagan las luces de las calles, las de las plazas y las de las casas. Algo así como si de pronto la nieve sepultara a todas estas luces y construcciones.

Por eso, poco a poco, dejo de ver a estas ciudades, pueblos, calles y casas. Solo la nieve se amontona como en alfombras mágicas que cubren silenciosas y delicadamente. El mundo, todo el territorio del Planeta Tierra, se va convirtiendo en un inmenso paisaje blanco y mullido. Lo estoy viendo y no me sorprendo. Sigo oyendo la delicada música que, como en forma de copos que se desprenden de las nubes, también se

derrama por todo el territorio y como fundida en el resplandor que ilumina delicadamente. Es hermoso ya la vez sobrecogedor lo que oigo y veo. Es hermoso y entiendo que esto debe ser así. Lo he intuido a lo largo de toda mi vida y nadie, absolutamente nadie ni nada, me dijo ni me anunció nunca la realidad que ahora mismo ante mí tengo. Pero yo lo sabía y por eso ni siento miedo ni tengo frío ni me extraño de nada.

El pueblo blanco de la cumbre que tengo bajo mis pies coronado por el imponente castillo de piedra, también ha quedado sin luces y empieza a ser cubierto por la densa nevada. Lo mismo sucede con el desparramado pueblo del valle de los olivos y rincón especial de los niños. Desde este pueblo y valle, por las laderas hacia la cumbre donde me encuentro, asciende la densa capa de nieve. Como cubriendo el último paisajes de este planeta. Y desde el pequeño prado de la fuente donde aquellas noches de verano tú dormías a la luz de la luna y acompañado por el canto de los grillos, veo como un camino que asciende hacia el castillo donde me encuentro.

Es un camino como de algodón recién cortado de los campos y rematado por hermosísimos reflejos de cristal color oro y tallos de romero lleno de flores moradas. Te veo a ti subiendo por el camino y tu cuerpo también es blanco y blando. Subes majestuoso y al llegar a donde yo espero, te paras frente a mí. Me miras con dulzura y entonces comprendo la gran verdad. Me acerco a ti, te abrazo, como tantas veces cuando estabas y éramos amigos, me refugio en el calor que de tu cuerpo mana y te digo: “Todos los sueños que vivimos juntos y todos los sueños que tuve antes de conocerte, los tenemos puros y radiantemente bellos en la estrella que tanta

noches contemplábamos desde los prados. Vamos juntos al encuentro de esta estrella nuestra y de nuestros sueños. Al encuentro de todos aquellos y aquello que perdimos y en nuestro corazón siempre mantuvimos puros y hermosos. Lo perdimos todo y todos pero ahora somos inmortales en el maravilloso universo que siempre soñamos. Vamos juntos y tú como el más grandioso de todos los reyes. Es ahora mismo noche de Navidad y las cosas tenían que suceder así".

El camino que desde el prado de la fuente sube hasta este castillo de recias piedras, sigue avanzando como hacia el corazón de las nubes y sostenido por el viento mientras los copos de nieve continúan cayendo. Por este camino tú y yo comenzamos a movernos mientras al fondo, como en un infinito y cielo misterioso, allá por donde las estrellas y los confines de las galaxias, las nubes se abren. Veo como un redondo sol que irradia luz plateada y dorada. Comprendo ahora que de esta fuente de luz, es de donde mana el resplandor que ilumina todos los pliegues de esta noche de nieve y corazón de la Navidad. Hacia este universo luminoso avanzamos lentamente nosotros siguiendo el camino que, como colgado en el viento y escoltado por las nubes, los copos que caen y los tallos de romero florecido con diminutas perlas moradas, se nos abre y da paso.

A mi mente viene la imagen del hombre de la cueva y por mi alma y corazón, vibran las palabras que un día salieron de su boca: "Si cierras los ojos y meditas, puedes ser capaz de sentir la más hermosa de las experiencias. Relaja tu cuerpo, deja en blanco tu mente, afina el oído y escucha. Escucha el silencio, siente la caricia del vientecillo rozando la piel de tu cara, deleita

tu alma con el aroma de los romeros en estos lugares, déjate perder y vuela por las profundidades del universo sin límites y sed consciente del placer de esta realidad. Es la más hermosa de cuantas experiencias pueda experimentar el ser humano. Diluirse en la quietud y serenidad bañado y abrazado por el silencio, es la realización máxima de una persona. La oración perfecta, el encuentro y posesión del placer más profundo, el dominio del universo más hermoso y la placidez de estar aceptado y abrazado por el Dios creador de todo. El universo entero será tu reino donde, rodeado de la más fina belleza, descubrirás que era cierto: la eternidad existe y tú ya formas parte de ella. Los ríos de belleza que siempre sentiste atravesando tu corazón y alma, son el fundamento del universo. La belleza es la que da consistencia y forma a la eternidad".

Me despertó de este sueño extraños sonidos.

- ¿Qué pasa?

Te pregunté desorientado. Nada me dijiste. Tal como estaba recostado sobre la hierba, seguiste en tu paz. Escucho atento los sonidos. Es como un pequeño huracán. El viento zarandea las ramas de los árboles que tenemos cerca y muchas hojas caen de estos árboles. También algunas almendras que todavía estaban agarradas a las ramas y oigo el canto de algunos mirlos. Extraño me parece todo pero nada te digo. Compruebo que al levante de nosotros, por entre las altas cumbres de las nieves, la luz del nuevo día comienza a llegar.

En mi mente recreo el sueño que acabo de tener y también recreo algunas de las aventuras vividas en los días pasados. En estos días, de las nogueras que

sabes, recogíamos también nueces y de las higueras por donde el manantial del balneario, alcanzábamos los higos. Uno de los frutos de otoño que a ti más te gustaban y también las hojas de las higueras. Pero disfrutabas mucho paladeando los primeros racimos de uvas ya maduras. Recogíamos estos racimos de uvas de las cepas de la vid por debajo del cortijo que bien sabes. La pequeña viña quedaba uvas no muy gordas pero sí muy dulces y con sabor a sol y viento limpio. El sabor de la uva moscatel, es único entre todos estos frutos y creo que único en el mundo entero. ¡Qué momentos estos tan mágicos y originales en los primeros días del otoño! Los recuerdo con la emoción de un niño chico y más los recuerdo y me parecen bellos porque tú estabas y ahora ya no. Me regalaste las mejores horas de mi vida, los silencios más sinceros y limpios, paseos por los caminos de la montaña entre romeros, viñas, encinas, fresnos, olivos, robles, almacenes, álamos, manantiales, arroyos y ríos. Qué momento más especiales y cómo lo llenamos todos de ingenuidad y fresca belleza.

Quizás tú no le diste importancia cuando lo vivíamos pero yo sí y por eso ahora lo recuerdo. Recuerdo con nostalgia y algo de tristeza cuando, después de pasarnos buenos ratos buscando almendras, nos dejábamos caer por las veredas en busca del manantial donde brotan las primeras aguas del río que corre a los pies del palacio del sultán. Este río tiene un gran charco casi redondo y con poca profundidad donde hierve el agua. No hervía sino que brotaba y brota del fondo por entre la arenilla y algunas piedras y transmite esta sensación. Como si hirviera de verdad. Formando burbujas transparentes en varios tamaños y expandiéndose en círculos caprichosos. Después de

beber unos tragos en este charco o en las mismas burbujas que del suelo brotaban, nos dedicábamos a los berros.

Los berros, esas pequeñas plantas intensamente verdes y que solo brotan en aguas claras, no contaminadas y de temperaturas bajas. En las orillas de este charco y por entre las mismas burbujas, encontrábamos estas plantas formando almácigas. Primero lo comentaba contigo luego, durante un rato largo, me dedicaba a recolectar todas las plantas berros que podía. Solo los tallos más verdes y tiernos y procurando no tirar con fuerza para que las raíces de estas plantas no se vinieran conmigo. Sobre las rocas que hay a los lados de este charco por sobre algunas pequeñas alfombras de grama, iba poniendo los pequeños cuñados de tallos de guerra. Cuando ya tenía una cantidad moderada, pero se entraba a comer a ti. Y mientras tú saboreaba estas hierbas, yo también de vez en cuando mordisqueaba algunas hojas. El sabor de los berros es un poco ácido, como si estuvieran avinagrados y hasta saben un poco a rábanos. Hay que estar un poco acostumbrado a comer estas plantas pero yo te las daba y te insistía a que las aprovecharas. Te decía: “Los berros, son unas de las plantas que más propiedades tienen. Minerales, vitaminas, fibra… Son bueno para muchas cosas". De estos momentos y por estos rincones de los caminos que recorríamos cuando estabas, tengo llena el alma de recuerdos.

Luego ya, pasado el tiempo, me he ido encontrando con muchas personas que me decían que todo esto eran y son tonterías. Me transmitían:

- Todo lo que no sea blanco onagro, no sirve para nada. Enamorarse de un árbol, tomarle cariño un animal,

recorrer los caminos que van por las montañas, embelesarse ante las tormentas en los primeros días del otoño, sentir tristeza cuando una planta del bosque se muere o cuando otras personas cortan árboles, preocuparse, amar, hablar, escribir y defender estas cosas, es pura tontería. En la vida hay que ser práctico y dejarse de las ñoñerías que dices y defiendes.

¿Sabes? Entre las muchas cosas que después he aprendiendo con el paso del tiempo, tengo algunas muy claras. Y una de ellas es que las princesas no existen. O quizás más bien existen pero en la realidad más profunda, no hay princesas verdaderas. Puede haber personas que vistan trajes elegantes, de colores y usen perfumes y joyas valiosas. Pueden existir estas personas y pueden ser simpáticas, hermosas en su cuerpo y de comportamientos educados y nobles. Puede ser que esto sea así y de hecho lo es. Pero ahora puedo decirte convencido plenamente que si una persona no se trasciende y eleva a los reinos de la inmortalidad envuelta en la belleza más grande y la sinceridad más profunda, nunca podrá tener el título de princesa aunque lo tenga y vista trajes hermosos. Creo que las princesas que en muchas ocasiones sueña el corazón humano, solo existen en estos sueños y en las estrellas. Quizás también en el cielo al que tú te fuiste y por eso, a pesar de lo que te he dicho, sigo creyendo en las princesas. Te contaré más cosas. Tengo mucho que contarte.

Cuando estabas, en aquellos días también aprendimos juntos que todas las cosas tienen un final. Los sueños y los deseos de realizar cosas grandes y conquistar metas, tienen un final. La felicidad como la concebimos, aunque la alcancemos a medias, también un día tienen

su final. Los amigos, las primaveras, las lluvias de otoño, las puestas del sol, los aromas de las montañas, la libertad e incluso la propia vida. Tú ya lo sabías cuando juntos compartíamos las mañanas, las tardes, y las noches frente a las estrellas. Tú lo intuías y así sucedió. Pero yo te decía y te sigo diciendo que sí en el corazón de las personas, a lo largo del tiempo que recorremos el camino hacia la meta final, liberamos sentimientos y obras buenas, el final abre las puertas a una realidad maravillosa. ¿Quizá al cielo que todas las personas intuimos? Puede ser pero sí tengo claro que nos encontraremos con mundo maravilloso donde todo será para siempre y con la belleza y gozo que fue soñado. Te contaré más sobre esto.

Como también te contaré bastante de los malos ratos que, desde que te fuiste, he pasado. Me han dado palos desde todos lados. Y casi siempre me he tenido que aguantar, cerrar la boca, no pronunciar palabra y seguir adelante. Pero me han dolido y siguen doliendo porque casi siempre me han dado palos aquellos que han sido nombrados por otros para dirigir y ordenar. Y yo me he tenido que callar sabiendo que estos que me humillaban, no eran más inteligentes que yo ni más buenos ni tenían la razón de su lado. Algo muy desagradable, algo muy poco noble, algo que nosotros siempre hemos rechazado y de ninguna manera hemos practicado ni dejado que se instalaran estas cosas en nuestros corazones. Ya sabes, la inteligencia es silencio y oración, tener capacidad para no enfrentarte a los menos inteligentes y esperar. La persona que se siente buena por dentro y en la verdad, ve absurdo enfrentarse y discutir con los que están nombrados para dirigir y ordenar y son cortos en inteligencia y bondad. Guardar

silencio y seguir adelante, es un indicio grande de inteligencia noble.

Pero a veces he sentido y siento como si no me quisieran en este mundo. Como si los dueños de todo este planeta e incluso del Universo entero, fueran todos menos yo. Como si lo único que por aquí hiciera fuera estorbar y poner dificultades en las cosas que unos y otros planean y realizan. Sé que no es así pero en bastantes ocasiones me hacen sentirme intruso entre todos los demás y en el planeta que llamamos Tierra.

Porque imponer o prohibir, casi nunca logra que el problema se resuelva. La parte oprimida, podrá aceptar si entiende que si se revela, las cosas podrían perjudicarle. Pero la solución a los conflictos, es el diálogo, la reflexión inteligente, el respeto, la escucha humilde y la búsqueda de la verdad sin más interés que esto: encontrar la verdad. Lo mejor para ambas partes.

Y porque ahora sí tengo claro que aquellas personas que quieren imponerse a los demás a base de gritos, carecen de toda razón. Los que gritan para mostrar su autoridades porque carecen de inteligencia y se sienten débiles y vulnerables. Los inseguros y vacíos de verdades grandes, siempre se comportan así. Tú lo sabías y yo también: los inteligentes, razonan con diálogos amables y buscan mostrar la verdad más limpia. Buscan convencer con amabilidad, enseñando la verdad de las cosas. Imponerse a los demás a base de gritos, es cínico y propio de personas mediocres. Que Dios los perdone pero ni tú ni yo, quisiéramos encontrarnos con estas personas allá en la eternidad donde tenemos claro que hay un cielo. Te iré contando.

Debes saber que no te he borrado de mi mente ni de mi corazón desde aquel último día. Fuiste la amistad más sincera y bella que en este suelo he tenido y por eso te hiciste latido puro y hondo en mi alma. Hoy, esta calurosa tarde de verano ya tan lejos de aquel día de primavera, he decidido seguir escribiendo en tu libro. La segunda parte del libro que escribimos juntos aunque ahora ya no estés y solo seas recuerdo. ¿Que para qué voy a escribir un poco más? No lo sé como tampoco lo sabía en aquellos días. Ya muchas veces he pensado que escribir mis cosas no sirve, no servirá para nada. He escrito mucho a lo largo del tiempo y muy pocas personas han leído mis páginas. No me importa, desde luego. Como tampoco me importa ahora que esto que, a partir de hoy voy a dejar escrito en este segundo libro tuyo, no sea leído por nadie ni sirva para nada.

Pero tengo necesidad de contar cosas. Mi corazón está lleno de recuerdos, de momentos tristes, de horas preñadas de soledad, sueños y sentimientos. Sé que son, al menos para mí, cosas muy valiosa y de gran belleza y por eso, me consuelo un poco dejándolas escritas. Tú me vas a ayudar en esta nueva aventura aunque no estés presente y también va a ayudarme, imaginariamente o en forma de sueño, alguien que conozco. Voy a intentar compartir con alguien conocido, algunas de las cosas que en este nuevo libro tuyo escribiré. No es mucho, pero al menos es una pequeña ilusión. Y ya sabes tú que sin ilusión en las cosas de este mundo y en la vida, casi nada tiene valor. Es más, creo que sin ilusión, todo esfuerzo y lucha, es completamente inútil y sequedad total.

¿Que por dónde empiezo? Ya te he dicho que tengo mucho que contar y todo de gran valor para mí y para

mantener vivos los recuerdos, el de muchas personas y también el de muchas, muchas cosas. Podría hacer una lista de los que se han ido. De las personas que estuvieron y ya no están como sucede contigo. Podría hacer una lista y sé que sería larga, muy larga. También sé que de muchas de las personas de esta lista, podría contar bastantes cosas. Tantas cosas que darían para escribir un libro muy extenso. Podría también hacer una lista de aquellos que están y ni me rozan y de aquellos que, quizá en los días que por aquí me queden, aparezcan. Pienso que sería muy interesante contar minuciosamente de esto que te estoy diciendo. No sé si lo haré. Ahora, el principio de esta pequeña historia nueva, podría ponerlo en cualquier rincón de los que conoces u otros nuevos y comenzar.

Desde que te fuiste, antes incluso de que llegarás a mi vida, creo que desde pequeño, casi cada noche he soñado escenas, historias, vivencias y aventuras emocionantes. Tan emocionantes algunos de estos sueños míos que más de una vez he pensado que precisamente a través de estos sueños, he visto mundos desconocidos de casi todas las personas. Caminos y universos que elevan a sitios grandiosos y llenos de muchos, muchos misterios. Y en más de una ocasión he pensado que precisamente estos sueños míos, son los que me han sostenido en este lento caminar por el suelo y llevado por el tiempo. Tendría yo que escribir un libro grande, muy grande, tan grande como tú y nuestro mundo invisible, para recoger todas estas vivencias y aventuras que en sueños he recreado. No hace muchas noches, me encontré metido en unos de estos sueños. Y aquí ahora, aunque precisamente no sea muy importante, voy a contarte un poquito de este

sueño. Lo he vivido de la siguiente manera, más o menos:

Sueño. La casa de la princesa

¿Te acuerdas de la vieja casa en el lugar más bello del mundo? ¿La que ya no era casa cuando lo compartía contigo sino pura ruina comida por el tiempo y la vegetación? Te dije muchas veces que en estas ruinas, tiempos atrás, yo había nacido, me había criado y había jugado en libertad. La casa, el rincón, el territorio, el mundo de mi infancia. Pero pasado el tiempo, por las circunstancias de la vida y por la cantidad de vueltas que la vida da, dejó de ser mi casa y la de mis seres queridos y, poco a poco, el tiempo la convirtió en ruinas, la vegetación la fue cubriendo y las lluvias y el viento la rompieron un poco más.

Los míos, murieron. De igual modo a como lo hiciste tú mucho tiempo después. Poco a poco todos se marcharon de este mundo y poco a poco, el tiempo los fue borrando. Desconocidos por completo por todos los humanos y convertidos en polvo, silencio y viento en algún lugar de este mundo y del gran universo. He rezado y rezo por ellos casi cada día porque creo que en algún lugar del gran universo, siguen existiendo. Quizá donde reina un enorme creador de todo cuanto existe e imaginamos y donde todas las cosas hermosas, sentimientos puros y amor, permanecen en forma de eternidad. Creo en esta realidad y por eso soy capaz de estar por encima de todo cuanto existe en este suelo, de lo que hacen y dicen las personas y de lo que es materia.

Pues esta bonita casa que, durante mucho tiempo fue mía y luego se convirtió en ruinas frente al río, frente al

gran Palacio del Sultán y frente a las altas montañas de Sierra Nevada, es conocida ahora con el nombre de: "Villa palacio de la Princesa de los Zapatillos Rojos" ¿Que quién es esta princesa? Tú no lo has conocido en persona como tampoco conociste la princesa que nos escribía bellas cartas. Aquella, existió y luego, antes de que te fueras, poco a poco fue alejándose hacia horizontes desconocidos para nosotros. Se perdió, guardó silencio y nunca más supimos de ella. Escogimos una estrella en el firmamento para tenerla ahí a lo largo de toda la eternidad y después, también nosotros guardamos silencio. Esta otra princesa, yo sí la he conocido en persona pero no así tú. Te marchaste antes de que ella apareciera por los lugares que conocemos. Por eso a lo largo de estas páginas, voy a hablarte mucho de esta nueva princesa que ella misma se hace llamar "De los Zapatillos Rojos".

La otra tarde, subí por el camino que conocía desde hacía mucho, mucho tiempo y que lleva a las ruinas de la que fue la casa de mi infancia. Recorrí contigo este camino en aquellos días y ahora esta tarde, lo hago solo. A mi izquierda me va quedando el monte de jaras y juegarzos por donde sé tienen sus madrigueras los conejos, los zorros y algunos gatos monteses. También urracas, arrendajos y palomas torcaces. A mi derecha, según iba avanzando, descubría los quebrados acantilados rocosos por donde también revoloteaban cuervos, grajas y algunos cernícalos. Por el fondo de este acantilado, discurre hermoso y con bastante caudal, el gran río.

Al llegar a la curva, veo que el camino se divide. El principal que es el que vengo recorriendo, sigue avanzando hacia la parte alta de los acantilados. El

camino secundario que de este principal se aparta, se viene para mi derecha y enseguida, adaptándose a la inclinación del terreno, desciende. Y justo aquí, en la curva y donde se dividen los caminos, al frente veo las majestuosas encinas. Grandes como bosques enteros, con sus ramas muy abiertas y apuntando a todas las direcciones y, al mismo tiempo, tapizados sus troncos con el característico color negro gris. Sé que estos árboles son mucho más que centenarios. Por eso su belleza siempre me impresionó y me llenan de asombro ahora mismo.

Me desvío por este camino de la derecha y, pausadamente, empiezo a descender. Tengo claro lo que vengo buscando por aquí. Y no he recorrido treinta metros, cuando oigo murmullo de personas hablando. No me paro. Conozco bien el lugar y mejor aún conozco el robusto edificio de piedras y tejas rojas de barro. Al dar una pequeña curva hacia la hondonada, veo primero el tejado del gran edificio. Sigo avanzando y poco a poco voy descubriendo las paredes, las ventanas y las puertas.

Continuó bajando y no tardo en ver, ya casi en la hondonada y no lejos de donde el manantial brota, a los hombres. Cuatro o cinco que se mueven transportando piedras, maderas, losas y cemento. Me ven bajar y no detienen su tarea. No los conozco de nada. Me acerca ellos, los saludo, espero unos segundos y luego les pregunto:

- ¿Qué obras estáis haciendo por aquí?

El que parece el capataz, me dice:

- ¿No has visto el gran letrero que hay en la parte alta de la terraza que da al río?

Movido por la curiosidad de lo que me anuncia el capataz, miro hacia este punto concreto.

En la parte alta de la terraza que mira al sol de la mañana y a las cumbres de Sierra Nevada, sobre la pared y encima de la puerta principal, veo el letrero. Enseguida me impacta el color rojo de las letras resaltando sobre un fondo azul verde agua, muy suave. Leo despacio lo que aquí hay grabado en bonitos azulejos: “Villa palacio de la Princesa de los Zapatillos Rojos”. El corazón seme sobresalta y miro con interés a los que se afanan en las obras. Sé bien quién es esta princesa porque la conozco desde hace ya mucho tiempo. Pero para comprobar hasta dónde también el capataz sabe de la historia de esta princesa y de la casa que están remodelando, pregunto de nuevo a este hombre:
- ¿Y qué sabéis vosotros de esta princesa?

Directamente el capataz me responde:
- Que es de un país lejano donde la nieve cae y cubre casi durante seis meses a lo largo del año. Hace tiempo, un año vino a Granada y estudió en la Universidad a lo largo de todo el curso. Se enamoró de esta ciudad, se enamoró de los paisajes, de todos estos lugares, se enamoró de las flores, se enamoró de las hojas y olores, se enamoró de los pájaros, del palacio del sultán, de las cumbres de Sierra Nevada, del barrio del Albaicín, del río Darro que corre a los pies de la Alhambra y de muchas personas. En ese tiempo escribió un libro que tituló, “Entre la Nieve y el Desierto y luego, cuando fue corregido, le dejó el nombre de “La Princesa de los Zapatillos Rojos".

En las páginas de este libro reflejó hondos y bellos sentimientos, sueños casi imposibles de alcanzar y muchos trozos de un gran corazón enamorado. Algo que sacó de lo más hondo y sincero de su alma con el deseo de rescatar lo que para ella era muy importante y de ninguna manera pudo. Por eso todas las páginas de este libro estaban y están llenas de momentos bellos diluidos en el tiempo y de trozos de muchas pérdidas. Pero ella escribió este libro con el deseo de transmitir a los demás y a personas concretas, los latidos y sueños de su alma y corazón impulsada por el deseo de salvar algo muy querido.

Leyeron algunas personas este libro. Ella misma se lo regaló a estas personas y luego todo quedó en silencio. No muchos días después, se marchó de la ciudad de Granada a donde había venido solo para estudiar a lo largo de un año. Pero cuando de aquí se alejó, a otra ciudad distante de estas tierras y luego a su ciudad natal donde las nieves son casi eternas, la añoranza se le instaló en el corazón. Para aliviar un poco estos momentos, se puso y escribió otro libro. Dio por título a este libro “El Mirlo es Negro la Amapola es Roja”. Un relato sencillo, muy hermoso, donde fue coleccionando todos sus recuerdos y vivencias con las personas que conoció y los rincones que pisó el año que estuvo en Granada. Y este libro sí que le salió redondo, muy redondo.

Lo escribió en su lengua natal el ruso y luego lo tradujo al español. Se lo corrigieron y quedó un bonito texto. No se sabe cómo pero empezaron a leer este libro muchas personas. Gustaba sinceramente a las personas y estoy hizo que ella se animara a escribir aún más cosas. Escribió más cosas y entonces…

El hombre que me está contando este relato, por un momento guarda silencio. Dice algo a los que con él trabajan y mira luego para lo hondo del barranco, por donde se adivina la corriente del río. No sabe él y tampoco se lo revelo en este momento, lo que en mi mochila traigo conmigo. Miro yo también hacía estos lugares y de pronto, mis ojos se tropiezan por las laderas que llevo clavadas en las fibras de mi alma. Las laderas de pequeños cerros alargados que se jalonan frente al sol de la tarde como siguiendo el recorrido del río. Y a mi mente, sin poderlo evitar, acude el recuerdo de un día muy concreto por estos paisajes.

Era primavera y comenzaba el día. En el corral al lado izquierdo de esta casa en construcción ahora, los animales ya se movían nerviosos. El padre me dijo:
- Abre la puerta del recinto y llévatelos al cerro de los romeros, por donde el collado. En ese sitio hay mucha hierba y monte con muchos tallos tiernos. Quédate por ahí cuidándolo hasta que hayan comido lo suficiente.
Sin rechistar, hice caso a lo que el padre me estaba pidiendo. Yo era todavía casi un niño. En cuanto abrí la puerta del corral, los animales salieron rápido y en poco tiempo, ya los iba guiando por los paisajes hacia el cerro de los romeros, por donde el collado.

Al ver a los animales tan entusiasmados y al parecer hambrientos, se me ocurrió dejarlos que se fueran por donde quisieran para que así tuviera más posibilidades de buscar alimentos. Subí por la veredilla que remonta al collado y luego ascendí a lo más alto del cerro. Al levante tenía ante mí la llanura de las encinas en cuyo centro brotaba el manantial y a mí derecha las altas montañas de las nieves. Al poniente me quedaba el río

por donde los animales habían descendido y desde el río hacia mí, me quedaba la gran ladera de los romeros, jaras y lentiscos. Contemplando tan bello panorama y sintiéndome satisfecho de la libertad en que había dejado a los animales para que se movieran y buscarán los mejores alimentos, me sentí bien y por eso pensé: “Cuando ya pasé el tiempo suficiente y crea que están bien alimentados, los voy a llamar para que se reúnan todos y así poder regresar con ellos al corral. Quiero que se concentren aquí en lo alto del cerro donde estoy todos alrededor de mí.

Pasó el tiempo y los animales, en lugar de irse concentrando hacia las partes altas que era donde estaba yo, más y más se esturreaban por la ladera hacia el río y hacia arriba y hacia abajo. Los llamé bastantes veces y a lo largo de un buen rato. Ningún caso me hacían. Me sentí impotente y muy incapaz de resolver el problema. Bastante confuso, descendí por la senda hacia el collado, desde el collado descendí hacia el río, crucé la corriente de las aguas y por la senda que remonta, volví a la casa que ahora me encuentro en construcción. Me encontré a la madre en la puerta donde ahora veo una bonita terraza y el letrero en letras rojas y fondo azul verde agua. Al verme ella, dejó la faena que tenía entre manos y me miró bastante sorprendida. Me acerqué titubeando y sin saber cómo explicarle las cosas.

La madre, la persona más especial que en mi vida he conocido, creo que enseguida adivinó qué era lo que sucedía. Me miró no enfadada, se vino hacia mí y sin más me dijo:
- No me expliques nada porque me parece saber qué es lo que ha ocurrido.

Pero yo sí le expliqué las cosas porque tenía necesidad de ello. De nuevo sin enfadarse, dejó que me acercara un poco más y con palabras amables me anunció:
- Tú no lo sabes ahora pero algún día lo entenderás. Lo que acabas de vivir, es como una importantísima metáfora.

Sorprendido me quedé mirándola. Ciertamente que en ese momento yo no sabía nada de metáforas. Algo que ocurre con frecuencia en la vida y que descubrí con mucha fuerza cuando ya habían pasado los años. Leyendo las cosas que escribe está princesa que te decía antes, en sus sencillas páginas, me encontraba continuamente con metáforas. Por eso ahora ya sí sé lo que significa y es esto. Y por eso ahora entiendo que la vida, toda la vida en sí, casi cada momento, semana, mes y año, son como una cadena de metáforas que se engarzan entre sí todas hacia un fin concreto.

Pero en aquella ocasión, me quedé allí cerca de la madre, sintiendo su cariño y notando que no me culpaba de nada. Muy tranquila siguió ella en sus cosas y al caer la tarde, poco a poco los animales fueron llegando al corral. Vi y noté al padre por completo tranquilo y satisfecho y esto me llenó de mucha satisfacción. A lo largo de aquella tarde, por la noche y al día siguiente, pensé varias veces en lo que la madre me había dicho relacionándolo con lo que con los animales me había ocurrido en el cerro de los romeros. No lograba entender pero las cosas habían sido reales y muy claras a mí alrededor y frente a mí.

Ahora en estos momentos, cuando ya han pasado muchos, muchos años y vuelvo a este rincón como buscando los tesoros de mi vivencias, los que por aquí

me he encontrado reparando el edificio que fue mi casa, se han alejado de mí. Desde la hondonada por donde brota el manantial, han ascendido la pequeña cuestecilla hacia balcón y por la parte de atrás, se afanan en la reconstrucción. Le pido permiso al capataz y no se opone a lo que deseo. Cuando ellos se marchan, ya casi a media tarde, remonto yo también hacia el terreno donde se alza el edificio. En el balcón frente al río y frente a las montañas y al palacio del sultán, me quedo bastante rato observando los espacios. Luego, según la tarde va cayendo, desciendo un poco hacia el lado del levante y bajo la gran encina que todavía vive por aquí y fue amiga mía en los momentos de juegos de mi niñez, me detengo. Busco el lugar más apropiado para pasar la noche frente a las estrellas y en estos momentos recuerdo que precisamente esta encina y toda esta hermosa hondonada hacia el río, fue el paisaje que en todo momento contemplé desde la ventana de mi habitación cuando en este edificio vivía.

Te voy a contar muchas cosas de la habitación donde viví cuando pequeño. Es un rincón no muy grande pero que para mí está lleno de hermosísimas vivencias y sueños. Mi habitación en este lugar, edificio en ruinas y ahora en reconstrucción para palacio para una princesa, estuvo repleta de vivencias y sueños muy hermosos. Frente al acebo que crecía bajo mi ventana, frente a los almendros que crecían un poco más lejos, frente a los cipreses y cedros, frente a las encinas y al meces, frente a los romeros y laderas cayendo hacia el río, frente a la silueta de las montañas al otro lado del río y frente a las altas montañas cubiertas de nieve a lo largo de todo el invierno. Desde la habitación de mi ventana se veía un mundo fascinante y maravilloso y por eso yo me llené de momentos realmente eternos y repletos de belleza.

También quiero contarte mucho de esta habitación mía en este ahora ruinoso edificio.

En estos momentos, me vengo hacia el lado derecho de la gran encina. Busco un lugar muy concreto y al encontrarlo, decido quedarme aquí para pasar la noche. En mi mochila traigo los libros que ha escrito “La Princesa de las Zapatillas son Rojos". Uno, cuando estuvo viviendo en esta ciudad nuestra. Un pequeño relato lleno de poesía y muy repleto de sentimientos. Me pidió que le ayudara en el idioma español y lo hice con mucho gusto. Quedó un relato muy bonito. Y el segundo libro que traigo conmigo en la mochila, lo escribió ya cuando se hubo marchado de esta ciudad nuestra. Algunos capítulos, desde su ciudad de las nieves y otros capítulos, desde la ciudad distante de esta nuestra.

Es hermoso este segundo libro. Refleja en él sus vivencias a lo largo del año que estuvo en nuestra ciudad y lo hace desde la añoranza y el sentimiento de pérdida. Pero lo hace con mucho respeto y procurando llenar de belleza las cosas que describe. Le ha puesto por título “El Mirlo es Negro la Amapola es Roja". Y en la primera página, pone un trozo muy bonito recogido del primer libro que escribí junto a ti. Algo que me ha gustado, te engrandece a ti, da brillo a su libro y refleja con claridad sus más limpios sentimientos. De todo esto quiero hablarte despacio en estas nuevas páginas que pretendo escribir contigo, en ausencia.

Ahora, esta noche y mientras desde este lugar de nuevo contemplo el cielo lleno de estrellas, voy a recrearme en algunas de las cosas que en este segundo libro ha escrito nuestra segunda princesa. Como es de noche y la oscuridad lo cubre todo, lo pensé hace unos días. En

cuanto leí el libro este segundo, lo pasé a audio. Así que todo este libro entero lo traigo conmigo grabado en audio. Para poderlo escuchar en cualquier sitio y momento y de este modo, conocer a fondo y lo más claramente posible todo lo que quiere transmitir este singular relato. Y transmite mucho, mucho. En cuanto lo leí por primera vez, percibir en toda su extensión y belleza, el mensaje que en las páginas de este libro ha escrito. Esta segunda princesa nuestra, escribe muy bien, es sensible a todos los humanos, a la perfección, la belleza de las cosas, hay mucha sensibilidad en su alma, los sentimientos le rebosan por todas partes y capta la poesía que hasta las cosas más pequeñas, tienen.

Aquí al lado de la gran encina que ya era bella cuando yo todavía era niño, voy a montar mi pequeña tienda de montaña. Con la puerta mirando al primer sol de la mañana para ver amanecer por los altos de las cumbres de las nieves y ver los primeros rayos de sol, incidiendo sobre las torres del palacio del sultán. Pero antes de que por encima de esas altas cumbres aparezca el sol, a lo largo de la noche, voy a recrearme en las estrellas que titilan en el firmamento. En alguna de estas estrellas, nosotros tenemos tesoros hermosos y, en otras, los mejores sueños y sentimientos que por nuestros corazones pasaron. Porque ya sabes lo que te decía: “Las estrellas que te titulan en los insondables universos que por la noche contemplamos, son como luminarias a universos aún más grandes y lejanos. Luminarias que nos están invitando hacia algo tan grandioso, que ni siquiera nunca la mente humana ha sido capaz de imaginar”.

Cuando estabas, en más de una ocasión te decía:

- Necesitamos estar solos. En algún lugar rodeados de naturaleza, en silencio frente a la tarde, con el rumor de un arroyuelo de fondo, bajo el cielo azul y acariciados por el vientecillo limpio. Necesitamos de estos encuentros con nosotros, con la transparente belleza de las cosas, los profundos misterios del Universo y el Creador de todo. Porque nuestra alma necesita de este alimento.

7 de septiembre Pórtico otoñal. Primeras tormentas. Hecho real

Justo hoy, día 5 de este mes, ha llegado la primera tormenta. Y como en aquellos días que tú bien sabes, ha regalado truenos, ha desplegado rayos y ha derramado mucha, mucha lluvia. Y precisamente por donde más agua a caído ha sido por los territorios donde tú duermes ahora, paisajes y montañas cercanas. Es en estas tierras donde nace el pequeño río que también conoces y se le distingue con el nombre de río Darro. Nace en estas montañas donde duermes y después de un recorrido no muy largo, pasa justo a los pies de la Alhambra y cuando ya va entrando el núcleo de la ciudad de Granada, se pierde en el embovedado. Este trozo de río tú no lo conoces mucho ni yo tampoco tuve gran interés en mostrártelo. Es un paisaje urbano que como sabías y siempre sabrás, para nosotros no tiene gran interés.

Pero este año, antes de la primavera, en este trozo del río Darro un poco antes de perderse en el embovedado, se estableció un pato silvestre. Una hembra de ánade real que hizo su nido y sacó adelante siete pequeños patitos. Acompañados de dos gansos que llevan ya por aquí viviendo varios años, estos

patitos han crecido y ahora ya están muy grandes en este pequeño trozo del río. He seguido con mucho interés toda la historia de estas aves y aunque ya están grandes y vuelan a sitios desconocidos para mí y luego vuelven, cada tarde me acerco a verlos. Les regalo unos puñados de semillas y también a los dos gansos y luego por aquí me quedo un rato contemplando la corriente, observando la pequeña fauna y vegetación que por aquí se da y, a veces, comentando algunas cosas con las personas que se acercan, miran y me preguntan.

Justo el día 5 de este mes descargó la primera tormenta, como ya te he dicho en las partes altas de este río. A las pocas horas, el cauce ya bajaba muy lleno y con las aguas color chocolate. Nada interesante para mí pero sí sé que son las manifestaciones propias de la estación del año que dentro de poco va a llegar. Al día siguiente, también descargaron algunas tormentas. Y ayer por la tarde, se dio la tormenta más grande. Se situó justo encima de los palacios de la Alhambra, por donde la Abadía del Sacromonte y todo el trozo de este río que te estoy comentando. Me cogió la lluvia justo mirando a la pequeña bandada de patitos, por donde hay un charco que yo llamo de las Truchas y bajo un gran árbol decorativo que también llamo el plátano. Y como esta tarde tampoco traía conmigo ni paraguas ni impermeable para defenderme de las lluvias, tuve que refugiarme en la entrada de un viejo edificio que en otros tiempos fue un magnífico palacio. La lluvia arreció mucho y al poco, la estrecha calle de la Carrera del Darro, parecía el hermano menor del río que te estoy comentando. Cayeron muchos granizos y recias gotas de agua, estallaron muchos truenos, brillaron bastantes relámpagos y la calle se quedó por completa solitaria. A nadie se veía por aquí.

Tuve que refugiarme como ya te he dicho en la entrada de un edificio antiguo. Y aquí, mientras la lluvia caía y yo dejaba que el tiempo pasara esperando a que amainara, me sentía bien. Ya sabes lo mucho que a nosotros siempre nos ha gustado la lluvia y, en esta época del año preludio del otoño, aún más. Y aunque esta tarde no estabas tú ni los paisajes son los que a nosotros siempre nos han gustado, me sentía bien mientras te echaba de menos. Y de pronto, como si surgiera de un sueño, ocurrió algo maravilloso que es lo que quiero contarte.

Desde mi original refugio para defenderme de la lluvia, miraba yo a las aguas que por los adoquines de la calle se deslizaban. Miraba a un lado y otro viéndolo todo solitario excepto lluvia, pequeños arroyuelos y más lluvia y nubes negras repletas de truenos y relámpagos. Y de pronto, por mi lado derecho y viniendo desde Plaza Nueva río Darro arriba hacia el Paseo de los Tristes, apareció la figura de una muchacha. Por completo también solitaria, sosteniendo un paraguas no muy grande, un vestido totalmente blanco, zapatillas de deporte y una pequeña mochila. Su estatura baja, menuda y delgada. Noté que mientras se acercaba me miraba. Ni la conocía ni me conocía. Por eso pensé que pretendía pararse y refugiarse de la lluvia en el mismo portal en que estaba yo.

Unos metros antes de llegar a mí improvisado refugio, la saludé y la invité a que se detuviera. Le dije:
- Llueve mucho y la calle, como estás viendo, es toda un puro río encharcado. Espera que un momento que la tormenta quizá no dure mucho.

Me miró, detuvo un momento sus pasos, dijo algo en un idioma que no entendí y siguió avanzando. No le di mucha importancia al hecho. Noté que era una joven turista que paseaba por esta zona descubriendo las cosas de la ciudad. Por esta calle Carrera del Darro, es por donde más turistas pasan en todos los momentos y horas del día. Y con mucha frecuencia se ven jóvenes solas portando su mochila y cámara de fotos.

Avanzó esta joven dirección al puente Cabrera, pisando lentamente el gran charco de agua que por la calle se estiraba y se deslizaba en forma de río. Como si la recia lluvia que caía no le importara y como si tampoco le importara los charcos y los chorros de agua que de los tejados se precipitaban. Desde mi refugio la observé un momento mientras se aleja y al poco veo que al llegar justo a la altura del puente, se detiene. Mira para atrás y anda unos pasos como de regreso. Pienso que al darse cuenta de que la lluvia es cada vez más intensa y los charcos en la calle cubren por completo, decide detenerse o regresar. Toda la calle sigue por completo solitaria. Solo las burbujas que las gotas forman al caer sobre los charcos, las recias gotas de lluvia golpeando insistentemente y el rumor de todo este chapoteo, se ve y oye.

Y yo, un poco ahora interesado por la presencia de esta joven, desde mi refugio, la sigo observando. Veo que regresa. Lentamente refugiada bajo su pequeño paraguas, regresa pegada a las paredes de la casa para que la lluvia no le caiga por completo encima. La observo y pienso que ha desistido de su paseo. Pienso que regresa por temor a que la lluvia siga cayendo y la empape o le sorprenda algo imprevisto. Pienso esto mientras sigo observándola

acercándose poco a poco al portal donde estoy refugiado. Cuando ya está a sólo unos pasos de mí, de nuevo le pido que se pare y en este pequeño refugio del portal, espere un poco a que la lluvia amaina. Me mira y pronuncia palabras que sigo sin entender.

Saco el móvil de mi bolsillo, pulso, abro el traductor de Google y elijo el inglés y el español. Le pregunto de nuevo y responde en inglés.

- Puedes ponerte bajo mi paraguas y te acompaño al sitio en que tengas que ir.

Bastante sorprendido le digo que no tengo prisa. Que puedo esperar a que la lluvia amaine mientras ésta cae y yo observo.

- Me gusta ver llover. Pero que voy dirección a Plaza Nueva y, un poco más adelante, en Gran Vía, subiré a un autobús.

- Ponte bajo este paraguas mío y te llevo hasta tu autobús.

Le obedezco. Me cubre con el paraguas y lentos caminamos calle adelante hacia Plaza Nueva. La lluvia sigue arreciando y la calle sigue por completo inundada. No sé qué decirle. Ni me conoce ni la conozco de nada. Sí noto por su rostro, cuerpo y tono de voz, que es de un país oriental. Le pregunto y me responde que es de Japón. Que solo va a estar dos días en Granada de visita turística.

Cruzamos Plaza de Santa Ana todas convertida en un pequeño charco de agua, cruzamos Plaza Nueva, avanzamos por la calle Reyes Católicos, giramos por la acera de la Gran Vía. En unos metros, ya estamos en la parada del autobús. Le indico que aquí, bajo la marquesina de la parada, puedo refugiarme mientras el autobús llega. Y le pregunto:

- ¿Cómo puedo agradecerte tu bonita actitud de ayuda?
Sin más me responde:
- No es nada, es lo mío.
Me ofrece su mano, se la estrechó cortésmente y de nuevo le doy las gracias. Se gira lentamente, bajo su paraguas, comienza a caminar de regreso por la acera de la Gran Vía y yo, todavía más sorprendido, la observo mientras va perdiéndose entre las demás personas.

Justo en este momento, a mi lado y bajo la marquesina de la parada del autobús, se detiene una joven alta, de pelo rubio, cuerpo delgado y sosteniendo en sus manos un móvil y un mapa. Adivino enseguida que es turista y está buscando, con el móvil y el mapa, algún lugar concreto en esta ciudad. Sin más, la saludo y le digo:
- Puedo ayudarte, si lo necesitas.
La joven, se muestra como impasiva. Tarda unos segundos en mirar sin volver la cabeza y, tal como está observando el mapa y el móvil, simplemente hace un gesto con su cabeza y mano al tiempo que escuetamente y como desconfiada y molesta, pronuncia:
- Estoy bien.

Meditación junto al río

Por el barrio del Albaicín, por la Carrera del Darro, por los caminos y jardines de la Alhambra, Prado de Otoño y Cortijo de la viña, por todos estos lugares, tú eres ahora ya pura ausencia. Nadie, absolutamente nadie, sabes de ti. Solo yo por estos lugares te sigo paseando en mi mente en forma de recuerdo y escribo algunas cosas, de vez en cuando para que tu memoria

no borre del todo. Por estos días, justo en plena Navidad de este último año, son muchas las cosas que quisiera contarte. Las calles las han decorado como todos los años, han montado los belenes, las personas pasean, charlan entre sí y compran cosas las aves y patos del río, se mueven buscando su alimento y la lluvia cae de vez en cuando. Todo exactamente casi igual a otros muchos años y no hay más. Aún así, quisiera contarte muchas cosas pero hoy, exactamente día de Navidad, tengo algo muy sencillo que voy a compartir contigo.

Lo vi subí por la veredilla que asciende por entre el pequeño bosque de robles. Iba solo y caminaba despacio. A sus espaldas llevaba una mochila gris y en su mano derecha portaba un palo añejo.

Remontó hasta lo más alto por el lado del levante del río y se internó ahora en el pequeño bosque de encinas, jaras y aulagas. Por lo alto de esta torrontera caminó en dirección contraria a la corriente del cauce y un rato después, giró para su izquierda. Descendió hasta el borde de las aguas del río que, cristalino y no muy caudaloso, venía como de un mundo desconocido. Lo vi cruzar estas aguas saltando por unas piedras y buscó un lugar lleno de hierba. Como una pequeña alfombra tapizada de musgo, juncia, piedras rodadas del río y arena.

En este lugar, sobre la hierba, frente a las aguas del río que lentas llegaban hacia él como de lugares misteriosos y lejanos y frente a una amplia curva tapizada de vegetación. Al fondo y no muy lejos, se oía el rumor de alguna cascada y se veía el reflejo de amplios charcos azules. Se quedó quieto sentado en

esta alfombra de hierba frente a las aguas que mansas corrían casi a sus pies y miró sin prisa. Su presencia empezó a llenarme de cierta curiosidad y algo de asombro al mismo tiempo que de respeto. Pensé que venía de la ciudad y buscaba un lugar tranquilo para meditar sus cosas. Y pensé que su meditación sin duda era algo tan personal y excelso que se confundía con todo el entorno y las aguas del río.

Sentí tanto respeto y admiración, que hasta me pareció que el alma y corazón, seme llenaba de su paz y misterio. El lugar era tan hermoso, tan lleno de silencio y aromas a musgo, tan lejano de ciudades y pueblos y tan puro todo, que más bien la escena y el paisaje se parecían a un sueño. A un trozo de cielo, a un trozo de eternidad.

Esta pequeña estampa, escena casi espiritual, es lo que hoy tenía necesidad de compartir contigo. Algo tan sencillamente distinto al mundo que se mueve dentro de las ciudades en estos días que por eso, al menos yo, lo encuentro gratamente hermoso.

La fragancia eterna

Toda la mañana ha estado él presente en la tierra de la llanura y mientras las ovejas pastan comiendo la hierba fina que han regado las lluvias del otoño, se va por las encinas y de las que crecen por la orilla, derriba las bellotas y se llena los bolsillos y está sentando en la piedra grande, frente al llano y a los animales y comiéndose algunas, cuando llegan a su lado y hablan:

- Ayer te multamos y esta mañana venimos a por ti para prenderte y encerrarte a ver si así escarmientas.

Y el que es pobre y no tiene en sus bolsillos y manos nada más que un puñado de bellotas y en su corazón, el amor por la tierra y el dolor por sus ovejas, guarda silencio y al poco ya lo escoltan por la senda que cruza el río de aguas claras y en cuanto al cortijo viejo llegan, lo empujan a la cámara y lo encierran advirtiéndole:
- Ahí te quedas y sin comida ni luz, vas a estar tres días y luego ya veremos.
Y él, todo humilde, quiere preguntar:
- ¿Y mientras tanto mis ovejas?

Pero guarda silencio y abrazado a su propia miseria, se acurruca y llora y al mirar y ver la luz del día por las rendijas de la desvencijada puerta, para sí solo se dice:
- Privado de libertad en mi propia tierra y humillado como si un maleante fuera ¿cuándo se ha visto y cómo aceptarlo en mi alma vieja?

Y en la mañana sencilla que es pura luz y lluvias de otoño mezcladas con el olor de las ovejas, en su rincón escondido, llora e inocente sueña que algún día será libre y al modo en que lo son las mariposas y las esencias que brotan de las madroñeras para que así, aquellos y estos, comprenda y vean.

La fragancia eterna

Una llanura, la corriente clara del río que la rodea y cuando ya la tarde va cayendo, las ovejas esturreadas y pastando en la fina hierba mientras, con la monotonía del agua que pasa, el tiempo que golpea y ellos subiendo desde las tres matas de carrascas que,

junto al peñasco, cubre la tierra y la niña que, al coger su palo largo de fresno, dice:
- Pues si no nos damos prisa, cuando lleguemos a la asperilla de las adelfas, la noche se nos habrá echado encima y con tanta oscuridad y sin teas, ¿cómo pasamos?

Y algo más arriba, por donde enredada sube la senda, cantan las perdices y como ya está avanzada la primavera, el hermano expone:
- Quizá entre esas piedras encontremos el nido lleno de huevos y me gustaría para que vieras.

Y como el padre lleva al burro del cabestro, camina delante, lento y mira pero no habla aunque sí, la madre que acompaña, abre su boca y como quien contesta:
- Esta cruz que sobre los hombros traigo a cuestas, tendré que soltarla junto a las encinas porque pesa.

Y en el momento mágico que hasta parece que de silencio llena el barranco, de sus corazones mana la ilusión y con el rumor de la corriente, otra vez la palabra de la madre que consuela:
- En tus manos, Señor, están nuestras vidas. Gracias por tu amor y dígnate darnos hoy, un poco más de fuerzas.

La fragancia eterna

Ellos, que están acostumbrados a sacarle partido a todo, porque la necesidad y carencia de las cosas, les obliga, una senda tallada por la ladera y surcando el monte y una noche de tormenta y a la

noche en sí, cerrada en lluvia ¿para qué les puede servir y ya bien entrada la primavera?

Porque ellos regresaban con sus burros y venían contentos cuando, al atravesar la llanura y antes de caer por donde el camino sólo es piedra, el sol se les oculta y de oscuridad la noche se les llena y al instante se cubre el cielo de nubes y al poco, la lluvia empieza y aunque tienen necesidad de llegar a su hogar, buscan y se acurrucan en la cueva y al poco cruje la tormenta y empieza a llover y ya no para en toda la noche, de oírse los chorros saltando por las piedras y como no pueden dormir porque el frío y la lluvia y el miedo no les deja, uno dice:
- ¡Y mañana íbamos a ir a recoger, del "piazo", las cerezas!

Y brillan los relámpagos y la lluvia sin parar tamborilea en los charcos que se estancan por un lado y otro de la cueva y los dos acurrucados entre sí y con sus pensamientos puesto en los suyos, dentro del cortijo y en los animales y las tierras y ya amanece y con la luz del nuevo día, como si fuera un sueño, se abre la tormenta y al poco sale el sol y al bajar ellos por la ladera, en las tierras que conocen y están repletas de hierba, ven a sus cabras pastando y aunque no quieren, por los ojos se les cuela el día nuevo tan repleto de primavera y por esto, de otra vez, uno dice:
- Tendremos que ir hasta el piazo y en un abrir y cerrar de ojos, recogemos las cerezas.
Y el que le da compañía responde:
- Los caminos y las tormentas, claro que para nosotros también son útiles pero cada cosa a su tiempo y no invierno cuando debe ser ya la primavera.

Remontamos el puntalillo que se enfrenta a El Chorreón y se ve el pantano. ¡Precioso! Nos queda casi a nuestros pies y la cascada más al frente cayendo. Muy bonita y en un día como el de hoy. Este año sí tiene agua. Bajamos un poquito el puntalillo hacia el borde de las aguas y es justo cuando nos queda frente, la preciosa cascada con sus chorros abiertos en forma de nubes que se esfumaran por el cielo. El remanso nos queda al alcance de las manos y las ruinas del viejo cortijo, al frente remontadas sobre la roca que le servía de fortaleza. El rincón es de ensueño. Visto desde aquí, es fantasía que por un momento se ha posado sobre la tierra a descansar y se prepara para remontar e irse hacia lo intangible.

La fragancia eterna

La presencia del pastor reluce llenando la llanura que precede al pantano y por entre y encina de las ruinas de las casas que, hermosas y en otros tiempos, llenaron la tierra.

Y va por donde tanto fueron las praderas repletas de perfume fresco, llevando casi de la mano a sus ovejas y al final de la cañada, donde se amontonan las coscojas espesas, tres de ellas se enredan y al verlas, el joven se acerca y va a sacarlas y como no puede porque por entre las ramas, las retiene como una extraña fuerza, pide ayuda al padre y cuando al poco éste logra liberarlas, el hijo le pregunta:
- ¿Señal de qué misterio es el símbolo de este mañana?

Y de inmediato, el padre no responde a sus palabras pero cuando pasa un rato dice:
- La fuerza y la transformación real vendrá del corazón.

- Y eso, padre ¿cómo se amasa?
Y el padre sigue caminando mientras sus ovejas llenan la pradera y la fresca hierba de la cañada y siente y siente, sin que acierte a explicarse, que en el escenario de la gran sierra, será donde se desarrolle y genere la última de las batallas y por eso palpa que por entre las ruinas y más allá del profundo tiempo, la belleza limpia y verdad sincera, reluce clara.

Y frente a la imagen de un fragmento de tu rostro, mi alma siente la necesidad de darte las gracias por regalo tan grande que me das y no merezco y porque Tú, Dio mío, eres así de grande y bueno, que me das y me vas quitando para que vaya aprendiendo que el viento que respiro y el agua que me refresca y bebo, es puro amor para conmigo que voy caminando por los caminos de este suelo.

La fragancia eterna

En el silencio profundo de la noche clara que camina de puntilla sobre la luz de las estrellas que titilan y el frío hielo de la escarcha, yo pregunto al padre:
- ¿Y de dónde crees tú que mana la quietud dulce que por el sueño, la sombra de la noche, exhala?
Y padre, caminando con sus ovejas por las viejas sendas que avanzan por el valle leve del río que a la sierra raja:
- La suave esencia que a la noche empapa hasta lo más hondo del corazón y rotundo besa al alma, fluye del amor de Dios que en silencio ama.

Y en la noche de rumor de agua que atravesando el corazón del invierno frío y los cristales del hielo que sobre la hierba brilla al llegar el alba, sólo se oye el leve

aleteo o respirar de la luz de la luna cayendo por las piedras blancas que cuelgan por la ladera y de vez en cuando, el canto del cárabo, la espesa emoción del corazón que calla y el titilar de las estrellas que mudas besan a la hierba que se hace escarcha.

Y si pregunto otra vez a padre, me dice, todo en calma:
- En la noche que se abre y ahora, cual rosa gigante que va desde la rosada tarde hasta la reluciente alba, es Dios que amoroso y lleno de esencia de mejorana, da la vida y besa contagiando consuelo y estrecha con el abrazo de la esperanza.

La fragancia eterna

Cuando ya el sol brilla casi en la mitad del cielo, entramos por las calles del pequeño pueblo y como la mañana y al momento se le siente suspendido esperando su llegada, en la puerta la madre lo saluda y lo besa y luego nos vamos al huerto que es donde ella anda trabajando y durante un rato más, regamos las tierras con el agua fresca y clara que viene de la fuente y ya que medio me he empapado, en unión del suelo, del perfume sobre el que ellos tienen montados sus sueños y sus luchas, rincón humilde pero grandioso de los hermanos buenos, regreso.

Surco el valle que lleva al reino de las tierras profundas que son llanuras por las soledades de los pinos gruesos y las rocas que como granadas se abren y remonto a la vertiente por donde surgen los veneros del río blanco y en cuanto ya estoy otra vez en el reino del silencio que atraviesa la corriente clara, rozando las paredes de las cuatro casas y por eso es espejo de ellos

plenos y de las ovejas que en la riveras pacen y las gallinas y los perros, nos ponemos en camino y en el otro rincón sereno que se recoge entre las blancas casas del pueblo bello y tiembla al borde del río que salta alegre y corre en su empeño, ya tenemos lo que el pastor tanto sueña y anuncia desde lo más sincero:

- He aquí las mesas preparadas y el cordero asado y el aire, ya lo están notando: oliendo a gloria bendita y a salsa de tomillo y romero, así que a sentarse y comer que hoy soy yo el que quiere y quiero tener el gusto de invitarles.

Y ahora recuerdo, como recuerdo tantos otros muchos momentos y sueños de estas sierras amadas, que aquel día fue más que grandioso, destello de fina sonrisa porque lo que más se celebraba allí era el sincero encuentro de un grupo de hermanos serranos que ofrecían, como en tantos otros momentos, lo mejor de su trabajo junto con lo más puro de sus corazones, a otro grupo de amigos que venían de fuera para que comprendieran y se empaparan algo más, del calor que mana de esta tierra junto con el amor que llevan dentro, las personas que las pueblan en los momentos de mañanas calladas y de las horas inciertas de primaveras preñadas.

Y luego, la excursión que no fue tal y el encuentro que sí fue sincero, alrededor del plato exquisito y adornado con esmero, con el día se fue terminando pero como todas las cosas limpias que tocan y vienen de ellos, quedó temblando en la luz de las montañas excelsas que rodean al río al nacer y en los cientos de tallos de la hierba que pisan y no pisan y el azul del cielo, abrazados con sus corazones en la

transparencia inmaculada que les hace eternidad en forma de dulzor inmenso.

Y claro que aquello no fue sólo una comida para alimentar al cuerpo, sino también un gran banquete que sació a la inmortal alma con la fragancia de un beso y de aquí que cuando ya regresaba, me dije, para mí sólo y desde la caricia del viento:

La fragancia eterna

En la mañana fría de este mes de enero y cuando la nieve cubre blanca la cresta de los cerros, me arde la llama de aquel dulce momento que se abrió y se hizo eternidad por las laderas que son romeros.

Venía la senda toda en su luz cayendo desde el cortijo del puntal dorado y por ella, la hermana, la madre y la abuela, bajaban con su sueño y padre iba con sus ovejas hacia el lado de la cumbre que es guía del lucero y el hermano mediano también con su ilusión y su blanco perro, venía como jugando a un abrazo de cristal y viento y en este transparente y puro juego, llegó al borde del charco, cerca del copioso venero.

Y al instante se agacha y bebe y le dice a su perro:
- Acércate tú también y bebe que esta agua sabe a miel y a caramelo.
Y su perro bebe y mientras el hermano pequeño busca una piedra por el lado que besa el sol del crudo invierno y se sienta frente a las aguas que son espejo de Ti, de la eternidad y del azul del cielo y está él todo gozosamente pleno mirando a las aguas que chorrean limpias cuando ve que su perro bebe y no para y ve que

por el ramal derecho, llega la hermana, la madre y la abuela y al instante le dan su beso.

Y como la princesa aquella, estaba rebosante de tu amor sano y de la presencia de lo que al corazón llena por dentro, la hermana pequeña dijo, sin querer y queriendo:
- Contigo, esta agua miel y con tu perro, me voy a quedar porque a tu lado ¡qué bien me siento!

Y cuando ya, de aquel cuadro tan sencillo pero de sinceridad bien lleno, ha pasado tanto tiempo, en esta mañana fría de este gris invierno, estoy aquí y sigo allí presente junto a las aguas del gran venero y al mirarlo desde la distancia y el calor que da el recuerdo, frente a la eternidad que me regalaste, me siento con mis brazos abiertos y recogiendo desde la mañana que brota por el cerro hasta lo más íntimo de mi corazón y abrazo emocionado a la hermana dulce, a la madre reina, a la abuela incienso, a las aguas miel y a los paisajes y a mi perro.

Y aquel día, ahora mismo, en mi pecho me arde en llamas que brotan del dulce momento donde Tú estabas y estás dando la vida para que, además de glorioso, sea eterno.

La fragancia eterna

Por algún lugar de estas sierras, quizá no lejos de este rincón, ocurrió y fue así. La niña subía desde la fuente clara siguiendo la senda. El hermano bajaba por la senda hacia la fuente clara. Por las tierras de la cañada pastaban las ovejas y en la casa la madre, como la reina más reina de todas las reinas del mundo. Y la

niña mientras subía por la senda venía cantando la siguiente canción:

El almez que conozco
ya tiene sus hojas
teñidas de oro,
por el suelo ruedan
llenas de otoño
y con el rocío de la noche
sobre sus hombros.

La tormenta llegó desde el lado del sol de la mañana. Sobre las altas cumbres el cielo se oscureció. Las nubes densas cubrieron las crestas y el barranco por donde el cortijo se llenó de penumbra. La niña subía desde la fuente clara y al encontrarse con el hermano se paró y le dijo:

- Me da miedo esa nube tan negra que por las cumbres se acerca.

Le contestó el hermano:

- Las tormentas son hermanas de estas sierras. Es bueno que derramen sus aguas aunque den tanto miedo que asusten a una niña como tú. Pero las tormentas son como el palpitar de las montañas.

Y no había terminado de pronunciar estas palabras cuando sobre la cumbre de la derecha se vio caer un río de fuego. Como una lengua fina y alargada que se clavó en la misma cresta de la cumbre. Enseguida estalló el trueno y la niña se refugió entre los brazos del hermano. Otra lengua de fuego se desgajó por el lado del sol de la tarde y el trueno se mezcló con el primero. La niña se apretó más contra el hermano y asustada dijo:

- Ya te he dicho que me da miedo esta nube tan negra.

Las ovejas seguían pastando por la cañada y la fuente manando su agua cerca de donde el almez con las hojas teñidas de oro.

La fragancia eterna

- ¿Y aquel otro día de la cañada verde?
- ¿Te refieres al de las nubes blancas y el cielo azul intenso?
- Al del chorrillo de agua cayendo al tornajo de las algas verdes.
- ¿Y qué le pasaba a ese día?
- ¿No viste tú la figura que se recortó sobre el horizonte seguida de un perro pastor?
- Vi yo esa figura y sé de quién era. Algo más abajo pastaban las ovejas al placer de la fina hierba y al cariño de los corderillos recién nacidos. Por allí mismo corría el arroyo de los avellanos y las nogueras ya se vestían con sus nuevas hojas. Bajó el pastor, siguiendo la senda de la loma áspera. Andaba cabizbajo pero con su frente alta y como ya caía la tarde el sol dorado lo teñía de una muy hermosa luz especial.

Visto desde la cañada y recortado en el horizonte azul ¿Verdad que parecía un sueño?
- Es lo que quería decirte. Más que sueño parecía un misterio que irradiaba mucha belleza. ¿A dónde iba?
- Ya te lo he dicho: bajaba desde las partes altas y buscaba a sus ovejas que pastaban por la cañada. Y era cierto: en la rotundidad de aquel solitario campo, la loma alargada y el azul del cielo de fondo, parecía mucho más de lo que en realidad era. Y su silencio, su preñado y triste silencio, aun lo revestía de más belleza y misterio.

La fragancia eterna

Antes de que la senda llegue al valle por donde corre el río pasa por una llanura. Es tan bonita la tierra de esa llanura que ahí crece verde la hierba durante todo el año. El bosque es espeso como una sementera y la senda se mete por ahí como si trazara un juego. Por algunas partes lo árboles arropan tanto que ni el cielo se ve. Pero lo verdaderamente bonito es cuando la senda llega al final del puntal. Un filo rocoso donde hay un espacio llano que casi cuelga en el vacío. Es como un balcón sostenido en el aire y detenido justo frente a lo más bonito del paisaje.

Porque desde ese balcón lo que más y mejor se ve es precisamente la loma de las viejas encinas. Una loma no muy grande que sube desde el collado y por la cara que da al sol de la tarde va la senda. Desde el balcón se le ve saltando de un arroyuelo a otro y cada vez que llega a un puntalete, descansa. Como si ahí mismo ya fuera a terminar su recorrido y por eso casi se difumina por la tierra del pequeño poyo. Pero la senda sigue y mientras remonta al collado del centro se pega a la huerta de los pastores y a los álamos del arroyo. Una preciosidad de paisaje el que desde el balcón se ve y una emoción sin igual la que se siente al contemplarlo.

La fragancia eterna

Al llegar veo a la cuadrilla trabajando en la tierra. Me uno a ellos y a las dos horas terminamos la faena. Bajamos por la senda y en el llano está el anciano sentado y junto a él la fuente. La cuadrilla se acerca y al quedarme atrás leyendo en mi Biblia vieja oigo y veo que discuten. Uno dice:

- En los tiempos que estamos este baño de luz y gozo es necesario para seguir firme en la verdad.

Me aparto a un lado y al rato de estar leyendo veo que se levanta y se retira de la fuente. Se va por el camino que lleva al llano y me uno a él porque siento que pertenezco a su raza y fuerza. A unos doscientos metros tres se paran, me abrazan y dicen:
- No has bebido agua de la fuente de los tiempos y por eso careces de la energía que te permite ser de la generación nueva. Si quieres te apuntamos en el corazón y así te renuevas para seguir en nuestra compañía y como uno de nosotros.

Me aparto de ellos. Sigo leyendo en mi Biblia vieja mientras me digo que mi corazón siempre será libre y estará limpio. Con la misma pureza y frescura que Dios me dio cuando nací aunque sea el raro en los nuevos tiempos. Aunque tenga que vivir en la soledad para no contagiarme de la masa.

La fragancia eterna

- ¿Y eso del misterio qué es?
- Te debo decir que lo soñé la otra noche. Un sueño raro que ni siquiera sé en qué realidad puede encajar pero yo estuve allí y hasta sentí el miedo.
- ¿Te viste en el campo?
- Me vi en una de las laderas de estas montañas y, como tantas otras veces, subí por ella hacia las cumbres. Recorría la vieja senda pero no en solitario como también muchas veces sino acompañado. Subía detrás de mí un monstruo de hierro que era como una gigantesca máquina de tren. Detrás arrastraba a un verdadero tren y guiando esta máquina iba un amigo

mío. No lo conocía pero sabía que era amigo y lo que más me extrañaba era que de vez en cuando se bajaba, se ponía delante y se echaba a andar. La máquina lo seguía como si fuera un perro domesticado. A una indicación suya el monstruo se paraba, subía más a prisa o escalaban más lento. Según la indicación que mi amigo le diera.

Pregunté a mi amigo qué significaba tal monstruo en estas sierras y me dijo que ahora son otros tiempos. Que los paisajes de estas montañas no son para tenerlos en conserva. Que hay que modernizarse y no estar toda la vida recorriendo sendas sobre lomos de burros o mulos. ¿En tiendes tú?
- Tendré que meditarlo pero creo que tu sueño no tiene sentido.
- Mis ojos lo vieron y mi alma lo gustó. Aunque, como tú, no sé a qué realidad pertenece.

Otros relatos, Edén 5
SINFONIA DE LAS CASCADAS

La Escaleruela es una cascada, un arroyo, una cumbre pero sobre todo es un torrente que se despeña desde lo más alto de la cuerda del Pico Gilillo. Desciende y viene formando curvas, peldaños de la escalera que desde lo más elevado se descuelga ladera abajo en busca de la llanura. También es una vereda que sube por la empinada pendiente en busca de la cumbre.

Pues aquel día subimos por el tramo de vereda, casi escalera y a la una y media de la tarde estábamos encerrados en el gran circo donde caen las

tres cascadas. Hacia el poniente, toda la ladera norte, aún está vestida de blanco. La nevada ha sido bastante grande y aunque hace ya dos semanas que luce el sol la nieve no se ha derretido del todo. Poco a poco ahora se está deshaciendo y por eso las cascadas caen llenas. Son tres y forman un gran semicírculo chorreando desde el gigantesco paredón rocoso. Se despeñan en picado desde una altura de más de cien metros y en lo hondo ya se va formando el río que algo más abajo atraviesa el pueblo de Cazorla. Pero esta mañana, donde se juntan las cascadas, aún la nieve se amontona espesa y blanca. La corriente se abre paso y sigue cayendo por la otra cascada, la grande.

El camino que trae hasta este magnífico rincón no lo suben más de diez personas al año y de esto nos alegramos. Cerca de este lugar se alza el pueblo de Cazorla y la Iruela y tanto el otro día como hoy, por la carretera que va a media ladera hacia el Chorro, subían y suben enjambres de coches. Todos vienen atraídos por el encanto de estas cascadas pero como la senda es difícil y, además, andan muy oculta entre rocas y monte, hasta aquí sólo hemos subido no más de cuatro personas y así está de limpio y bello el lugar. Sólo silencio cortado por la música del agua despeñándose, cuatro cabras monteses que por fin sí las he visto, algunos buitres leonados en las repisas de los acantilados, rastros de jabalíes, pajarillos y paz.

Los arroyos que alimentan estas cascadas son tres; uno nace en la misma cumbre del Pico Escribano. Allá en la altura, la nieve se derrite y el agua va formando pequeños arroyos subterráneos que vienen a salir bajo una roca, entre arrayanes, al borde mismo de la cascada. El segundo arroyo recoge agua de las

cumbres del Puerto del Tejo y éste, ahora mismo, cae mitad por la cascada de en medio y mitad por el agujero que hay en el centro del paredón rocoso. Hoy sale lleno y limpio y este manantial es el que se llama Fuente del Tejo. El tercer arroyo viene formando su cuenca desde el Valle del Sinclinal desmantelado y el Puerto del Tejo; desde la cumbre no baja uno solo sino varios que luego van juntándose y cuando llegan a caer por la cascada ya traen mucha agua. Por eso éste es el cauce más largo y el de la cascada más espectacular.

Y precisamente esta cascada, observándola desde un punto concreto a una hora exacta de la tarde a mediado del mes de febrero ofrece un espectáculo extraordinario, bello y espectacular. Hoy nosotros lo hemos gozado atónitos, casi sin poderlo creer porque es sinceramente una verdad rotunda que convence por encima de todo. Ojalá que durante muchos años más a nadie se le ocurra trazar sendas para que los turistas vengan a este rincón.

Porque, además, este rincón está lleno de otra magnifica belleza: su vegetación. Barranco orientado al norte, con laderas inclinadas y fuerte farallones calizos donde la lluvia es muy abundante y en consecuencia, la flora muy rica. Boj, especie calcícula con necesidades de agua abundante y que tapiza toda la ladera desde lo más alto hasta lo hondo. Helechos, zarzas, escaramujos, comunidad densa e intrincada por donde se desarrollan las liabas con sus madreselvas, las clemátides y la nueza negra con los árboles más cerca del cauce, los fresnos y los sauces.

La sinfonía de las cascadas, la Escaleruela, no es nada más que un rincón orlado por las rocas de las

cumbres, surcado de mil chorrillos que parecen descender de las mismas nubes, tapizado de no sé cuentas florecillas únicas, museo de rocas esculpidas por artista inexistentes y belleza sin límites. No es más bello porque en espacio tan reducido ya no cabe más belleza. Ojalá que mucho tiempo siga así.

LA ARDILLA Y LOS DE LA CIUDAD

Y lo que vi no hace mucho fue así: Tardé un día entero en subir a la ladera para llegar a la cumbre; pero lo conseguí y me llené de gozo. Cayendo la tarde bajaba por la sendilla buscando el rincón por donde tenía el coche. Cuando ya estaba cerca, como todavía quedaban bastantes horas de sol, me paré a descansar y a llenar un poco más mi espíritu.

Miraba el camino y aunque los sentía no los había visto aún. Después descubrí que eran unos diez y tenían sus coches en la curva que hay antes de llegar al puerto. Pero cuando pasé por allí, ya habían terminado el espectáculo que ni siquiera sé cómo empezó. Yo sólo los sentí gritar y luego los veo gateando por los árboles. La ardilla saltaba ágil de una rama a otra y ellos la seguían. Tres por un lado, dos por otro y varios más, desde abajo gritaban. Se colgaban de una rama a otra, bajaban del árbol, subían hasta lo más alto del otro y todo su esfuerzo e interés estaba en cogerla.

Es un buen recuerdo de este parque.

¡Te lo imaginas, tío!

El todoterreno pasó frente a mí y aunque vieron el espectáculo y oyeron el escándalo ni se paró. Pero entonces, uno de aquel grupo, saltó por las rocas, se agarró al tronco del árbol, subió por él, por entre las

ramas cogió los pies del que perseguía al animal, tiró de él hacia abajo y a empujones, logró apearlo del pino. Lo cogió del brazo, se lo llevó hacia el camino y le dijo:

Tu comportamiento es el de un irracional.

¿Por qué?

Este animal, que es hermoso, debe seguir libre en estos campos que es su mundo. No tienes ningún derecho ni a quitarle su libertad y menos a maltratarlo. Nosotros somos turistas y estamos de paso por aquí. Se entiende que por ser seres racionales somos más responsables y tenemos más sensibilidad que la ardilla que persigues. Demuéstralo y deja de dar voces reprimiendo tu salvajismo y respetando al menos al mismo nivel en que los otros seres vivos te respetan a ti.

Vi que el de la ardilla, agachó la cabeza. Dijo que lo entendía y se unió a los del grupo que subieron a los coches y se fueron.

POR EL NACIMIENTO DEL RIO SEGURA

La tienda la hemos montado al borde mismo del agua, por la parte de arriba de la aldea y el cauce que por aquí corre es precisamente ese: El del Río Segura. Nace un poco más arriba y aunque es pleno verano, ya por aquí, por donde tenemos la tienda y la aldea existe, baja muy crecido. El agua de este río así como la de todos los ríos, arroyos y manantiales del Parque, siempre está fría. Y es que el agua que ahora en verano mana de estos campos, cuando desde las nubes en inviernos cae sobre ellos, casi siempre lo hace en forma de nieve. Si esto es así por las cumbres de este Parque, por aquí, por la Sierra de Segura y más aún por los Campos de Hernán Pelea, las nevadas son abundantes a lo largo de casi todo el invierno. Más de

un ochenta por ciento de las aguas de este río, proviene de las nieves caídas en este gran altiplano.

Nosotros, esta noche, con nuestra tienda instalada al borde mimo del Río Segura, hemos tenido una experiencia singular: De un sólo tirón hemos dormido toda la noche. Ellos se han sorprendido y por eso les digo que es el aire, el silencio y sobre todo la música de la corriente, la que logra efectos tan naturales y limpios. De aquí que los que viven en esta aldea sean tan afortunados. Además de ser dueños y señores de silencios, cumbres, manantiales y valles, poseen lo que todos los humanos sueñan: La corriente de un río limpio que les arrulle por la noche para que duerman.

Hoy nos hemos levantado temprano porque hemos proyectado ir hasta la cueva que hay por encima de Cañada Cruz; el pastor que vive en la aldea, nos acompañará. Mientras desayunamos de entre los pinares de la ladera de enfrente, vemos salir las ovejas. Son las del pastor que vive por las praderas del Collado de Las Rocas. Al verlas recuerdo estas praderas y como la imagen que de ellas tengo en mi alma, es una imagen dulce y bella, por mi corazón corre el deseo de irme a visitar este lugar. Decido que hoy no puede ser porque ya el sol casi se oculta por las cumbres de la cordillera; pero me digo que tengo que ir a ver este rincón del Parque cualquier día de estos. Es un rincón tan original, donde hay tanta paz, tanto silencio, tantas llanuras verdes, tantos manantiales y tanta eternidad derramada entre los pinos y el azul del cielo de las cumbres, que aquí sólo se respira placer. Ese placer sencillo que se cuela en el alma sin sentirlo pero que es tan puro que ensancha y ensancha y casi da la muerte de gozo. Tengo que ir un día de estos a las

Praderas del Collado de Las Rocas. Ahora caigo en la cuenta que son para mí como otras tantas cosas de estas sierras: Bocanadas de aire limpio que mi corazón necesita para seguir viviendo. Las ovejas y el pastor que salen de entre los pinos y se van por el río hacia lo hondo del valle, me lo han recordado. Tantas veces he visto este rebaño pastando en las Praderas, que ya las llanuras verdes de las cumbres son también manadas de ovejas desparramadas silenciosas entre rocas y arroyuelos.

EL HONDO GOZO DEL ALMA

-¿Tú no sientes como el alma
se llena de puro gozo
cuando en la tarde azul clara
de este comenzado otoño,
recorremos el camino
hacia el rincón querencioso?

- Siento yo como una llama
o como un temblor delicioso
que arde sin quemar nada,
pero arde en presuroso
placer que da la calma
del hondo gozo.
¿De dónde mana
este rescoldo
o dulce llamarada
que anuncia lo hermoso?

- Es Dios que pasa besando
en el viento silencioso.
- ¿Quizá ha plantado una tienda
por donde corre el arroyo?

- Tiene su jardín privado
por donde duerme el raposo
y dialoga con el alma
que por aquí tiene sus lloros
¿no sientes cómo arde
el corazón en su gozo
mientras va cayendo la tarde
de este bien granado otoño?

AQUELLA ANCIANITA

Nos vamos de la llanura ordenándonos para seguir adelante según lo previsto y será quizá por el aire frío que nos da en el rostro, por el horizonte de lejana nevadas y cumbres redondas o la soledad tan llena de matices y vida, el caso es que nos viene al recuerdo la ancianita. Aquella querida ancianita nuestra del valle; la de la belleza de paisajes y reflejos puros de eternidad.

¿Viste como estaba curvada, arrugada en sí misma con su dolor por dentro pero con aquella paz, aquella armonía, aquella dulzura de arroyos claros?

Igual que vosotros la vi yo y, además, me di cuenta que se estaba muriendo sin un sólo lamento en su boca.

Es como si no le importara irse de este mundo o mejor, como si ya deseara irse para siempre porque tiene su tesoro y su felicidad en otro sitio. Pero deja que todo vaya al ritmo que está establecido. Es la gran lección que aprendió de los paisajes donde siempre ha vivido. Armonía y serenidad; no forzar jamás nada, no quejarse nunca de nada y tener siempre el espíritu lleno de gozo.

Pero ¿Viste qué bella era a pesar de sus años?

Es lo que menos puedo olvidar, su belleza con tantos años y tan rota por la vida.

¿Qué es lo que tendrá esta abuelita del valle que en muy pocas cosas se parece a las otras personas que conocemos?

Creo que ella es el resultado de un proyecto casi perfecto, para que muchos aprendamos la verdad única escondida en la lluvia, la nieve, el bosque, la brisa y el viento de estas sierras. Creo que ella nos demuestra la autenticidad de lo que nosotros intuimos y buscamos. Lo que ni está escrito en libros ni se aprende en colegios ni universidades.

¿Viste como estaba curvada y te diste cuenta como en nuestro corazón sigue siendo la mejor, la más sabia, la más rica?

DESDE LA CASA DE PINAR NEGRO

Tuve un sueño y en él Iba yo bajando el cerrillo por entre el rebaño que pastaba plácidamente y vi que la primavera, como había sido generosa, llenaba todo el campo con un hermoso tapiz verde. Vi también que uno de los animales, en el centro de la pradera, intentaba mover la tierra con sus pezuñas y entonces me acerqué. Vi que en el lugar había algo y seguí escarbando. Entonces descubrí una hermosa criadilla, trufa la llaman los expertos, que era como el huevo de una gallina. Luego encontré otra que era como una naranja y después varias más. Su forma era globosa, muy irregular con un característico negro mate recorrido por profundas estrías blanquecinas.

Te escribo desde la casa de Pinar Negro, por los Campos de Hernán Pelea, rincón misteriosamente bello y también trozo del parque natural. Ahora mismo estamos sentados junto al fuego de la chimenea, frente a las ascuas donde se asan las setas de cardo y níscalos que hemos cogido por el montículo cerca de la llanura donde pastan las ovejas.

Los pastores de estas zonas conocen bien las setas de los campos. Anoche cuando llegamos uno de ellos estaba cenando precisamente eso: setas de cardo asadas en las ascuas de la lumbre. Nos invitó y te aseguro que nunca en mi vida he probado bocado más rico. Mientras compartíamos su comida y la nuestra nos propuso llevarnos por estos campos a buscar setas y esta mañana, toda ella la hemos pasado recorriendo praderas y cerrillos por las llanuras de esta planicie.

Los níscalos, una de las setas más ricas y apreciada por los pastores y habitantes de estas zonas crecen entre los pinos, bajos ellos y entre las hojas secas. Los que por aquí hay suelen ser grandes como sombreros, de color oro siempre y cuando crepitan sobre el fuego, en las ascuas de la lumbre, se te abre el apetito con tal fuerza que ni puedes esperar a que terminen de asarse. Impaciente los coges con los dedos y los pones sobre el pan, aún crepitando y desprendiendo vapor y aroma, lo aprisionas con otro trozo de pan y comienzas a comértelos. Es lo más rico, el bocado natural más delicioso que el Señor nos ha dado en esta tierra.
- Aquí las que más se dan son las de cardo que para mí son las mejores pero también están las de chopo, el níscalo o la negrilla.

Las setas de cardo que aún son mucha más ricas y bastante más apreciadas por las personas de estos lugares que los níscalos, no crecen por entre los pinos sino por las praderas, junto a las piedras y por donde pastan las ovejas. Su color es blanco con tonos negros por fuera y por dentro con laminillas gruesas y anaranjadas. Esta seta es mucho más agradable de comer que el níscalo y su buen sabor es extremo justo

cuando está asada en las ascuas de leña de la sierra. Hay que dejarlas que se asen bien y ponerle mucha sal porque de este modo es como están buenas, buenas de verdad; como las preparan los pastores de estos campos. Mientras andábamos cogiéndolas nuestro amigo nos decía:

- Dicen que hay que salir equipados con ropa preferiblemente de algodón, pantalones de pana y botas camperas para evitar torceduras de tobillos. Como veis yo no necesito nada de esto. Hay que llevar siempre una cesta porque las bolsas de plástico resultan perjudiciales para la calidad de la seta. Dicen que hay algunas setas que cuando se cogen son aptas para el consumo y al meterlas durante un tiempo dentro del plástico se hacen incomestibles. Lo que sí es bueno llevar una navaja para cortarlas. No se debe arrancar jamás, sino cortarlas con la navaja ya que según algunos micólogos, en el tronco de la seta que queda en la tierra suelen permanecer esporas que permiten el nacimiento de nuevos ejemplares. Nunca se debe comer una seta si no se está seguro de sus características. Tampoco se deben coger setas en zonas próximas a fábricas o carreteras porque su ingestión puede resultar peligrosa ya que absorben importante dosis de plomo y mercurio. Y la otra cosa es que jamás se debe arrancar o pisar una seta que no se vaya a comer o a aprovechar porque supone un destrozo inútil a un ser que cumple su función en la naturaleza.

Nosotros hoy hemos cogido muchas y aunque también somos varios para comer seguro que nos sobrarán. Y si no, nuestro amigo el pastor nos volverá a llevar a donde él sabe que crecen. Tú tendrías que estar

aquí para que olieras, vieras y sintieras cuanto misterio limpio encierra esta humilde casa de pastores que parece estar perdida en la singular altiplanicie de los Campos de Hernán Pelea.

241- LA NIETA

Sin una ilusión en la vida,
sin amor en el corazón
y una meta definida,
todo es puro humo
y cenizas.
Necesita el alma de los sueños,
del gozo y la fantasía
para dar sentido a las cosas
y para llenar la vida
del maravilloso cielo
que en el Universo grita.
Vivir ilusionado
eleva y siempre ilumina.

Murió la madre de una enfermedad que nadie conocía y al poco, murió el padre. Tenía ella ocho años y la única familia que le quedaba era el anciano abuelo. Tenía él un pequeño taller de cerámica, en la Medina, dentro del recito amurallado de la Alhambra. Porque desde pequeño no había conocido otro oficio, trabajo con el que iba tirando malamente pero le daba lo suficiente para vivir. Cada tres o cuatro días, a pesar de sus años, iba a las montañas a buscar leña para el horno donde cocía las pequeñas piezas de cerámica. Y también acarreaba la tierra necesaria para amasarla y dar forma a los objetos que fabricaba.

Y cuando murieron los padres y la niña se quedó sin más compañía que el abuelo, éste le dijo una noche:
- Hija mía, yo estoy ya muy viejo pero mientras tenga una pizca de fuerza, a ti no te faltará un trozo de pan y un vestido que ponerte.
Y la nieta le preguntó:
- ¿Y me enseñarás las cosas que haces tú?
- Todo lo que yo sé te lo enseñaré para que un día puedas seguir el oficio y tener así para vivir.
- Aunque también me gustaría, cuando sea mayor, ser alguien importante, con mucho dinero y fama.
Y el abuelo le dijo, y luego le repitió durante mucho tiempo que:
- La posibilidad de realizar un sueño es lo que hace que la vida sea interesante. Mientras yo tenga fuerzas te daré todo lo que pueda. Y sí, hija mía, procura mantener siempre la ilusión viva en tu vida porque nada hay peor para las personas que hacer las cosas y vivir sin ilusión ninguna. La monotonía y la rutina, sin un sueño en el corazón, no es vida ni tiene sentido ninguno.
- Pero abuelo, tú nunca has sido rico a pesar de lo mucho que has trabajado en tu oficio.

Y el anciano, con palabras dulces, le decía a la nieta:
- No he tenido ni tengo dinero pero en mi corazón, nunca me ha faltado la ilusión. Y esto, te lo aseguro, es una gran fortuna. La mayor de todas las riquezas del mundo. Siempre hice, a lo largo de mi vida, aquello que me gustaba, con la ilusión cada día renovada y sin que nadie mandara sobre mí. Y por eso he sido libre y bueno con todos los que he conocido. Hice siempre las cosas ilusionado y de aquí que hora dé gracias al cielo por la gran fortuna que en mi alma tengo. Lo comparto contigo

para que tengas conciencia y tu pequeño corazón, poco a poco se vaya enamorando de lo esencial.

Y un día de verano, antes de salir el sol, el abuelo se levantó. Dejó que la nieta durmiera un poco más mientras él le preparaba el desayuno. Luego, cuando ya el sol se alzaba por las cumbres de Sierra Nevada, los dos salían del recinto amurallado de la Alhambra. Caminaron despacio por la bonita senda que llevaba a las montañas y cuando ya estuvieron en el bosque, el abuelo dijo a la nieta:
- Yo voy a subir a lo más alto de este monte para recoger las ramas secas que vimos el otro día. Tú quédate aquí, por debajo de estas rocas y ve juntando lo que encuentres. No me alejaré mucho ni tardaré en volver. Y si me necesitas, me llamas.
Estuvo de acuerdo la pequeña y al poco, vio como el abuelo remontaba a la parte alta del cerro. Seguro de sí y confiado en que la niña sabía desenvolverse y hacer las cosas bien. Pero no había pasado media hora cuando el abuelo la sintió gritar.
- ¡Socorro, abuelo sálvame!
Asustado el hombre miró para el barranco y descubrió un gran movimiento en el monte y ramas de los árboles. Dejó lo que estaba haciendo, corrió ladera abajo en busca de la nieta y al poco la vio como huyendo por entre la vegetación para el lado de abajo. Gritaba y lo llamaba y el abuelo le decía:
- No temas que ya estoy aquí para salvarte.

Detrás de unas rocas, la niña se refugió y en estos momentos se oyeron los ladridos de unos perros. El abuelo se acercó a ella, la cogió enseguida y fuerte la abrazó contra si preguntando:
- ¿Qué te ha pasado, mi pequeña?

Quiso hablar la niña pero no le salían las palabras. Al final, cuando ya su corazón sintió la paz y fuerza que el abuelo le trasmitía con su abrazo, balbuceando dijo:
- He visto como un monstruo surgir de la espesura del monte y venía hacia mí para tragarme. Gracias por haberme salvado.
- Tranquila que ya verás como ningún monstruo te va a comer.
Y el anciano la abrazaba con la fuerza del más poderoso y a la vez dulce de las personas. Los perros que por entre la vegetación saltaban ladrando, aparecieron y al llamarlos el abuelo, se vinieron hacia ellos haciendo carantoñas.

Aparecieron enseguida dos hombres y al instante se oyó el tintineo de algunas campanillas metálicas. No tardaron en verse, por el lado de abajo, el rebaño de ovejas que subía río arriba. Uno de los pastores dijo al anciano:
- Hemos oído los gritos de la niña y veníamos a buscarla.
- Gracias por venir a salvarme.
Dijo ella y luego preguntó a los pastores:
- ¿De dónde venís y a dónde vais?
- Subimos de la Vega de Granada y vamos a las montañas, a las partes altas que cubren las nieves en invierno.
- ¿Y dónde vais a dormir esta noche?
- En ese collado que se ve al frente.
Miró la pequeña al abuelo y le preguntó:
- ¿Podemos quedarnos en estos montes y dormimos esta noche con estos amigos nuestros?
- Si tú quieres y ellos lo permite, podemos quedarnos.

Poco después, subían por la estrechas sendillas hacia el collado mientras iban viendo que el cielo se llenaba de nubes. Y según fue cayendo la tarde, las nubes se espesaron y al poco, cuando ya empezaba a oscurecer, se vieron los primeros relámpagos y se oyeron los truenos. Refugiaron los pastores a las ovejas entre las rocas del collado y en una cueva a la derecha, se guarecieron ellos con la niña y el anciano. Hicieron fuego, comieron de las cosas que los pastores les dieron y después de charlar mucho, se acostaron junto al fuego. Y dormían todos muy tranquilos, ya con la tormenta casi extinguida, cuando a media noche, en sus sueños la niña vio que el cielo se iluminó. Se abrieron las nubes y vio la figura de una mujer muy bella que le decía:
- Lo que dice tu abuelo es verdad. Sin ilusión en la vida, no merece la pena vivir. No hagas nunca nada si antes no estás profundamente ilusionada.

Oyó la pequeña las voces de los pastores y se despertó. Tal como estaba acurrucada junto al fuego, miró al abuelo, miró a los perros y ovejas y luego a los pastores. Al verlos despiertos ya preparando el desayuno en las ascuas de la lumbre, les preguntó:
- ¿Y vosotros nunca tenéis miedo en estas montañas?
- Nunca hemos tenido miedo de nada excepto de algunos hombres.
- ¿De qué hombres?
- A veces, de los soldados que el rey manda a estas montañas a por los borregos que criamos y otras veces, de hombres malos que vienen a robarnos.
- ¿Y os gusta vivir de esta manera?
- Estamos ilusionados y por eso somos felices y nos sentimos libres. Y creemos que nada hay más hermoso y grande en esta vida que esto que te he dicho. Somos

amigos de las estrellas, de la lluvia, del viento y del monte y tú lo estás viendo.

Después de desayunar junto al fuego y en compañía de los pastores, abuelo y nieta se despidieron. Y cuando ya regresaban por las sendas dirección a Granada y a la Alhambra, besados por el sol de nuevo día y con la pequeña carga de leña acuestas para cocer la cerámica, la nieta dijo al abuelo:
- Creo que ya he comprendido lo que tantas veces tú me has dicho.
- ¿Qué es?
- Que vivir ilusionado y mirar y hacer las cosas con ilusión, es lo mejor en este mundo.
- Esto es una verdad rotunda y sin fisuras.
- Es que, abuelo, el abrazo que me diste ayer por la tarde en el monte cuando estaba perdida y lo buenos que son los pastores de estas montañas, me han enseñado mucho.
Y el abuelo guardó silencio y nada dijo.

EL VALLE DE LA PRIMAVERA

Se llama así por varias cosas: no es ni una llanura ni una nava, sino una sencilla llanura muy suavizada que se recoge entre dos cerrillos alargados y redondos y por la parte del centro es por donde van las aguas cuando llueve. Luego, cuando llega la primavera, como aquí hay unas praderas muy buenas, recogidas a un lado y otro por pequeños mechones de bosque, todo esto florece con el esplendor de un auténtico jardín.

Pero es que, además, al final de la colina de la derecha, hay una roca, un monolito rocoso que es la joya del valle. En la misma colina, en el otro extremo,

siguen las ruinas de aquel antiguo cortijo. Luego abajo, en lo que es ya el valle propiamente, tenemos dos maravillas más. Al comienzo del valle, en la parte alta, el huerto y al final, donde ya se cierra y el bosque se espesa, el chozo del pastor.

Subimos nosotros aquel día por el lado occidental y fuimos a salir justo a las ruinas del antiguo edificio. Nos paramos allí porque queríamos ver el monolito, más adelante entre las encinas y después queríamos bajar al valle. Por la cresta hoy estaba solitario pero por la zona del huerto y del chozo, bueno, entre el huerto y el chozo, pastaban las ovejas. Se les oía balar y el sonar de los cencerros. Se oía también el correr de la corriente, al pastor por allí entre las ovejas y a gente que subían por el otro lado. Desde la colina nos fuimos ladera adelante buscando salir al huerto y ocurrió que antes de llegar a este lugar oímos voces. Nos paramos para averiguar qué pasaba.

Al poco vimos como algunas personas corrían desde el huerto para arriba, buscando la espesura del bosque más allá de donde nacen los primeros manantiales que dan agua al pequeño arroyo del valle. Seguimos bajando y en cuanto nos encontramos al pastor le preguntamos qué pasaba.

Los condenados que otra vez me han quitado un cordero.

Como no sabíamos quienes eran ni de qué iba lo del cordero nos tuvo que dar muchas más explicaciones.

Son los que vienen por aquí. Se meten por todos sitios y en cuanto te descuidas te quitan cualquier cosa; la fruta de los árboles, las hortalizas, las setas de los campos, te espanta el ganada y si pueden, cargan con un cordero. Estás todo el año luchando para criar cuatro

cosas a fin de tener para vivir, porque aquí en la sierra te falta de todo, y estos que vienen de la ciudad, donde le sobra hasta la contaminación, en una hora te quitan lo que tú has tardado un año en conseguir. Son unas rapiñas y no crees que es por necesidad, que si fuera así y me lo pidieran les daba todo lo que tengo sin cobrarles ni un duro a cambio, que es por el puro gozo de vivir una nueva experiencia.

Mientras nos explica las cosas que hacen y se llevan de estas sierras los vemos como suben por la senda que desde el huerto se adentra hacia el bosque para perderse allá abajo. A igual que no lo entiende el pastor tampoco lo entendemos nosotros y por eso nos quedamos allí, largo rato junto a él; envuelto en el misterio, la soledad y el perfume que mana del valle y extrañados en el alma que los de la civilización vengan por aquí con tan poco respeto a nada. Hay que tener poca cultura y ser nada civilizados para venir hasta estos valles, donde viven gente que de tan buena y sencilla ni se les nota que viven, no solo a robarles sus cosas sino a llenarlos de lo a ellos les asfixia en sus ciudades.

EL JUEGO DE LOS NIÑOS

Al bajar de la cumbre descubrimos el cortijo. Por dos motivos decidimos acercarnos. El primero que como es pleno verano subiendo hemos sudado mucho y nos hemos quedado sin agua. Al ver el cortijo se nos abre el cielo. Allí tenía que haber agua que era lo que en estos momentos más necesitamos. Y la otra razón, menos importante, aunque según se mire, era que deseábamos charlar con alguien de por aquí. Ellos siempre saben mucho más que los mejores libros y esto

es una riqueza que hay que aprovecharla cuando se presenta.

Además, el cortijo era como una pequeña perla en el centro de aquella ladera, frente a las rocas y entre tantos pinos. Así que nos acercamos y ya llegando a él lo primero que nos llama la atención son las ovejas. Sestean bajo las sombras de las nogueras por la parte de atrás. Algo más abajo vemos la fuente y era tal como la habíamos soñado: bajo una roca y por entre unas grietas sale el chorrillo de agua que primero cae a un charco excavado en la tierra, luego chorrea a los tornajos y desde aquí se va para los hortales un poco más a la izquierda.

Junto al agua está sentado el pastor que parece como si nos tuviera esperando y en cuanto lo saludamos se une a nosotros su mujer. Mientras nos ofrecen el agua de la fuente que es lo que más apetecemos y nos habla de la cumbre por la cual hemos estado nos, damos cuenta que no están solos. Algo más abajo se ven las ruinas de una tinada y por ahí juegan los dos niños; ella y él. Ni siquiera al vernos dejan de jugar. Andan tan entusiasmados y son tan felices que ni les importamos. Y es precisamente esto lo que más nos llama la atención a nosotros: sus juegos, sus realidades sencillas, casi fantasías o quizás todas fantasías pero tan repletas de bellezas inenarrables y tan plenamente llenas, que ni siquiera necesitan de nosotros ni nuestra presencia les inmuta. Los observamos desde allí, desde la fuente sentados junto al pastor y nos damos cuenta de algo impresionante:

Son tan felices y tan grandes ellos y sus juegos que les sobra todo el mundo. Parece como si con

aquellas cuatro piedras, llenas de sombras de pinos, perfumadas de mejorana y pintadas de colores por los rayos de sol que cae, tuviera entre sus manos el universo entero. Dan la impresión de que allí lo tienen todo y no necesitan nada más. Y vemos que lo único que tienen es un puñado de pequeñas fantasías, una ladera llena de monte, el arroyo que corre por lo hondo, la silueta de la colina de donde nosotros venimos, las paredes de la tinada, la fuente de su cortijo, las ovejas bajo las sombras de las nogueras y la soledad del paisaje. Los miramos y los miramos y no acabamos de comprender que haya allí mucha más belleza que en cualquier otro rincón del mundo.

LOS MATICES DE LA SIERRA

Por ejemplo, cuando llega el otoño, en las sierras muchas cosas tienen nuevos tonos y matices. Caen las primeras lluvias y el bosque cambia de color que aunque sigue siendo verde, cuando las hojas se lavan, parecen otras. Se oyen los bramidos de los ciervos tanto en los barrancos como en las laderas y cañadas. Es el celo y los animales tienen sus instintos por eso de la perpetuidad de la especie y demás. Se ven las nieblas matinales llenando todos los barrancos hasta que viene el viento y se las va llevando por las laderas y luego por las cumbres. Se oyen y se ven todas estas cosas y aunque la sierra es la misma, en estos días parece otra. Como un país lleno de magia por donde los sueños revolotean libren y se estiran divididos entre los últimos calores del verano y los primeros fríos del invierno.

Primero, al caer la tarde, el cielo se llena de nubes negras. Puede soplar el viento y arrastrar con

rapidez, por encima de las cumbres, los jirones de estas nubes. O puede que no sople el viento sino que estando todo en calma, las nubes aparecen desde detrás de la cumbre y se remontan como si quisiera cubrir toda la sierra. A veces cruje un trueno y parece como si todos los barrancos se desplomaran a la vez pero no pasa nada. Es la característica propia del trueno de la sierra. Puede que luego ya no crujan más truenos ni brillen más relámpagos y en cuanto se hace de noche comienza a llover. Al principio con suavidad para ir poco a poco aumentando hasta llegar a una lluvia torrencial.

La casa, que es un pequeño cortijo construido justo sobre las rocas cerca del arroyo, queda perdida entre la densa niebla y la oscuridad de la noche. Pero como, además, llueve y de una forma espantosa, la casa ni se ve desde ningún sitio. ¿Cómo se va a ver si todo parece perdido entre una gran ola de agua? Pero como la casa se alza sobre la roca y ella misma es una roca, el agua de la lluvia chorrea a raudales. Como si fueran caños que se escapan de lagunas y locos bajas por las laderas buscando los arroyos y los valles. La casa, ya he dicho que no se puede ver en estos momentos pero si tú la vieras desde el lado este que es la parte más bonita, dirías que es algo mágico. Que no son imágenes reales sino que salen de un sueño, de una fantasía que existe sólo en películas o en sueños. Porque desde aquí, desde el lado este, siempre la coges desde lo alto; recostada sobre las adelfas del arroyo, aplastada por entre las rocas que suben hacia la pista y en primer plano. Como si no existiera nada más en todo el contorno que la pequeña casa que tienes antes tus ojos y las rocas que en forma de lastras sirven al mismo tiempo de acera y calle asfaltada con piedras naturales por y para los habitantes del lugar.

Pero como además de oír, ves y hasta puedes tocar el manto de agua que por un lado y otro se desliza ladera abajo, frente a todo esto, aunque la noche sea de lluvia cerrada no creas, que casi te gusta quedarte aquí y gozar un fenómeno tan único y original como éste.

Parece irreal pero es una verdad profunda que hierve y late en toda la sierra cuando llega el otoño. Quizá no lo conozca mucha gente porque andar de noche por estos montes cuando caen lluvias tan torrenciales y por sitios como este donde se alza la casa, no es fácil ni tampoco apetece demasiado. Pero yo digo que son reales los manantiales y los arroyos que por estos cerros corren. Otra cosa es al día siguiente de esta noche de lluvia. Puede amanecer sin nubes en el cielo y entonces son las nieblas las que llenan los valles y barrancos. Los habitantes de la casa pueden asomarse a la puerta y quedarse aquí frente al campo mirando como aún todavía corre el agua por los regatos y dudando si deben o no abrir la puerta de la tinada para que el ganado salga a pastar. Aunque ya no llueva, todo está tan mojado, tan chorreando, que es mejor esperar a que el día avance un poco.

Así que es verdad: Cuando llega el otoño, la sierra con sus bosques, nubes y valles, tienen cosas nuevas. Tonos y matices cargados de belleza que en nada se parece a la de las otras épocas del año. Ni es fácil gozarlo todo en un sólo día ni tampoco se puede contar, aquí y ahora, con cuatro palabras.

LA FUENTE DEL FRESNO

Subiendo por el Guadalquivir, pegado al fresno del charco, entre los juncos, brotaba la fuente. Digo

brotaba porque hoy ya, aunque el venero está en el mismo sitio y por él sigue manando el agua, no es lo mismo. Han cortado el fresno, han segado el rodal de juncos, han encerrado el chorrillo y por un tubo lo hacen chorrear al pilón. La siguen llamando fuente pero ya no del fresno sino con otro nombre y el venero no corre por entre piedras sino por cemento e hierro.

Con uno de los grupos que en coche van de paseo por la sierra, a las doce de la mañana hemos llegado a la, para mí siempre, fuente del fresno.

Parada de media hora para beber y comprar lo que queráis.

Anuncia el guía. Todos bajan y uno detrás del otro enfilan hacia el chiringuito de las bebidas en latas.

Ahí venden unas tapas que quitan el sentido, las bebidas están frescas y, además, también hay churros.

Comenta uno. Me quedo solo frente a la ladera por cuyas entrañas oscuras baja el agua del manantial. Busco los juncos, el fresno, los enebros, el río. Es inútil, sólo veo edificios, aceras, bares, puestos de baratijas, gente con uniforme saludando y sonriendo.

Beba el caballero agua de esta fuente verá qué rica.

Me indica una del uniforme. La miro y miro al chorrillo que como en aquellos tiempos cae cristal. Estoy por decirle que cuando aún ella no había nacido, ya recorría yo estas sierras y al caer las tardes, todos los días bebía y luego me sentaba frente a este manantial, cuando manaba por entre los juncos y corría delicioso hasta caer al río. Estoy por decirle que aquí, donde ahora tienen el puestecillo para vender perfume en conserva, crecía el fresno bajo cuya sombra, dormía la siesta frente a la corriente del río en los meses de verano.

Estoy por decirle que este manantial casi lo vi yo brotar por primera vez después de aquel año de las grandes nevadas y estoy por decirle que aquí, en aquellos tiempos, yo cogía los berros que luego me comía con pan y por las noches cantaban las ranas y bebían las monteses. Estoy por decirle esto y muchas más cosas que, de aquellos tiempos, por aquí tengo desparramadas pero me limito sólo a aceptar el pequeño frasco de perfume que me ofrece.

Es un recuerdo de las plantas aromáticas de estas sierras; esencia de espliego.
Y ahora estoy también por decirle que yo lo tengo respirado en vivo, por todas las laderas de este parque pero me limito a darle las gracias.

EL SUEÑO DEL JOVEN

Cuando aquella noche se llenó el cielo de nubes y al anochecer empezó a nevar, en el calor del cortijo sobre la ladera de la montaña, el joven se quedó dormido. Aquella noche el joven tuvo un sueño y en él vio a su pueblo, así mismo andando por las calles y a Grisel, aquella amiga suya que unos años atrás había dejado esta tierra para siempre.

El pueblo está en fiesta. En la plaza han montado tómbolas, casetas de turrón, caballitos y muchas luces de colores. A él no le gustó esto pero, sin embargo, por aquí se quedó todo el día yendo y viniendo de un lado para otro, mirando a los cacharros y observando a la gente. Nadie le conoce y esto le extraña porque él a ellos sí los conoce a todos y les habla cortésmente. Siente que se encuentra a gusto entre ellos a pesar de no agradarle el ambiente. Se da

cuenta que ambas cosas son distintas y se da cuenta también que en esta ocasión no hay nada dentro de él que le haga sentirse triste o apenado. Todo lo contrario: Arde dentro de su alma una constante tensión de felicidad.

Se acuerda de sus padres y en todo el rato olvida que ellos están ahora, en el cortijo, al lado oeste del pueblo. Y mientras pasea por las calles se va diciendo que ha de ir a verlos. Antes de que la noche llegue me iré de aquí porque tengo que procurar llegar al cortijo con luz del día". Cuando la sombra del cerro grande que hay al lado sur del pueblo empieza a cubrir las casas y las calles él se aleja del lugar con rumbo al cortijo. Busca la senda que va siguiendo el arroyo y sube por ella hasta que de pronto, el camino entra en una matorrales. No había él pensado que han pasado muchos años y en todo este tiempo el monte ha crecido mucho. Ha crecido tanto que ahora borra la senda haciendo imposible caminar por ella. Se pone a buscarla mientras sigue por el cauce del arroyo en dirección hacia donde cree que se alza el cortijo. En poco tiempo la luz del día se va y sin que lo advierta la noche se le echa encima. Al darse cuenta de ello por el corazón del joven el miedo empieza a correr. Primero porque no tiene encontrada la senda y segundo porque no le agrada quedarse toda la noche perdido por el campo.

Pasado un rato más ya la noche es total y como realmente se ha llenado de miedo empieza a dar voces pidiendo ayuda. Cree que son sus hermanos los que pueden oírlo y salir a su encuentro y por eso es a ellos a quienes llama. Allá, muy lejana y apagada, se oye la voz del padre que le dice:

Aguarda un momento que voy a por ti. Sigue pidiendo ayuda para que pueda orientarme mientras voy a tu encuentro.

El muchacho sigue las indicaciones del padre y aunque pasa un gran rato ve que el padre no se acerca ni tampoco se oye ninguna señal de su presencia. Sigue pidiendo ayuda y está ya casi ronco cuando a sus espaldas oye la voz de Grisel que le pregunta:

¿Qué es lo que te pasa?

Al saber que es ella se llena de alegría y como si de toda la vida la hubiera tenido junto así, le dice:

Estoy perdido ¿puedes ayudarme?

Claro que sí. Ven y abrázame hasta que sientas la paz y la tranquilidad.

A esta indicación el joven obedece sin titubeo alguno y en cuanto se acerca a ella la abraza fuerte como si ya se sintiera salvado para siempre.

Pareces un niño indefenso.

Y al oír que aquel tono de voz tenía la dulzura y el cariño de la persona que sólo da ánimo y esperanza, el joven entiende que le está regañando y al mismo tiempo le está transmitiendo valor.

Tienes razón pero es que están ocurriendo cosas muy raras desde que tú te fuiste. Creo que ahora ya nadie me conoce o por lo menos pocos tienen nada en común conmigo. Cada día es nueva para mí esta tierra porque cada vez tengo más la sensación que desde aquellos días hasta hoy han pasado millones de siglos. Creo que hasta la gente que encuentro por todos sitios no son los mismos de antes porque siento como si nos separaran muchos años.

Quizá tengas razón.

¿Qué es lo que pasa Grisel?

Es complejo de explicar, porque tú en estos momentos sólo necesitas una cosa.

¿Qué es lo que necesito?
El estado de tu alma ¿es de tristeza o pena?
Ninguna de las dos cosas. Nunca me sentí mejor.
Pues ahí está la clave.
Dime qué es lo que pasa.
Ya te lo diré, ahora es bueno que vayamos al cortijo porque te esperan tus padres.
Soy en realidad como un niño ¿verdad?
Quién no te conozca de este modo, te hará sufrir y se equivocará en muchas cosas.

Cuando pasó toda aquella noche que fue una gran noche de nieve a la luz del día todo el campo estaba blanco. Una nevada de las más grandes que habían caído en los últimos años en la sierra. Y aunque fuera hacía mucho frío, el cortijo estaba caldeado por el calor del fuego ardiendo en la chimenea. De las ramas de los árboles chorrean distintas gotitas y trozos de hielo. El día que amanece es melancólico, profundo, gris pero inmensamente bello.

EL BARRANCO

Te pasas media vida estudiándolo en los mapas; que la Sierra de la Cabrilla a un lado, que el Alto de la Cabrilla al otro, Navalasno más arriba, el Barranco de los Chorreaderos en lo hondo, los Arenales a un lado, el Caballo de Acero y por todo el centro corre el río. Los Poyos de la Carilarga y la Loma del Caballo de Acero al otro. Te pasas media vida buscando libros, artículos y escritos que hablen del barranco y cuando te crees que ya lo sabes todo o si no todo, una gran cantidad de cosas, vienes un día por aquí y te quedas desconcertado.

Ni siquiera vienes con la idea de irte por el barranco por conocerlo o hacer alguna ruta. Pasa por el lugar o rozándolo, de pura casualidad. Siguiendo algunos de los caminos que le rodean y llevan a otro sitio y te sucede lo que jamás te podría imaginar. Sin saberlo, sin pretenderlo, sin ser consciente de aquello que allí a tu lado queda, de pronto sientes como una llamada, como una voz que ni siquiera surge del barranco sino de algo que podría parecerse a un sueño, a un toque interior en la región de la muerte, del espíritu o no se sabe de dónde porque lo único que notas tú es sólo el tirón. La fuerza que te atrae y aunque tu rumbo es otro y por eso quieres seguir adelante, no puedes.

Tienes que volverte para atrás y siguiendo la intuición de ese sentimiento que te zarandea te dejas arrastrar a la fuerza pero con gusto, hacia la profundidad del barranco. Y para tu asombro vas descubriendo que el río, las cumbres, las rocas, los pinos, las nubes y el viento, nada de lo que aquí ves se parece a lo que has estudiado en los mapas y libros. Es otro barranco, otra realidad, otra belleza que te hiere con un puñal de dulzura y te transporta a la dimensión del gozo. ¡Qué barranco, qué viento, qué sinfonía de silencios y qué visión de paisajes, bosques, cascadas, laderas, sombras y luces!

En estos momentos es cuando comprueba y ves con claridad lo mezquino, lo pobre y mísero de las acciones y actitudes de aquellas personas que todo su corazón está en las cosas de la tierra. Sobre todo, los que te desprecian, te humillan creyéndose superiores y más sabios que tú. Están lejos de gustar y comprender que al fin y al cabo, sus empresas andan fundamentadas sobre la materia que da una satisfacción

limitada y se derrumban para siempre con el tiempo. Este otro tesoro, el que mana del barranco, es el que ni roban los ladrones ni corroen las polillas.

512- La escritora

Su casa, esta mañana templada de otoño en sus primeros días, es pequeña, recogida, hermosa y huele a primavera. En la puerta tiene una marquesina construida con ladrillos y decorada con rosales, jazmines, geranios, esparragueras y otras muy verdes y olorosas plantas. La fachada de su casa, es blanca, con ventanas a los lados de la puerta y balcones en la parte de arriba. Desde fuera, su pequeña casa, no lejos del río y mirando al sol de la mañana, es tan hermosa como ella misma.

A ella, la había conocido ya hacía mucho, mucho tiempo. Casi cuando era niña y luego cuando fue creciendo, cuando aprendía a leer y a escribir, cuando se preparaba para ser maestra y cuando, años después, se casó y nacieron sus dos niños. Siempre, en todo este tiempo, la había tratado con el mejor cariño y respeto y siempre estuvo de acuerdo en su forma de hacer y pensar. Hasta cuando decidió enamorarse y después casarse con el joven que escribía libros que recogían críticas a la sociedad.

La mantenía en su corazón, como algo indeleble, dulce, delicado y profundamente sensible a la bondad y trato. Creció y la mantuvo así de esta manera en su espíritu mientras ella avanzaba en la vida y él envejecía. Lejos de ella sin verla a penas ni saber casi nada de su vida pero sin olvidarla. Por eso esta mañana, ya muy viejo, se llenó de gozo al encontrarla aquí.

Acompañado de su borriquillo color canela y algo ceniza, lento bajó por la calle. Como recogido en sí y sin fijarse en nada ni nadie de los que a su paso iba encontrando. Se alzaba el sol por su derecha según bajaba y por lo alto de las lejanas montañas. Algo más cerca de él, se iba quedando el ancho río y luego las tierras llanas y las casas salpicadas por aquí y por allá. Decía a su borriquillo amigo desde hacía muchos, muchos años: "No tenemos prisa porque el tiempo, tanto para ti como para mí, ya nos importa muy poco. Me va a doler dejarte en esos lugares pero creo que es la decisión acertada. Tus fuerzas se acaban y las mías también y nada ni nadie puede ayudarnos en esto. Es la ley de la vida y aceptarlo con dignidad, es inteligente, es lo correcto".

Dejó atrás las casas y árboles a su derecha y, al salir de la curva, vio la de ella. La pequeña y blanca casa con el jardín de esencias y la quietud en todo el rincón. Miró y la vio. Regaba sus macetas y al darse cuenta de la presencia del borriquillo y él acompañándolo, se quedó de pie como sorprendida. Se acercó él con su asno y a sólo unos metros de ella, se paró. Como si no hubiera pasado el tiempo, sin más le preguntó:
- ¿Qué haces aquí tan sola y a estas horas de la mañana?
- Aquí está ahora mi hogar. Y tú ¿a dónde vas?
- Llevo a mi borriquillo a las llanuras del río.
- ¿De paseo?
- No y sí. A la libertad de la hierba, cielos azules y rumor de las aguas del río.
- ¿Y eso?

Tragó saliva, miró a su borriquillo y dijo a ella:

- Se lo venía diciendo: ya tiene muchos años. Tantos casi como el tiempo y por eso, se queda sin fuerzas, sin ganas de vivir y hasta sin color en su pelo. Como a tantas cosas, plantas, seres vivos y humanos, le llega poco a poco su fin. Mi borriquillo ha sido y siempre será para mí un gran amigo. En estos últimos días, los que aún le queden de vida en este suelo, quiero darle el regalo que merece: praderas repletas de hierba fresca, cielos azules, viento puro y horizontes sin límites. El mundo y la libertad que a su dignidad corresponde. No sé si me entiendes.
Y ella contestó:
- Te entiendo casi por completo ¿pero ahí vas a dejarlo solo?
- Esta tarde, quizás también esta noche y puede que mañana, me quedé a su lado. Voy a sentarme frente al sol de la mañana, pegado a las ruinas del viejo castillo clavado en lo más alto del cerro. Desde aquí, lo voy a mirar, en la libertad que te he dicho, en esas praderas junto al río.

Ella ahora no hizo ningún comentario. Lo miró como mostrando un sincero respeto hacia él y su borriquillo y, pasados unos minutos, sí le preguntó:
- Y mientras desde ese sitio miras a tu borriquillo libre en las praderas ¿qué harás?
- Meditar, soñar un poco, dejar que me bese el sol y acaricie el viento y que pase el tiempo. A estas alturas de mi vida, también llena de años, ninguna otra cosa quiero en este mundo. Respeto y admiro, a veces, lo que veo y me rodea y también a las personas pero todo y a todos, los dejo en su mundo.
Y ahora ella pensó: “¿Y si le regalo el último libro que he escrito?”

Dijo:
- Espera un momento.
Se movió de donde estaba, entró en la casa y pasado unos minutos, apareció con un libro en las manos. Se lo ofreció aclarando:
- Como ahora enseño a niños a leer y a escribir, he sentido la necesidad de escribir esto. Te lo regalo. Quizás te guste leerlo cuando estés sentado junto al muro del viejo castillo, frente al río y al sol de la mañana y frente a las praderas donde coma hierba tu borriquillo.
Cogió él lo que le daba al tiempo que preguntó:
- ¿Qué cosas cuentas en este libro?
- Puedes imaginarlo.
- ¿Son recuerdos?

Dejó ella que pasarán unos segundos y luego, pausadamente, dijo:
- Desde que te conocí, todavía muy pequeña, me empezó a gustar en ti algo muy concreto. Y este algo es el gran respeto que siempre mostrabas a las personas. Cuando te relacionabas con unos y otros, vi muchas veces que en ningún momento despreciabas a nadie ni usabas palabras hirientes ni criticabas. Tu actitud siempre era, creo que ha sido, la de un respeto exquisito para con todas las personas. Esto se me fue quedando muy dentro de mí y a lo largo de los días, me ha hecho reflexionar mucho. Lo he tenido muy presente en mi vida cada día hasta que me he puesto, y en este libro, he recogido esta realidad. Es lo más importante en este libro que te regalo. Porque ahora pienso que no hay otra realidad mejor que intentar hacer un mundo amable, lleno de personas buenas y hacer que florezca el respeto para con todo y todos. El contenido del libro que te regalo, lo he incubado en mi corazón y de ahí lo he sacado para darle vida a estas páginas.

Nada dijo él a las palabras que ella acababa de pronunciar. Cogió el libro que le daba, le dio las gracias, la despidió y, junto a su borrico, continuó bajando calle adelante dirección al lugar de las praderas. Se veía al fondo y no muy lejos, el elevado cerro donde se alzaba el castillo. Al lado del levante, se veía el surco del río y, por el lado del poniente y a la derecha del castillo, se veían las amplías praderas.

Dijo a su borriquillo: “Y ahí, mientras tú buscas y repelas las mejores matas de hierba, voy a darme un baño en los charcos de la curva del río. Para recordar los momentos de jóvenes ilusionados. Después, te miraré en las praderas, tomaré el sol, meditaré y leeré el libro que ella me ha regalado. Un escenario y momento propio para la despedida y preparación al lugar y eterno encuentro”.

339- EL SALVAJE

Sobre el collado, entre la espesura de las encinas y cerca del arroyo, se veía el cortijo. Una gran almunia en forma de palacete pero con las paredes encaladas. Por eso, al salir el sol cada mañana, el edificio relucía como un espejo mágico. Desde la curva del río, al poniente del cortijo y a unos dos kilómetros, se le divisaba con toda claridad. Y lo que más llamaba la atención eran las dos altas torres que, desde blanco edificio, emergían por entre los encinares.

Aquella mañana, un buen día de primavera y por eso los jarales mostraban ya un hermoso espectáculo de flores blancas, al grandioso cortijo y desde la Alhambra de Granada, llegó el joven. Y, lo

mismo que otras muchas veces, se presentó dando voces para asustar a los sirvientes:
- Ha llegado el momento. A partir de hoy ya no se ríe más de mí ese felino salvaje que recorre estos montes míos. Preparadme las flechas, poned apunto los perros y prepararos vosotros que nos vamos a cazarlo. En cuanto lo vea me lo cargo. Para que se entere de una vez que de mí nada ni nadie se ríe. Y menos este salvaje imbécil.
Y, a media mañana, la comitiva salió del cortijo, en busca del gato montés porque el joven, “el príncipe mal educado”, según se decían entre sí los criados, quería darle caza. Todos se concentraron en torno al señorito para complacerlo y porque era el que pagaba.

Al norte del edificio, por entre los jarales del cerro de enfrente, encontraron al felino. Un viejo y hermoso gato montés, bello como la criatura más bella y libre como el mismo viento. Y al verlo, enseguida dijo el joven:
- Otra vez más no te ríes de mí. Nadie ni nada se ha reído de mí desde que tengo uso de razón.
Y disparó sus flechas unas detrás de otra sin ni siquiera parar a tomar aliento.
Los gritos y las voces, se oyeron por todos aquellos barrancos y, en ese mismo instante, también se escucho un gran maullido. Ladraron los perros, atravesando los montes y sorteando rocas pero el felino, como por arte de magia, despareció. Enseguida gritó el joven:
- Que no se escape este cabrón. Y lo quiero vivo.

A lo largo de varias horas buscaron por todos aquellos montes. Azuzando a los perros y escudriñando cada hueco de cada peña. Hasta que comenzó a caer la

tarde. El sol se hundía en horizonte lejano y un silencio enorme se adueñó de todos aquellos campos. Decidieron volver al cortijo y, mientras regresaban, el joven refunfuñaba lleno de rabia:
- No puedo consentirlo. Nunca nadie, en el tiempo que tengo de vida, se ha reído de mí como lo está haciendo este bicho sin corazón. El día que lo tenga entre mis manos me lo voy a comer con piel y todo.

Oscureciendo, por la orilla del río, avanzaba el amante de las montañas. Cargado con su morral y recreándose en la música que el agua de la corriente le regalaba. Y se acercó a la cueva. Descolgó su zurrón, desdobló la tela que le iba a servir como tienda y se preparó para montarla. Pero, todavía no había terminado de oscurecer ni él de montar su tienda, cuando oyó un quejido. Como un lamento humano que venía de la curva del río, un poco más abajo. Cogió su espada, avanzó por entre los juncos, mirando y escuchando atento y de nuevo oyó los lastimeros quejidos. Se acercó, procurando no hacer mucho ruido y de pronto lo vio. Estaba tendido muy cerca de la corriente del río, un poco oculto entre las raíces de un viejo fresno. Agudizó la vista un poco más y vio que, un hililllo de sangre, manaba y levemente teñía las claras aguas de la corriente del río. Dijo, como si lo conociera de toda su vida o como si lo considerara su mejor amigo:
- Ya veo que te han herido. No tengas miedo. Otra vez estoy yo aquí para ayudarte. Ahora mismo lavo tus heridas porque quiero que sigas viviendo.
Se agachó, lo acarició con sus manos, lo puso luego sobre sus brazos y, poco a poco, se lo fue llevando hacia la cueva. Y lo primero que hizo, cuando ya lo había recostado junto a una de las rocas en la cueva,

fue darle un poco de alimento. Luego lavó sus heridas y allí mismo, casi pegado a su cuerpo, tendió su saco de dormir y preparó la cama. Le dijo de nuevo:
- Para que no te sientas solo ni esta noche tengas miedo. Y no te preocupes que ya verás como te curas. Tienes que seguir viviendo.

Y la noche transcurrió serena. Solo perturbada por rumor de la corriente del río, el ulular de algún cárabo y el palpitar del corazón del amigo. Pero, al llegar el nuevo día, nada más amanecer, se oyeron ladridos de perros. Luego se oyeron voces humanas y al poco, desde el otro lado del río y la alta peña bermeja, se oyó un potente grito:
- ¡Maldito felino! Acabaré contigo aunque te escondas bajo tierra.
Nadie ni nada respondieron a estas voces. Se hizo el silencio y, al poco, de nuevo se oyó la voz del joven príncipe, dueño del blanco cortijo:
- Solo eres un salvaje sin corazón. No podrás conmigo.
Y, en esta ocasión, el acantilado de la curva del río, devolvió un potente eco: "Solo eres un salvaje sin corazón. No podrás conmigo".

CORAZON DE ORO

En el cerrillo que baja por la derecha de la explanada construyeron la casa grande. La que es un espectáculo en el centro de ese paisaje tan amplio y esplendoroso. Hacia el lado del poniente cae una laderilla, cruza el arroyo más abajo y al otro lado del cauce, en las covachas de las paredes rocosas, está la otra casa; que no es casa propiamente sino un refugio para vivir casi miserablemente a falta de otras posibilidades.

En la grande de arriba, llena de lujo con muchas habitaciones y balcones, es donde vive el más pudiente; casi un señor en todo el contorno por el apoyo que tiene de los otros señores de la ciudad. En la de abajo, la covacha con cuatro piedras por paredes y rocas negras del humo de la lumbre, vive la familia humilde que cultiva un trocillo de tierra, tiene unas cabras y recoge algunos frutos del monte cuando por el monte hay frutos. Esto es toda su riqueza, toda su actividad y todo lo que tiene en este mundo. Son tres: el matrimonio y el muchacho que ya es algo mayor; corazón de oro lo llaman en todo el trozo de la sierra por su disponibilidad siempre en darse a los otros sea en lo que sea.

A la casa grande llegó un día, un poco entrado el otoño, una familia que nunca había venido por aquí pero que eran amigos de los que mandan y eso ya bastaba para que el pudiente los atendiera con toda la importancia que ello tenía.

- No venimos de cacería sino para dar un paseo por estos montes.

- No se preocupe que dará ese paseo y quedará encantado. Yo me encargo de ello.

Así que se fueron por la zona de la ladera que baja hasta el río porque es el sitio donde más animales salvajes siempre hay. Y lo que el pequeño pudiente pretendía era lo que sucedió: por allí vieron cabras monteses, ciervos, jabalíes y hasta un chotillo, bastante pequeño, de cabra montés. No podía apenas andar y para complacer al visitante y mostrar su ternura, el pudiente a las órdenes del más pudiente, lo cogió.

- ¿Qué le pasa?

- Se ha retrasado al nacer y se ve que su madre no tiene mucha leche; necesita alimento.
- A mí me gustaría llevármelo para regalárselo a mi hija pequeña.
- No hay problema. Se lo podrá regalar a su hija pero cuando esté fuerte y gordo.

Y el pudiente cargó con el chivo y en cuanto llegó a la casa grande fue en busca del muchacho corazón de oro.
- Desde hoy todos los días tienes que subir a la majada de los pastores a por leche para este choto. Les dices que vas de mi parte y que es para el amigo del que manda. Cuando ya esté criado éste señor te pagará.

Y aquel día el amigo del que manda se fue y el muchacho, a la mañana siguiente, antes de que amaneciera, ya iba camino de la majada a por la leche para el chotillo. A unos tres kilómetros al norte estaba la majada y el camino era, primero un trozo de llanura, el remonte de un gran cerro, un barranco muy amplio, otra ladera que no se termina nunca y después de dos o tres arroyos más, una llanura y la majada.
- Que vengo de parte del pudiente... que ya os lo pagará.
Y les contó todo lo del chotillo.

Todas las mañanas, en cuanto amanecía, se ponía camino de la majada, hiciera frío, lloviera o nevara. El muchacho no falló ni un sólo día en aquel trabajo. Regresaba al medio día, le llevaba la leche al pudiente y luego se iba a su cosa con el padre. Como dice la Biblia, de buena gana él se hubiera bebido aquella leche, no por placer, sino por pura necesidad. En su casa no

había nada más que escasez, humo de la lumbre pegada a la roca y frío.
- Quizá ahora, cuando el hombre venga a por su chotillo, como se está acercando la Navidad, nos lo pague bien o nos regale alguna cosa buena.
Le decía el padre.

Y el hombre vino a por su choto ya muy próximo a la Navidad. Al verlo tan gordo dijo que no se lo iba a regalar a su hija sino que lo mataría para comérselo en aquellas fiestas.
- Son fiestas de eso, de comer choto de monte.
Se lo llevó aquel mismo día y ni tuvo el detalle de ir en busca del muchacho para darle las gracias. Tampoco pagó a los pastores su leche y al pudiente sí se lo agradeció mucho.
- Ya le dije yo que no había problema.

Y lo que ocurrió es que como los de la cueva no tenían qué comer, junto al hortal se plantó el padre una noche y con la escopetilla de un cañón que se carga por la boca, disparó contra un ciervo.
- Ya tenemos comida; al menos estos días podremos comer.
Le dijo a su familia. Pero el pudiente que estaba a las órdenes del que mandaba se enteró; se lo dijo a su jefe y la respuesta del grande fue que inmediatamente los echara de allí para siempre.
- Sois unos furtivos que dejaréis el monte sin animales. Así que largo y hasta otra. Porque, además, deberíais de estar agradecidos de no ir a la cárcel.
Les dijo el pudiente. Corazón de oro y su familia se quedaron allí unos días más pero como los amenazaba con denunciarlos, ya se fueron una mañana fría de enero. Nadie supo dónde ni, pasado el tiempo, se tuvo

noticia de ellos pero la cueva, con las paredes negras y algunos trozos de tapias, todavía se puede ver por allí aunque llena de zarzas y musgo. Yo la conozco y sé dónde está pero la mantendré en secreto porque para mí es lugar sagrado.

LA OTRA NIÑA

Fueron los familiares al cortijo de la sierra y como era Navidad se la trajeron con ellos a la ciudad.
- Para que lo pases bien estos días con nosotros.
Le decían a la niña. Se lo pasó ella bien en la ciudad pero el tiempo se acabó y los padres vinieron a por ella. Aquella mañana, estaba allí la otra niña, la del pelo rubio ya amiga de la niña del cortijo de la sierra. Cuando ésta preparaba sus cosas para irse con los padres de un momento a otro le dice a la amiga que se venga.
- Sí, vente con nosotros unos días al cortijo.
Le pedían los padres a la niña de la ciudad.
- Pero es que aquello no me gusta mucho.
- ¿Por qué no te gusta?
- Es muy aburrido.
- ¡Que va! Aquello es lo más divertido que existe. Tenemos una fuente de agua limpia para jugar, un arroyo que pasa por allí mismo, mucha hierba por la pradera, un bosque muy grande para escondernos, nubes de todos los colores, pájaros que cantan a todas las horas del día y otras muchas cosas. Aquello es de lo más divertido del mundo.

La niña de la ciudad fue y se lo dijo a sus padres.
- Papá, que aquello no me gusta. No quiero irme porque me aburro mucho.
- Te prometo que allí te lo vas a pasar estupendamente.
Le decía su amiga.

- Pero si allí no tengo ni tele, ni juguetes con qué jugar, ni tiendas para ver los escaparates ni donde poder comprar chuches.
- Hija, eso no es lo que da toda la felicidad.
La niña del cortijo, por todos los medios, intentó convencerla para que su amiga se fuera con ella.
- No entiendo cómo puedes pensar que aquello es aburrido si para mí es lo más fantástico del mundo. Jamás me aburrí con tantas cosas como tengo sólo para mí y la cantidad de tiempo que todos los días, tengo que dedicar en resolver los problemas que se me presentan.
- Pues yo no quiero ir.

A la niña de la ciudad no hubo manera de convencerla. Decía que se lo pasaba muy bien con aquella amiga suya de la sierra pero como no tenía cosas para jugar, no se podía venir con ella. Decía que eso de no tener ni nevera ni yogur ni videojuegos ni pastelerías era una tontería y muy fastidioso. Decía también que lo alegre, lo divertido y emocionante era la ciudad con sus coches, sus gentes por todos sitios, sus casas y sus tiendas para comprar lo que se quiera.
- Además, en el campo, hasta te llenas de barro, te mojas si llueve y pasas frío si nieva.

Verano

Me dice que sí y lo veo que se da una vuelta por entre los pinos y las encinas centenarias. Como si tuviera necesidad de explorar despacico y detenidamente cada rincón de este mundo suyo para asegurarse de que todo está en regla. Y como intuyo que esto es lo que hace, le pregunto:
- ¿Cómo están las cosas hoy por tu pradera?

Me responde: “Todo se encuentra en perfecto estado. Y como las nubes nos están premiando con su fino rocío de gotitas, es lo que te decía antes, que la hierba sigue creciendo y llenándose de vida. ¿Te puedo proponer algo que se me ha ocurrido en estos momentos?” A esta pregunta así de pronto, le respondo preguntando:
- ¿Qué es lo que quieres proponerme?
Moviéndose por entre la hierba me dice: “Que podríamos organizarnos y entre todos, los mirlos, las ardillas, yo y tú, inventamos la manera de apresar a esta tan bonita mañana para tenerla ya siempre con nosotros. Hasta que queramos. Así por ejemplo, cuando llegue el verano y aprieten los calores, extendemos por aquí la frescura y lluvia de esta mañana y ya tenemos las cosas a nuestro gusto. ¿Qué te parece?” Tardo unos segundos en responderle porque no me parece fácil su proyecto. Pero le digo:
- ¿Y qué inventamos para recoger tantas cosas? Porque habría que recoger todas las nubes, todo el viento, toda la hierba, todo el perfume de la hierba y setas, los colores del cielo, el canto de las aves, el jardín entero, en fin, todo, todo, todo. Y luego habría que conservarlo en algún lugar para usarlo en el momento que quisiéramos. Tu idea me parece genial pero la veo bastante complicada de realizar.
Noto que me ha escuchado con atención y por eso en unos segundos me responde: “Yo creo que se puede hacer. Déjame un rato que lo piense y cuando tenga las cosas claras te llamo y te lo digo ¿vale?”
- Pues vale. Yo me voy ahora mismo a mis cosas y cuando tú tengas una solución me llamas y me lo dices. Lo que propones, es interesan, muy interesante.

503- EL RIO AMIGO

Cuando ya un día cualquiera
me vaya por fin
de la vida en esta tierra
a la vida que siempre he soñado
grandiosa y eterna,
me gustaría allí tener un río
con claros charcos y arena,
donde las aguas sean diamantes,
espejos y esencias
a fresnos viejos
y verdes matas de hiedra.
Que sea este río que tanto sueño,
como el que por mis venas
me corre desde pequeño
llenándome de vida plena.

Nadie sabe dónde está el río que conozco. Porque el pequeño cauce casi no tiene nombre y agua también poca en los meses centrales del estío. No voy a decir nunca dónde se encuentra este río aunque sí conozca los paisajes y a veces, cuando lo recuerdo o por las noches sueño con él, hasta piense que es el gran río que riega todo el planeta. El que recoge sus primeras aguas en las laderas de las rocas de granito, por entre encinas, jaras, y aulagas y luego desciende tímidamente.

Desde allí sigue recogiendo débiles y limpios chorrillos de agua y avanza insignificante. Como si no fuera nada pero avanza por entre gruesas rocas de granito, sombras de frenos y charcos redondos. Traza curvas muy bellas obligado por el terreno que va atravesando y se abre paso por entre abruptos acantilados, tramos estos donde las zarzas, piedras, lentiscos, fresnos y

otras plantas, se agarran al terreno y arropan y llenan de sombras y luces a la corriente y a los pequeños charcos.

Cuando yo conocí a éste río, era todavía niño, nadie me dijo cómo se llamaba. No lo supe entonces ni luego después ni ahora. Pero sí lo hice enseguida el escenario de mi juegos y fue justo por donde el gran chasco del fresno. Donde a la derecha brotaba un claro venero y algo más abajo, se remansaba. Justo antes de la curva hacia el lado de la tarde y por donde comenzaba un enjambre de pequeñas rocas de granito. Por aquí, entre dos o tres fresnos muy verdes, y las primeras rocas, se remansaba en charcos azules verdes y luego se deslizaba hacia el estrecho.

Al salir de este estrecho, por donde los acantilados lo escoltaban y la vegetación lo arropaba, trazaba otra bella curva ahora para el lado del levante. Al enfrentarse ya algo resto, se remansaba. Ahora por entre juncos, mastranzo, juncias y pequeñas playas de arena que la corriente modelaba caprichosamente. Era a este tramo donde en verano acudían las bandadas de palomas torcaces, tórtolas y perdices a beber. En este tramo casi de ensueño por los frescos macetones de juncia, mastranzo juncos y rocas de granito pulidas, era donde a mí me gustaba jugar.

Casi siempre solo y recreado, en los meses de verano, por la sinfonía de cientos de chicharras. Saltaba yo de acá para allá, pisando los pequeñas playas de arena y buscando peces o renacuajos. A veces, me mojaba todo entero y luego me ponía al sol frente a la ladera de las encinas. Clavados mis ojos en la única casa que en muchos kilómetros a la redonda, por allí había.

Imaginaba a las personas y esperaba el momento de ir algún día por el lugar.

Nunca visité esta casa ni nunca supe nada de las personas que la habitaban. Tampoco nunca supe cómo se llamaba el río en el que pasaba horas y horas jugando sin más compañía que la sinfonía de las chicharras, el rumor de la corriente y el fresco aroma de los juncos, mastranzos y juncia. No sabía yo entonces ni de dónde venía el río y a dónde iba. Menos sabía aún si por algún lugar de este río había personas, casas u otras construcciones humanas.

Crecí, me hice mayor y luego llegué a viejo y muchas, muchas veces, recuerdo a este río y en especial por donde mis juegos cuando niño. Por las noches, en sueños, vuelvo al lugar y soy tan feliz o más que cuando aquellos días de pequeño. Sigo viendo al río exactamente igual que en aquellos días aunque sé que ahora está muy lleno de personas por todos sitios, de casas y otras construcciones. Una realidad que en nada, absolutamente en nada, se parece a la que yo guardo en mi corazón. Por eso hoy, ahora y ya casi en la puerta de marcharme de esta tierra para siempre, quiero seguir ignorando la realidad de lo que en este río hay y mantenerlo en mi corazón tal como era para mí en mis juegos y sueños de niño.

Quiero seguir pensando que este río no tiene nombre y que nace en lugares muy misteriosos. Me gusta pensar que es el río que surca y riega todo el Planeta Tierra. Siempre con sus aguas limpias y repleto de esencias de hiedras. Y me gusta imaginar que cuando ya por fin me encuentre en el reino de la eternidad, siempre voy a tener junto a mí un río como éste que conocí de

pequeño. Necesito y estoy convencido de que las cosas van a ser así porque lo veo y lo gusto muchas, muchas veces en mis sueños.

LOS AMIGOS DEL NIÑO

El rincón es un pequeño paraíso donde el cortijo se aplasta pegado a las rocas del castellón; la pradera lo rodea por el lado de arriba con el arroyuelo que lo atraviesa y el bosque de pinos lo arropa por el oriente. Un pequeño universo que más parece sueño que otra cosa.

Aquel verano el niño tenía tres amigos: la rana del charco en el arroyuelo de la pradera, el pollito de perdiz que había empollado una de las gallinas del cortijo y la araña del enebro del charco de la rana. El polluelo de perdiz aún no volaba y ya el niño se lo lleva a jugar con él junto al enebro de la araña y el charco de la rana. Su gozo era ver al polluelo irse detrás de los mosquitos, dar el salto y cazarlos al vuelo.

- ¡Uno menos!

Decía y el siguiente era para la rana; saltaba fuera del charco, se iba por la pradera y mosquito que pasaba volando, si al pollo se le escapaba, lo atrapaba la rana. Pero alguno volaba más alto y al pasar por el enebro se enredaba en la tela que la araña había tejido de una rama a otra y allí se quedaba y éste era para la araña. Tejer: entrelazar hilos para formar telas, formar sus capullos los gusanos de seda o telas las arañas.

Se pasaba el día entero el niño enredado en la emoción de aquel juego, llamando a sus amigos a cada uno por su nombre y cogiendo en sus manos tanto al

pollito de perdiz como a la rana. Pero el padre del niño un día prendió fuego al lindazo que baja del cortijo y se junta con el arroyo. Era un fuego pequeño y controlado con el único deseo de quitar de en medio algunas malas hierbas; mas las llamas se fueron por el pasto de la pradera y aunque el padre acudió rápido y en menos de media hora lo sofocó, el fuego quemó precisamente toda la llanura por donde el niño compartía los juegos con sus amigos.
Sofocar: extinguir, dominar, reprimir, apagar.

Y como en la llanura, atrapando sus mosquitos, estaba tanto el pollito como la rana y la araña en su mata de enebro, los tres ardieron.
- ¡Pero, papá ¿no ves qué pena?!
Dijo el niño casi llorando frente a los cadáveres carbonizados de sus tres amigos.
- ¡Lo siento hijo! Fue sin querer y aunque he luchado para controlarlo no pude apagarlo a tiempo.
- Pero papá, el fuego acaba con la vida de todos los animales del bosque; son inocentes estos muertos y fíjate cuánta tristeza queda ahora por aquí.
- ¡Ya te he dicho que lo siento, hijo!

LA OVEJA SALVAJE

Completamente vegetariano, el muflón come todas las partes de la planta, salvo las raíces y los frutos. El madroño, los lentiscos, la encina y el espino son las especies preferidas para alimentarse.

El nuestro, una hembra tan vieja que seguramente no sobreviviría a las primeras nieves del invierno, nos la encontramos en el primer tramo del Río Borosa que coge desde el mismo Pantano de la Feda,

hasta donde empieza a caer el Salto de los Organos. Estaba comiendo los tallos de una mata de malva que encontró entre las grandes peñas del cauce.

Todo fue así: íbamos a emprender la ruta que va desde Aguas Negras hacia el Cortijo del Haza y Pinar Negro pero aprovechando que empezaba a nacer el día dijimos de explorar un poco ese tramo del río que tan impresionante se presenta desde cualquier ángulo y en cualquier día del año. Bajamos nosotros desde el rellano de la Majada de la Carrasca, donde aquella noche habíamos acampado y cogimos el cauce por arriba, junto a la margen derecha muy pegado al muro del pantano. El camino por aquí ni existe y eso hace que tengamos que saltar rocas, subir cortados, rodear tajos, avanzar por la torrentera e incluso rodar por algún cascajal. Merecía la pena por la grandiosidad del rincón, lo intrincado del cauce y la originalidad de las formas rocosas con sus pozas, sus regueros, covachas y mil caprichos más. Llegando a donde el cauce se empieza a recoger hacia el salto del vértigo la vemos. Al volver unas rocas, nos la encontramos de frente y el animal, ni reacciona. Nos ve y se nos queda parada pegada a la misma roca y como creemos que de un momento a otro va a emprender la huida, junto a la roca frente a ella nos quedamos inmóviles para gozarla antes de que se nos vaya. Como pasa un rato y no se mueve, nos aproximamos lentamente y en este avance enseguida descubrimos que está sin fuerzas. Nos mira con tristeza llena de frío y hambre como implorando compasión de nosotros.

Se está muriendo.
Ha venido a buscar el calor del arroyo para morir.

No le hacemos daño. Nos acercamos más, acariciamos su pelo, la abrazamos un poco con el deseo de transmitirle nuestra intención de paz, nos quedamos un rato allí junto a ella como si por un momento quisiéramos llenarla de calor para que siga viviendo, nos hacemos una foto con nuestra cara pegada a la suya y entre las orejas lacias y luego le decimos que vamos a ayudarle. La empujamos para que se vaya por la ladera hacia donde se eleva el Picón del Haza y se aleja lentamente; de vez en cuando se para y mira como si se quisiera despedirse, para siempre, de nosotros.

El NIÑO DE LA CIUDAD

Tampoco es gran cosa pero lo que sí quiero asegurar es que el hecho fue tan real como que ahora mismo estoy vivo.

- Mañana nos vamos de excursión a la Sierra de Cazorla.

Le dijeron los padres al niño hijo único allá en la ciudad.

- Pues mamá, déjame la tarjeta, que esta tarde tengo que ir a los grandes almacenes a comprarme el equipo.

El niño aquella tarde se compró de todo y de lo más caro: una tienda último modelo, un gran machete de monte, las botas más espectaculares, el traje para camuflarse, saco para dormir, cuerdas para escalar, gemelos, cámara de fotos... el equipo mejor y más caro que había en los grandes almacenes. Costó casi tanto o más de lo que gana un pastor en estas sierras a lo largo de todo el año. Porque al niño los padres querían darle una sorpresa: en lugar de irse a un hotel de cinco estrellas, pondrían la tienda en uno de los campings del valle del Guadalquivir.

- ¡Qué bien me lo voy a pasar! En cuanto llegue me voy a poner a cortar monte y lo primer que haré será construirme una cabaña como las de verdad.
Le decía a sus padres.
- Pero hijo, que el monte no se puede cortar y menos para jugar a eso de las cabañas.
- Mamá, hay mucho monte que no es de nadie que está ahí sin dueño. De ese es de del que yo me voy a construir la mejor cabaña.

Y es que el niño, a sus catorce años, aún todavía no había visto una vaca de verdad, ni sabía que era un hato de ovejas pastando por el monte ni si el queso se hace o lo ponen las vacas como las gallinas ponen los huevos. Por esto es por lo que los padres querían que su niño hiciera una buena experiencia de naturaleza lo más en contacto posible con ésta. Así que pusieron ellos la tienda en el rincón del camping y cuando se fue a acostar empezó a decir:
- Mamá, que esto está muy duro. Mamá que me pican los mosquitos, mamá que no me deja dormir el ruido del río, mamá que dónde está el baño, mamá que tengo frío.
Y la madre se levantó y le puso encima la manta nueva que por la mañana le había comprado en los grandes almacenes.
- ¡Ese niño que no nos deja dormir!
Empezaron a gritar los del camping.
- ¡Ea! A dormirte ya, hijo mío, que son las cinco y estamos molestando a todo el mundo.
El niño se durmió o medio se durmió porque los mosquitos y el rumor del río les pusieron nervioso y en cuanto amaneció, lo primero que hizo fue ver cómo su

madre le había puesto la manta nueva. Y al ver que la manta estaba del revés, se alzó de la cama diciendo:
- ¡Mamá que la manta está del revés!
Del grito se despertó la madre, el padre y casi todos los del camping que cansados ya del niño empezaron a decir:
- ¡Ese niño, que se lo lleven a la ciudad!
A los gritos de la gente el niño dijo:
- Es que mi madre me ha puesto la manta del revés y por eso tenía tanto frío. La manta del revés no quita el frío. ¡Me estoy muriendo de tanto frío como tengo!

COMO UN SUEÑO

Los almendros ya habían florecido. No había llegado aun la primavera pero, después de las abundantes lluvias a lo largo de todo el invierno, la hierba relucía. Como ansiando mostrar su fuerza y también con el deseo de alfombrar con miles de florecillas.

Sin embargo, aquella mañana de marzo, todo el campo amaneció nevado. Blanco puro, como si otra vez el invierno hubiera vuelto. Se asomó él a la torrentera y caminó despacio. Buscando la pequeña senda que, por el barranco que desciende hacia el río, avanza hacia las tierras de la vega.

Pisando la nieve o más bien resbalando por ella, bajó a toda prisa. Como en un juego y agradeciendo al cielo estampa tan bonita. Y, mientras lo hacía, la recordaba. Lejana, como ya hacía mucho, mucho tiempo pero inmaculada y alegre en su alma, como el primer día. Y de nuevo dio gracias al cielo por

tan hermoso sentimiento en su corazón, a pasar de la distancia y el tiempo.

Llegó a la corriente del río, lo cruzó, subió por el terraplén, atravesó los olivos, por donde las parras aun desnudas y siguió bajando en la misma dirección que las aguas. Y al poco, dejó atrás el estrecho desfiladero del río y salió a la panorámica. Donde el terreno se configura como un gran balcón frente a la ciudad y por donde la senda, agarrada a la ladera, se abre como un fantástico abanico. Y aquí se paró. Miró despacio y la visión que la ciudad le regalaba le llenó el corazón de hondo gozo.

Sobre la alta colina, recostada y alargada, se veía la Alhambra. Al fondo, las altas cumbres de Sierra Nevada y a los pies, la fantástica ciudad de Granada. Blanca hoy y como durmiendo pero bella como el más delicado y hermoso de los sueños. Meditó un momento, miró al cielo, todo azul a pesar de la gran nevada y luego pensó en ella. Y como susurrando para sí y para el viento que le acariciaba, dijo:

“Una vez más mi corazón se alegra solo con recordarte. Fuiste tan buena en aquellos días, que de armonía y paz y para la eternidad, dejaste sembrada mi alma. Por eso a cada instante sigues palpitando en mi pecho. De aquí que ahora mismo y, hoy de nuevo, te regale Granada. Los almendros ya han florecido y la nieve, esta noche, lo ha vestido todo de blanco. Y tú sigues viva, florecida y rociando de gozo y paz todos los sentimientos que laten en mi pecho”.

Zaherido

SENCILLOS VERSOS

Desde pequeño se afanó en recorrer los campos. Al atardecer se sentaba en la roca de la ladera, frente al sol cayendo, y miraba embelesado. Y, al amanecer, desde la puerta del cortijo, oteaba el horizonte y otra vez se extasiaba ensimismado en la llegada de un nuevo día. Y en primavera, verano, otoño o invierno, siempre recorría los paisajes, con la ilusión del joven más enamorado. Libre como el viento y en todo momento disfrutando del verde en los bosques y del rumor de las aguas yéndose por los regatos.

Desde pequeño y, según fue creciendo, se despertaba en él la necesidad de recoger y guardar sus abrazos con estos campos. Por eso, a su modo y de la mejor manera que sabía, cada día escribía en su cuaderno. Dibujaba algunos planos, ponía nombre a los árboles, rocas, fuentes y ríos y daba colores a las nubes. Y su cuaderno se fue llenando. De sencillos versos, de relatos vírgenes, de caminos blancos, de flores, de vuelos de pájaros y, sobre todo, de muchos y precisos planos. Y cuando el padre le preguntaba:

- ¿Y para qué quieres todo esto?

Él siempre respondía:

- Para mí mismo. Para tener siempre conmigo las cosas que me gustan tanto.

- Pero todas estas cosas las tienes cada día y en vivo frente a ti.

- Es cierto pero no es lo mismo. Este cuaderno y los planos que en sus páginas estoy dibujando, es como un tesoro único y personal. Como mi mayor fortuna.

Y el padre callaba y dejaba que siguiera con su juego. Hasta que un día, cuando ya tenía bastante años,

se presentó en el cortijo el dueño de aquellos campos. Saludó al padre y luego le preguntó:
- ¿Y tú hijo?
- Con su cuaderno y por los caminos recorriendo los campos.
- ¿Su cuaderno?
- Sí, su tesoro más íntimo y preciado.
- Me gustaría tocarlo y echarle una ojeada.
Y el padre se fue con el dueño en busca del hijo. Desde el cortijo en la ladera, bajaron hasta el valle del río y luego subieron al cerro de los robles. Llamándolo a cada instante y mirando por todos los caminos. Caía la tarde y era primavera. Por eso todos los paisajes olían a hierba fresca, a flores y polen nuevo y cantaban los pajarillos.

Se lo encontraron sentado en la roca alta, mirando al horizonte, con su cuaderno en las manos y esperando a que el sol se pusiera. Le dijo el padre:
- El señorito, dueño de todas estas tierras, quiere hablar contigo.
Miró él al señorito y le preguntó:
- Aquí me tiene. ¿Qué quiere usted de mí?
- Me han dicho que tienes un cuaderno donde escribes y dibujas cosas únicas y bellas.
- En mis manos usted ahora mismo lo está viendo.
- Déjame verlo.

Y el dueño de las tierras arrebató el cuaderno. Lo abrió y lo ojeó y luego dijo:
- Lo que aquí tienes recogido son cosas que me interesan mucho. Desde hacía mucho tiempo, esto es lo que yo estaba buscando. Me quedo con tu cuaderno para siempre.

- Pero esta obra es mía, es mi sueño, mi tesoro, mi pequeña vida.
- Debes tener en cuenta que yo soy el dueño y estos campos son míos.

Se ponía el sol y por el camino del río el dueño se alejaba llevando con él el cuaderno. Sobre la roca sentado, frente a sol de la tarde, triste dijo al padre:
- No tiene derecho. Es mi tesoro, mi íntimo sueño.
- Pero ten en cuenta, hijo mío, que él es el dueño.

El agua milagrosa

Los vi y me llamó mucho la atención. Siguiendo la carretera llegaron al lugar, se pararon a la derecha, miraron para el río durante unos minutos y luego comenzaron a bajar, siguiendo el caminillo. Por el río, conforme iban llegando, se esparcieron. Como buscando entre los juncos, en la corriente del agua azul verde y entretenidos con algún que otro animal: peces ranas, renacuajos…

Y vi que uno de ellos no se fue con el grupo para el río. Siguiendo una sendilla de animales silvestres, caminó por entre el monte, buscando la elevación del cerrillo. Coronó en poco rato y rodeó el gran peñasco. Lo vi agacharse y beber del pequeño manantial: un hilillo de agua pura como el viento más fino y fría como el hielo, que brotaba justo de los pies de la roca. Y, cuando terminó de beber, se alzó y miró a los que se movían por la orilla del río. Uno de ellos llamó preguntando:
- ¿Has encontrado lo que nos decía?
Le contestó:
- Aquí, a los pies míos lo tengo.

Y el que había preguntado dijo a los demás:
- Parece que ha encontrado el manantial del agua milagrosa.
Y dos o tres del grupo exclamaron:
- ¡Vayamos corriendo!
Y se pusieron a subir a toda prisa por las veredillas que surcaban el monte. Conforme iban llegando se paraban junto a él y preguntaban:
- ¿Estás seguro que ésta es el agua milagrosa?
- Es un agua buena como ninguna otra. Fría como el hielo, clara como el viento más puro y con sabor a roca y a ramas de enebro.
- ¿Y podemos beber toda la que queramos?
- Poneros en fila que yo os voy dando.

Y vi como él, otra vez se agachó junto al manantial, escarbó e hizo una pequeña poza, con tierra y piedrecitas y dejó que pasara un rato para que el agua se "aposara". Luego, con sus manos en forma de cuenco, recogió un puñado de agua de la poza y lo acercó a la boca del primero de la fila. La probó y al instante dijo:
- Es un agua como no he saboreado nunca antes. No hay duda, tiene que ser milagrosa.
Y el que había hecho la poza dejó que fueran acercándose y bebieran toda la que quisieran.

Uno detrás de otro, se fueron agachando e hincando las rodillas en el suelo, bebían de la poza. Con cierta ansia y también con el deseo de que el fino líquido obrara el milagro. Desde la distancia, apiñados junto al manantial de la roca, yo los estaba viendo. Y por eso ahora puedo dar testimonio de ello.

Entre la nieve, junto al río

“Nunca sabrás que hoy una vez más te regalo estos paisajes, este cálido rincón y este momento. Me gustaría que estuvieras. Pero no me importa, lo sabe el cielo y mi corazón”.

Durante varios días estuvo nevando. Sin parar un momento a lo largo de estos días y por las noches y sin que apenas se moviera el viento. Con el cielo todo cubierto de espesas nubes negras y con las nieblas subiendo por los barrancos y coronando las crestas.

Pero aquel día, una mañana ya del mes de febrero, amaneció sin nubes en el cielo. Todo azul, con el viento en calma y la nieve reluciendo blanca. Extendida como una inmensa alfombra mágica, por todas las laderas de las montañas, por las llanuras y barrancos. Y, sobre todo, por la ladera de las encinas, el valle de las rocas, por donde la gran curva del río y por el arroyo de los fresnos. Por aquí y esta parte de la montaña la nieve había caído en tanta cantidad que ni se veían los caminos ni las aulagas ni los romeros.

Pero aquella mañana de cielo azul intenso, fría y blanca como la escarcha más pura, se asomó a la ladera. La de las encinas, frente a la curva del río y el valle de las rocas. Y, antes de continuar avanzando, se paró justo en lo más elevado. Miró, durante largo rato y descubrió que toda la ladera estaba cubierta por una gruesa capa de nieve. Se dijo para sí: “Me gusta esto. Así que no tengo miedo ni me acobardo”. Y pasado unos minutos meditando y sin dejar de observar, respiró hondo y susurró: “¡Dios mío, si estuviera!”

Y pasado un largo rato, comenzó a caminar. Pisando la blanca nieve y dejándose deslizar por ella como en los años lejanos, todavía muy pequeño. Y su gozo fue inmenso. Recibió la caria del aire en el rostro y sintió como si cayera al vacío de sus más bellos sueños. Esquivó el pino centenario, la encina de tronco retorcido, la roca boronda y el acantilado de la izquierda. Y, sin preocuparse nada más que de la sensación que gustaba en el corazón, descendió y descendió hasta aterrizar en las tierras llanas del valle. Justo por donde el río se remansa y, a la derecha, se apiñan los fresnos.

Sintió voces y miró. Por la ladera de enfrente, solana, los vio. Eran los mismos de siempre, con sus mismas vestimentas y la misma actitud. Se dijo en su corazón: "¿Cuándo dejaréis de recorrer estas montañas como feriantes que solo buscan divertirse en la fiesta? ¿Cuándo descubriereis que estos lugares son sangrados y por eso antesala del cielo?" No les hizo caso. Metido en sí, caminó ahora hacia el bosquecillo de los fresnos. Buscó por entre la vegetación y las rocas y encontró el refugio. Construido de madera, pegado a unas de las rocas más grandes y muy cerca del cauce del arroyo.

Al llegar empujó la puerta, abrió y entró dentro. Vio la chimenea y, a la derecha, el montón de troncos y ramas secas. Se puso, prendió fuego a las ramas más delgadas y luego echó troncos más gruesos. El fuego prendió con fuerza y, por eso en poco rato, toda la estancia estaba caldeada. Frente a la lumbre se sentó, abrió su mochila, sacó los alimentos y se puso a comer. Y, mientras contemplaba las llamas, saboreaba los alimentos y fuera el silencio se fundía con el frío, para sí otra vez se dijo: "Nunca sabrás que hoy una vez más te

regalo estos paisajes, este cálido rincón y este momento. Me gustaría que estuvieras. Pero no me importa, lo sabe el cielo y mi corazón”.

DESDE LA TIERRA

llana de lo alto de los cerros, hoy pradera espesa con la misma hierba de aquellos tiempos y era donde las ovejas se concentraban al caer las tardes, todavía arranca la senda, mitad ya carretera, que atraviesa el collado y por el cauce que el arroyo va formando, cae saltando rocas y se interna en la espesura del acebuchal y después de atravesar el puntal redondo de las jaras densas, vuelve y cien metros más abajo, ya descansa en la otra llanura hermana que se recoge junto al borde de las aguas del río bello y aquí, parece como si muriera o ya para siempre se quedara.

Y lo digo porque ayer por la tarde, como recordando aquello, me vine siguiendo las huellas que son todo silencio y soledad y al llegar justo a donde el fresco arroyo arropa con su sombra a la segunda llanura hermosa, miré y vi todavía la tierra negra de cuando aquella vez roturaron los campos y quemaron el monte para después sembrar las cosechas.

Y como en la tierra que fue tanto, han crecido las zarzas y se amontonan las ramas viejas de los acebuches, al verla me han entrado ganas de pararme y rozar otra vez el monte, retirar la broza y ponerme luego a labrarla y hasta sin querer, me he puesto a recoger ramas secas, pero cuando me he querido dar cuenta, la luz de la tarde nueva, se ha ido y la noche comienza a borrar el barranco y las siluetas de las montañas y

entonces me he preguntado: “Con esta oscuridad tan densa ¿cómo ahora salgo yo de este barranco y recorro la senda que me lleva a la otra llanura hermana?”

Y es que de la tierra llana de la cumbre a la tierra llana de la vega y, sobre las huellas de la senda, es donde se me ha quedado enredada el alma, entre el monte espeso y la sombra de la noche que cae y el latido del corazón que todavía palpita y ama.

662- Se marchaba en su canto
el río de mis sueños
aquella tarde chiquita
sin sombra ni fresnos
y estaba yo parado
junto al agua corriendo
y mudo, extasiado
en la luz y su juego
y el dibujo claro
que trazaba sin lienzo.

Se marchaba en su canto
y el hambre en mi pecho
se me abrió en cascadas
como quien muriendo
pide un sorbo de agua
y un puñado de viento
y, desde el fondo del alma,
dije todo pleno:
“Con el río plateado
que es amigo sincero,
quiero yo, nadando,
irme a tu encuentro
ahora que a los dos
nos cubre el silencio

y nadie más comparte
este blanco secreto”.

LA SENDA DE LAS CAÑADAS

Va de cañada en cañada trazando una amplia ondulación al pasar por el valle del río que se encuentra justo en el centro de las dos cañadas. Como una gran media luna cuyos dos extremos son el comienzo y el final de la senda.

El extremo primero, donde debe comenzar la senda, sí lo conozco muy bien. Es una llanura blanca al final de los tres cerros donde, además de silencios y verdes en primavera, brotan más de veinte veneros. No todos en el mismo punto, sino repartidos por toda la llanura que en este caso sería la cañada de donde arranca la senda. Pero claro, decirlo así suena como si este trozo de sierra fuera más o menos igual a cualquier otra llanura de las muchas que por estos montes existen y no es igual. Yo mejor que nadie sé que es única no ya por la senda y los manantiales sino por una serie de cosas que pertenecen más bien al mundo de las emociones.

Los veneros echan agua casi todo el año y como son muchos y repartidos por aquí y por allá, desde cada uno van saliendo sus pequeños arroyuelos que abriéndose paso con armonía y suavidad buscan la parte baja de la cañada. Ya aquí se juntan y con el agua de todos el arroyo se hace grande. Es un primor la transparencia de estas primeras aguas acompañando ya, barranco abajo, la incipiente senda. Porque ya he dicho que la senda nace aquí, entre los veneros, los

arroyuelos de los veneros y el arroyo que va resultando de la suma de los veneros.

Siguiendo el cauce que baja, unas veces por un lado y otras veces por otro, se dejar ir la senda buscando, sin titubeos ninguno, el río. Tienes la impresión que va a perderse por el barranco por la profundidad de éste, su oscuridad y su bosque pero no es así. Antes de llegar al río se abren los barrancos llenándose de luz por la amplia solana y una vez que cruza el río, por la solana precisamente sube la senda. Con suavidad, como si se tratara de un juego dulce, busca otra vez el cauce del nuevo arroyo que baja de la segunda cañada. Podría decirse que son dos arroyos gemelos con dos cañadas gemelas donde ambos nacen y dos llanura también gemelas sembradas de multitud de veneros cada una.

Pero en cuanto la senda sube a la segunda cañada, yo ya no la conozco. Desde la ladera de enfrente la tengo muy vista y aunque me intriga la densidad del encinar que por allí se ve y el horizonte casi azulado que lo llena de misterio, todavía no conozco esta segunda cañada. Cualquier día de estos y si es posible en primavera, vendré a verla. Intuyo que será grandiosa tanto la senda, como la cañada y el encinar.

EL PINO VIEJO

Hoy, que hace un día muy bueno, todo lleno de un sol espléndido y suavemente perfumado por el vientecillo fino que acaricia los bosques, después de un buen rato con nuestro amigo el científico por el Arroyo de Rocanales gozando de sus charcos y

aprendiendo los secretos de las culebras de agua, nos vamos hacia el Río Madera. Sólo tenemos que bajar un poco más y enseguida damos con la pista, hoy carretera asfaltada que viene por todo este curso del río y se va hacia la aldea de la Toba.

A lo grande, que es como primero nosotros hemos aprendido la sierra, queda a nuestras espaldas el Pico de Hornos que tiene 1.502 m. A la derecha, subiendo por el río, Cerro del Toril con 1.454 m. más arriba y a la izquierda, Cerro del Rayo y al final del curso del este río, que sería por donde nace, el Pico Espino con 1.722 m. compartidos con Navalperal que se alza enfrente pero mucho más lejos y en otra vertiente. Por aquí cerca queda una pequeña aldea llamada El Prado que nosotros pasamos de largo así como las instalaciones de varios campamentos juveniles que la Junta de Andalucía tiene montados por las riberas del río. El más espectacular de todos ellos, el que está perfectamente montado y ni siquiera es bonito comparado con otros, también nos lo dejamos un poco a la derecha y por el carril de tierra, buscamos el cauce del río. Un río que es de los más bellos de todas estas sierras pero que este año tampoco trae mucha agua aunque la que por él corre sí es limpia y como por aquí se remansa en algunos charcos deliciosos, aprovechamos para darnos un baño.

He oído, por algún sitio, que por la zona izquierda de este río, crece un pino viejísimo.

Expone en uno de nuestros chapoteos el primo mayor. Como está junto al científico y parece que ha sido a él a quien le hace la pregunta un poco incompleta, el científico responde que:

De tal pino no sé nada. Será algo como el famoso pino de Galapán, el abuelo de Cazorla allá por Vadillo, el de las tres cruces por el nacimiento del Río Guadalquivir, los de la derecha del Río Borosa y los centenarios por el barranco y la Cañada del Mesto por el Río Guadalentín.

Dicen que en los tiempos en que esto era provincia marítima, uno de los ingenieros que un día andaba por estos montes con los hacheros, al llegar al pino y verlo, dio orden que lo marcaran pero no para cortarlo sino para dejarlo indultado para siempre. Tan bonito era y tanto le gustó que se salvó precisamente por eso: por su vejez y su belleza.

Pues un día tendremos que hacer dos cosas: primero, buscar mucha más información y segundo, echarnos al monte hasta que demos con él. Seguro que será un ejemplar digno de admiración.

Responde el científico.

303- De los manantiales asombrosos,
donde aquellas tardes
me dieron a beber el agua limpísima,
que sabe a tomillo y huele silencio,
los que brotan en las playas de la niebla
y corren al final del río, a la derecha,
según se sube por la senda
que ya no va a donde crecían los robles
ni tampoco a las praderas de la siesta.

De los manantiales rumorosos
que corren por los surcos
de la tierra amarilla, rocas ceniza y plomo
y no son torrenciales sino mansos
como las lejanías misteriosas
de brumas y horizontes azules,
de estos manantiales,

que a partes iguales, corren por mi alma
y el arroyo que muere en el río nuestro,
sólo te digo que me pertenecen
porque, junto con ellos, me los regalaste
aquella tarde que me dieron a beber su agua,
de rodilla, junto a la corriente
y en la palma de la mano.

De estos manantiales,
que en forma de beso, son mis sueños,
y la fuente que alimenta sus propias vidas,
dos cosas más debería decirte,
pero los dejo ahí, limpios, corriendo,
como señal y recuerdo de tu presencia,
y en espera del día nuevo.

La excursión

Los conocía desde hacía mucho tiempo. Por eso, muchas veces, ya lo habían invitado. En ocasiones, para reunirse y hablar de temas elevados y, en otros momentos, solo para verse y compartir cosas elementales y también para ir por algún lugar de la ciudad. Por todo esto, ya los consideraba buenos amigos y hasta los tenía por los más buenos.

Pero en aquella ocasión, cuando se enteró de la excursión, descubrió que ya lo tenían casi todo acordado. Directamente a él no le pidieron que se uniera pero por sí mismo interpretó que podía acompañarlos. Porque de ningún modo le había vetado su presencia. Por eso aquella mañana, ya con la primera parte de la excursión en marcha, se pararon un momento. Junto a la pequeña casa, todavía un poco antes de los manantiales y donde la explanada, los árboles y la

fuente de aguas claras. Dijo el que iba al frente del grupo:
- Juguemos un rato, tomemos un bocadillo y luego seguimos.

Y enseguida, varios se pusieron a correr detrás de un balón, a charla en corro y, sin saber cómo ni por qué, se vio solo. Sin participar en nada, a un lado de todos ellos y sin que ni siquiera le dijeran que los acompañara. Se puso a jugar con su pequeño perro y al poco vio como todos se concentraba alrededor de la fuente. Sacaron bocadillos, los intercambiaron entre sí y tampoco les dijeron nada. Ni le ofrecieron un bocadillo ni una fruta ni nada de lo que entre ellos compartían. Y en estos momentos sí se sintió marginado. No dijo nada. Se limitó a estar allí, entre ellos mientras se acercaba al que creía era su mejor amigo. Éste ya había terminado de comerse su bocadillo y por eso dijo:
- No te entretengas muchos y recoge tus cosas que en un momento nos vamos.

Entró a la vieja casa, donde había dejado su mochila, recogió y metió dentro de la mochila algunas de las cosas que un compañero habían dejado por allí y, al poco, salió fuera con la intención de unirse a ellos y continuar el camino. Pero y de repente, descubrió que ya se habían marchado todos. Sin apenas meter ruido y sin decir nada. Ni siquiera tenía claro la dirección que habían tomado. Llamó a su perro que sí estaba por allí retozando, lo acarició y miró para el lado del arroyuelo, por donde se veía un trozo del camino.

En la misma explanada se paró un coche, bajó de él un hombre y una muchacha y el hombre se acercó y le preguntó:

- ¿Sabes a qué sitio se han dirigido?
Y le dijo que todos se habían marchado sin darle ninguna explicación. Le dieron las gracias, arrancaron el coche y se fueron. Mirándolos se quedó él, acariciando a su perro, con la mochila preparada y dudando si seguir, quedarse por allí sin tener claro para qué o regresar. Porque tenía claro que todos lo habían dejado a un lado sin darle la más mínima explicación.

Viaje a la nada

- ¿Cuándo te marchas?

Le preguntaron. Y él respondió:

- Mañana, al caer la tarde.
- ¿Y ya lo tienes todo preparado?
- Todo menos lo más importante.

Y quisieron seguir preguntando pero le dijeron:

- Si organizas una fiesta de despedida nos gustaría ir a ella. Queremos decirte algo.

Hubo un momento de silencio y luego él preguntó:

- ¿Qué es lo que me queréis decir?

También ellos esperaron un rato y luego, el más amigo, dijo:

- Queremos que sepas que toda marcha, todo viaje hacia lo desconocido y nuevo, todo cambio de lugar, es como ir a la búsqueda de lo esencial. ¿Estás tú de este modo preparado?

Y él les respondió:

- En el fondo sé que aquí me dejo lo que más siempre he amado. Y más en el fondo sé que si no me llevo conmigo lo que tanto me duele dejar, de nada sirve mi cambio. Porque llegaré al lugar y comenzaré a vivir por allí pero sintiéndome vacío y sin tener conmigo lo que, desde que vivo, estoy ansiando.

Hubo otro momento de silencio y luego de nuevo le preguntaron:
- ¿Y cómo es aquello?
- Todo campo verde, un río muy claro y un gran valle repleto de altos árboles.
- Sin duda es un lugar hermoso por lo que nos estás contando. Pero ya sabes: todo cambio de lugar, en el fondo es como dar un paso al encuentro de tu final, de lo esencial, de tu hondo sueño, de tu más pura realidad. De nada sirve ir a un lado u otro buscando si no tienes claro que el fin eres tú mismo.

Y nada más se habló en aquel momento. Al poco, los amigos se fueron y él se quedó solo en su habitación. Dio unos pasos y se acercó a la ventana. Miro fuera y descubrió que estaba nublado, no hacía frío y en los álamos de la ladera, arrullaban dos tórtolas y canturreaban algunos mirlos. “Hoy puede llover”, se dijo. Luego cogió un bolígrafo y una hoja de papel y escribió los siguientes versos:

Si me faltas,
si no estás conmigo
por donde vaya,
aunque cambie de lugar
seré nada.
Lo más importante
no es cambiar de casa
ni de país
ni de playa,
si no estás conmigo
vaya a donde vaya
siempre tendré un vacío
en mi alma.

Recordando su blanco juego

Era invierno. Ya final del mes de enero y el día amaneció tranquilo. Solo con algunas nubes en el cielo, el viento en calma y sin apenas frío. Por esto, aunque era invierno, apenas lo parecía. Pero sí, unos días antes, había llovido mucho. Sin parar a lo largo de dos meses y de una forma casi torrencial. Y lo había hecho a largo y ancho de toda la región y por las montañas y campos de sus recuerdos.

Y aquella mañana gris, de viento en calma y con cara de invierno, comenzó a subir por el camino. La pista de tierra que arranca en el corazón del valle y, zigzagueando ladera arriba, pasa por el collado de las encinas en busca del cortijo de las pitas. Y, conforme avanzaba por el carril dirección al cortijo, miraba. Despacio y con interés, como si buscara algo que en el fondo necesitaba. Y él sabía que sí lo necesitaba y por eso tenía claro también qué era lo que buscaba.

Siguiendo el carril de tierra, remontó a la curva cerrada del collado de los majuelos. Se paró un momento y fijo, miró al frente. No muy lejos, descubrió el cauce del arroyo grande, el puente de cemento por donde el camino cruzaba y, más arriba y coronando, la oscura silueta del cerro. Como mirando o vigilando el zigzagueo del camino y como ofreciendo una atalaya en la misma roca que en todo lo alto se clavaba. Siguió atento buscando y sus ojos se fueron hacia la figura del cortijo.

Y al fin descubrió, algo asombrado y al mismo tiempo emocionado, que a pesar del tiempo aun permanecía blanco, misterioso, sereno, hermoso…

Oculto un poco por entre las encinas, como en aquellos tiempos, rodeado de eucaliptos, de olivos y de pitas y en el rellano de la derecha del cerro. Mirando al sol de la tarde, de igual modo que en aquellos tiempos y como escondiendo en sí el más importante de los secretos. Secretos o tesoros llenos de recuerdos amables que era lo que, en el fondo, él venía buscando. Con el deseo de rellenar, de alguna manera, el vacío y hambre que tanto le dolía dentro del pecho.

Por eso, después de un largo rato observando la figura del cortijo y meditando los recuerdos, se fue llevando sus miradas para la ladera por encima del puente y del arroyo. Se veía por aquí el camino trazando curvas y aplastado entre las encinas y la tierra. Y por una de estas curvas, le pareció verla. Subiendo con la misma elegancia y belleza que en aquellos días, montada en su bicicleta. De espaldas al arroyo y de espaldas a él pero exhalando tanta belleza que enamoraba y llenaba de dolor al corazón. Quiso llamarla para verla más de cerca y que no se le escapara del tiempo pero cayó en la cuenta que todo era puro recuerdo. Que no era cierto que en ese momento ella por allí subiera aunque su corazón sí la estuviera viendo.

Sin embargo, sí percibió que el aire le regalaba con la misma esencia de aquellos días lejanos y con la misma imagen del cortijo clavado en lo más alto del cerro. Sacó de su bolsillo un bolígrafo y papel y, sin dejar de mirar para donde le parecía subía montada en su bicicleta, escribió los siguientes versos:

Ha pasado el tiempo
y todo conmigo

se ha hecho tan viejo
que ni siquiera reconozco
estos cerros.
Pero mi corazón
te sigue viendo
igual de alegre y joven
y en tu mismo juego.
Sincera eternidad
en mi eterno sueño.

315- ¿Mi chozo?

Hace tres meses que lo he construido
junto al arroyo
entre el bosque de tu belleza,
a dos pasos de tu corazón,
bajo los madroños de la tarde,
al borde de tu compañía,
y en la finca de tu perdón.
Y aquí sólo hay pájaros,
silencios de primavera
y flores que me hablan de Ti.
Pero si quieres ¿Mi chozo?
Si acaso mañana lo desmonto
y con los dos enseres
de mis mantas viejas,
y un poco de ayuda por tu parte,
me voy a vivir a la cabaña que tienes,
entre el alba y las estrellas,
al borde del prado de la hierba.

Un vaso de aluminio
una cantimplora y varias cosas más sin valor
y la corriente de tu arroyo
que pasa rozando a mi chozo,
son los únicos compañeros

que comparten conmigo
la tristeza del alma,
pero mientras en la noche duermo
sobre la música del agua,
yo sé que me besas.

Aquí te doy y me das compañía
tardes enteras y lloro y rezo
y me abrazo al viento
sin que nadie lo sepa.

Y más arriba y bajo los álamos,
brota el manantial de las aguas limpias
y como siempre, por entre las sombras juegas,
ahí me siento y sueño
que me haces perfume de flores,
aromas de hierba
y contigo me llevas.

Siempre ando visitado
de las mariposas que vuelan
y en el fresco del agua
del blanco chorro de la fuente bella,
al lavar mi cara
Tú te reflejas.

Porque mi chozo
aquí lo construí aquella tarde de primavera,
cuando me diste tu mano de amigo sincero
y me dijiste que me viniera
al simple palacio del viento tibio
y al calor sincero de la limpia tierra.

LA MUDANZA, Bujaraiza

Tanto tiempo en aquel valle arrullados por el murmullo del Guadalquivir y abrazados por la elegancia de las sombras y los bosques, que arrancarse ahora de allí no era sencillo, sino muy doloroso.

Pues tenéis que iros; por más duro que sea y aunque os cueste tanto que deseéis morir, tenéis que iros.
Les decían.

Pero es que no acabamos de creerlo.

Y era verdad: en la pequeña aldea nadie se lo creía seriamente porque tan primor era aquello y tan sueño siempre habían sido aquellos paisajes, que nadie podía creer la noticia de tenerlos que dejar ahora y para siempre. Para la eternidad. Aquellas calles, casi caminos, sólo de tierra que nunca terminaban porque se deshacían o en la vega del río o en las laderas de las montañas, aquel viento del atardecer que más que otra cosa parecía pararse por entre las chimeneas y la torre de la iglesia, aquel trajín de rebaños desde las tinadas hacia las praderas y desde aquí por los manantiales y las dehesas verdes ¿Cómo todo aquello iba a desaparecer del universo y de la noche a la mañana tragado por las aguas del pantano?

Pues va a desaparecer y para siempre.

No puede ser; el progreso no puede ser luz verde para todo en este planeta. Algún día alguien tendrá que pagar por ello.

Déjate de trascendencia y acepta la verdad. Tenéis que iros porque las aguas no tardarán en cubrir todo este monte.

Lo que pasa es que vosotros ni habéis nacido aquí ni tenéis raíces en este rincón.

Seguían diciendo algunos vecinos mientras aquella mañana, otros vecinos de la pequeña aldea, ya preparaban su mudanza.

Porque aquella mañana toda la aldea era un hervidero de actividad, aunque se conectaba y tenía relación a la de tantas veces y tantos años atrás. Fundamentalmente todo el mundo esta mañana saca a las puertas sus enseres. Mesas viejas y de madera por un lado, sillas también viejas, unas de esparto y otras de aneas, por otro lado, colchones de lana y de panochas de maíz, cortinas, vajillas. Y mientras tanto, por la senda que nunca se pierde porque jamás muere en ningún sitio, van y vienen multitud de mulos, burros y bueyes cargados todos con los enseres de la mudanza. La gente, unos y otros los van siguiendo y cuando se cruzan o se encuentra por las calles o el camino, que tanto uno como el otro es casi la misma cosa, o mientras esperan en las puertas de las casas frente al último sol de sus vidas por estos valles, se entretienen en contarse lo que sienten.

¡Quién nos iba a decir a nosotros que amanecería un día tan triste como el de hoy en este valle!

Y cuatro cosas que tengo y hay que ver lo que cuesta arrancarlas de aquí.

¿Para quién o para qué será el agua de este pantano?

Yo creo que para regar las tierras de otros y hasta dicen que para el césped de campos de gol.

Lo que puede parecer es que ya somos tantos en este planeta que los más pobres tendremos que morirnos para que vivan los que tienen más dinero.

Claro, como ellos sí lo pueden comprar todo, ahora les están surgiendo otras necesidades y han venido a estas sierras a llevarse el agua de nuestros montes aunque

para ello nosotros tengamos que dejar nuestras casas y cosas.

Pero mamá ¿Tú te das cuenta cómo está quedando la casa?

¿Cómo está quedando la casa, hija?

Pues no tienes nada más que mirarla. La habitación se queda desamueblada, llena de pelusas por el suelo, sucias sus paredes, y la tierra por todos sitios la llena de polvo. ¿Y el pasillo? Fíjate como se queda el pasillo: todo lleno de trozos de palos, más pelusas, sin ni siquiera un mueble y vacío totalmente. ¿Tú te das cuenta, mama, lo desolada y sucia que estamos dejando la casa?

Me doy cuenta, hija mía pero es que a partir de ahora ya no vamos a vivir más en ella. ¿Para qué la vamos a limpiar?

¿Qué es lo que pasa, mamá?

Nos vamos, nos mudamos a otro lugar, así que ¿para qué tenemos que dejar la casa limpia?

De todas maneras es horroroso esto de tenerse que ir y dejar la casa tan sucia. Parece más fea, parece como si nuestra vivienda fuera la culpable de que la dejemos abandonada y por eso ni siquiera nos preocupamos de ordenarla un poco para que quede limpia.

Quizá tengas razón, hija pero como la casa en sí ni siente ni sabe, qué más da. La construimos nosotros un día cuando teníamos el corazón lleno de ilusión y ahora también nosotros la dejamos abandonada para que se hunda en este valle porque ya no hay ilusión en nuestro corazón sino tristeza.

Toda aquella mañana fue una mañana muy especial en el rincón de las dehesas verdes. Los rebaños se alejaban por las laderas, la gente por los

caminos, el agua venía río abajo y conforme se iba remansando subía en forma de olas cubriendo las pequeñas rocas y el césped verde de las llanuras. El silencio se iba apoderando de los barrancos y las casas de las aldeas poco a poco se quedaban solas. Una extraña visión que sobre cogía el alma y estrujaba el corazón. Y es que ellos no lo entendían, por más argumentaciones de peso que les dieron lo ingeniero, ellos no llegaban a entenderlo. Era todo aquello una ruptura, como un primer o segundo escalón de aquella soberbia Torre de Babel cuando a los humanos se les ocurrió ser tan grandes como Dios.

La chiquilla

La chiquilla se fue tras las ovejas, llevándose en los brazos el cachorrillo de Bolera y cuando llegó a las praderas del collado, por allí se paró. Las ovejas se extendieron llenando todo el collado y mientras los animales comían de aquella tan fina hierba, ella se dedicó a jugar con el cachorrillo.

- Hoy será el último día que vienes sobre mis brazos. En cuanto lleguemos al cortijo te voy a soltar para que te vayas con tu madre y después ya tienes que empezar a arreglártelas sólo.

Le decía la muchacha. Luego, cuando ya el sol calentaba, corrió con él por entre la hierba, le enseñó la senda que desciende desde el collado el gran valle del Guadalquivir y lo llevó a la que ella llamaba ΑCascada de Seda”. En unas rocas por encima se sentó y mientras la contemplaba le decía a su cachorrillo:

- ¿Ves qué bonita? Vienen las aguas, desde lo alto y por entre las grietas de las rocas aquellas, se meten. Salen por los agujeros donde el musgo crece y al caer por el vacío, tan abiertas y extendidas, fíjate lo que

parecen: revoltones de niebla o puñados de seda. Por eso yo le he puesto ese nombre pero si te fijas bien, también parecen caños de puro algodón. No hay unas cascadas más bonitas en todas estas sierras que estas mías. ¿Tú qué dices?

El cachorrillo no dice nada pero sí juega con la niña complacido por tantos mimos y detalles. Corretea por las sendillas y de vez en cuando se para frente a ella y la mira con cariño. Cae la tarde. Ovejas, perrillo y muchacha regresan al cortijo y en cuanto llegan, lo primero que ella hace es preguntar a la madre por Bolera.

- Ya se ha muerto.

Le dice la madre sin más rodeos.

- ¿Pero dónde está mamá?

- Se fue por las rocas del Picacho y en la covachilla del roble, se metió. Fue tu padre a llevarle algo de comer y se la encontró muerta.

- Pero mamá, el animal tendría frío. ¿Por qué no dejaste que se acostara junto al fuego?

- Ella tenía que morirse. Ya tenía muchos años y a los animales, como a las personas, cuando les llega su hora, nada hay que se pueda hacer.

- Será verdad lo que dices pero si además de estar enferma pasa frío y hambre y se queda sola bajo aquellas rocas, ¿tú no crees, mamá, que es cruel?

- Sí lo será hija mía pero ya te he dicho que Bolera es vieja. Nadie puede quitarle los años de encima. Tenía que morir y ya ha muerto.

- Pues a mí me da pena y hasta siento que en el último momento la hayamos dejado tan abandonada. Algo más podríamos haber hecho por ella y a lo mejor no hubiera sufrido tanto. Me da pena que haya muerto y que haya sido en aquella cueva tan sola y con tanto frío.

337- ESTA MAÑANA

Ahora, esta mañana, el cielo nublado
arropa tiernamente la tierra mojada,
besándola en un abrazo, cual dulce amada,
que virgen, el tiempo ha conservado.

A lo largo del mundo todo esta callado
con la voz del silencio de la inmensa nada,
como si la hora ya fuera llegada,
de juntar en un punto presente y pasado.

Ahora, esta mañana, me ha rozado el viento
con su mano vieja de algodón mullido
y se ha ido luego con su paso lento.
Y de nuevo otra vez aquí te he sentido
llenando mi alma en su mismo centro
y de nuevo un poco más de Ti, me siento herido.

La boda

Cosa importante ha sido la boda, superando en mucho todo cuanto esperaba y era sueño.

- Y ahora ¿qué tienes que decir?
- Que esperaba de ti esta pregunta y no deberías habérmela hecho.
- Ya sé lo que te pasa: después de haber visto lo que has visto y sentido lo que has sentido, te has quedado sin respuesta.
- También es verdad pero sólo un poco porque el otro poco es que tengo dentro de mí ahora mismo tanta abundancia de información y de sentimientos que me he quedado bloqueado. Tengo la respuesta y sé lo que siento pero si me pusiera a contar no sabría por dónde empezar ni cómo continuar para que todo saliera perfecto y nada quedara perdido.

- Pero vamos a ver ¿tenía o no tenía yo razón?
- Tú tenías razón: la boda ha sido muy hermosa pero yo ahora, para sentirme orientado y no perderme más, tengo que estructurarla en dos grandes bloques. El primer bloque es todo aquello que en la boda fue igual a otras muchas bodas del mundo y el segundo bloque, lo que fue y es único y no se da en ninguna otra boda del mundo porque pertenece a la identidad.
- Ya sé lo que quieres decir.
- Lo que te quiero decir es lo siguiente: que la boda y ellos hoy me han descubierto, me han acercado un poco más al corazón mismo de las sierras que tanto amo.
- ¡Claro! Hasta hoy tú no habías vivido de cerca o más bien desde dentro, sus cosas más personales, sus costumbres más puras y por lo tanto, desde esta dimensión, la sierra permanecía cerrada para ti, incompleta en ella misma y en el océano de tu espíritu porque en el fondo te faltaba conocer el trozo mejor, el más importante. No los tenías a ellos con sus cosas y menos a ellos con su boda y esto pertenece al segundo bloque.
- Algo así pero todavía hay mucho más que ahora mismo no acertaría a decir. Lo estoy asimilando y digiriendo en mi corazón y he pensado que más adelante, cuando disponga de tiempo, lo haya ordenado un poco y ya sepa por dónde empezar, te lo voy a contar todo con detalle y detenidamente que es como hay que hablar de estas sierras. Tú mejor que nadie sabes que estas cosas hay que cogerlas desde el principio y avanzar lentamente, para que nada se quede atrás porque en los matices es donde se esconde la belleza que diferencia. En cuanto disponga de tiempo y lo tenga preparado te contaré despacio todo lo que hoy he visto, oído y sentido desde esta boda y alrededor de

ella, que no sólo me remite a los paisajes que tan dentro llevo, sino que me hunde más en su profundo misterio.

Ha sido una experiencia rica y bella dentro de las cosas de este puñado de tierra mía. Te contaré despacio y con detalle en cuanto tenga ordenadas las cosas y disponga de tiempo.

El color de un sueño

- ¿Nunca lo has visto tú?

Preguntó él. Y ella respondió:

- Nunca en mi vida lo he visto. Ni siquiera en sueño y, ahora que me lo dices, sí que me gustaría verlo. ¿Es del mismo color que me has dicho y tan hermoso?

- Y aun más porque las palabras ni siquiera pueden definirlo. ¿Quieres verlo?

- Pues claro que sí.

Y aquella tarde, todavía un poco antes de que el sol se pusiera, subieron por la senda que recorre la ladera. Llegaron a lo más alto del cerrillo y, al dar vista al arroyo, se pararon. Frente al cerro gemelo donde, en todo lo alto, se veía el cortijo. Ya muy viejo, casi en ruinas y recortado en el cielo. Al fondo, por donde la tarde se iba, se veían las nubes y los rayos del sol surgiendo por entre ellas. Más cerca de ellos, entre las ruinas del cortijo y el cerrillo donde estaban parados, se veía el arroyuelo. Sin agua ninguna, con unos cuantos álamos clavados en la llanura de abajo, un par de majuelos algo más arriba y el manantial de las rocas, en la parte alta.

Dijo él:

- De ese manantial, la fuente más pura y fresca de estas montañas, cogían el agua para beber los que vivieron en el cortijo.
- ¿Y todavía sigue ahí el venero?
- Todavía y parece que cada día con el agua más clara y fresca.
- Quiero verlo y mojar mis manos en esa agua y beber un trago.
- Es necesario para apreciar después los colores que te vengo diciendo.

Y sin más, avanzaron de nuevo por la senda. Siguiendo la línea de la pequeña loma y atravesando la espesura de romeros. Rozaron el majuelo grande y se acercaron al manantial. Justo donde el arroyo comienza a fraguarse y por el lado de debajo de las dos llanuras grandes. Y, al acercarse, vieron que la fuente manaba copiosa, clara y remansada.
- ¿A caso es milagrosa esta agua?
Preguntó ella.
- Yo no sé si tiene propiedades pero sí puedo confirmarte que es agua buena, muy buena.

Bebieron, se lavaron las manos, se quitaron los zapatos y, en la corriente que caía desde la fuente, mojaron sus pies y luego siguieron.
- La tarde está cayendo y por eso tenemos que darnos prisa.
Y subieron rápidos recorriendo la ladera del cerro frente a las ruinas del cortijo. Llegaron a todo lo alto justo cuando el sol se ocultaba tras las lejanas montañas. Y él de nuevo comentó:
- Mira despacio y espera unos minutos.
Hizo ella lo que le pedía y, a los tres minutos, vieron como el color violeta claro se empezaba a derramar por

todos los paisajes. Como en forma de lluvia mansa pero impregnando profundamente. Dijo ella:
- Lo estoy viendo y no lo creo pero compruebo que tenías razón: es fantástico. Como el color de un sueño.

LA DIVERSION

Estabas tú sentado bajo la sombra del pino en la ladera de enfrente y descansabas un poco de aquella subida al mismo tiempo que contemplabas el paisaje. Estabas tú allí sentado respirando el aire fresco sintiéndote aliviado del mundo de los humanos, de su presencia y de sus cosas pesadas y tontas cuando los sentiste acercarse por la pequeña cañada. Sólo eran tres y subían decididos, como si fueran a lugares concretos para realizar cosas también concretas que en principio parecían también importantes y serias. Ello no quitó que al verlos tú allí de pronto primero te sorprendiera y segundo te preguntaras que a dónde iban ellos por allí.

No tardaron en decirte a qué cosa concreta iban ellos por allí. En cuanto llegaron al final de la cañada que es donde comienza la loma y era el punto más próximo a donde tú estabas sentado los viste como torcieron hacia la derecha y empezaron a subir por el puntal.
- ¿Qué buscarán por aquí?
Te volviste a preguntar de nuevo y en este momento sentiste a los otros; a los que subían por el arroyo del otro lado de la lomilla pero más bien a media ladera. Estos eran más, por lo menos diez y subían metiendo jaleo en dirección contraria a los tres que ya iban por la lomilla.

- ¿Adónde irán aquellos también y qué es lo que buscarán por aquí?
Volviste a preguntarte sabiendo que estos rincones no son precisamente muy conocidos por los turistas y no porque sean insignificantes y feos, sino porque son rincones silenciosos y apartados y la mayoría de las veces ellos buscan otras cosas.

Y estabas tú intentando averiguar qué es lo que hacían por aquí cuando viste que los primeros se pusieron mano a la obra. Se organizaron en grupos de dos o tres y piedra gorda que encontraban por la ladera piedra que empujaban y echaba a rodar ladera abajo. Todo un crujir de rocas, monte y polvareda era lo que la piedra dejaba mientras se destrozaba saltando ladera abajo hasta el arroyo al tiempo que los del grupo miraban el espectáculo al parecer bastantes rebosantes de placer.
- Esta es más gorda pero vamos con ella.
Y de nuevo la empujaban hasta que la roca daba el primer tumbo y salía rodando. Otro escándalo más de piedras que estallaban y exclamaciones del grupo asombrados de su gran obra.
- Ahora nos toca a nosotros.
Gritaron los de arriba y entonces pusiste los ojos en ellos. ¿Qué es lo que descubriste?

Descubriste que se habían subido hasta una gran repisa donde varias piedras gordas que formaban como una pared ya las tenían ellos a punto de doblarse y salir rodando ladera abajo. Eran las piedras más bonitas de toda la ladera precisamente porque el tiempo y los fenómenos atmosféricos las habían tallado dándole las forma más caprichosa y bella que jamás artista humano podrá lograr nunca. Y las piedras estaban del

tal modo talladas y puestas en la ladera que sólo era necesario darle un pequeño empujón para que salieran rodando monte abajo.

- ¡Será posible que sean capaces!

Te dijiste tú y enseguida viste que fueron capaces. Sin apenas esfuerzo el pequeño peñasco, escultura rocosa y belleza de la ladera, cedió y solemnemente se dobló hacia la ladera y después de emitir como un gran quejido, se desplomó hacia el barranco quebrándose en mil pedazos que llenaron toda la ladera y todo los árboles que cubren la ladera.

- ¡Impresionante!

Exclamaron los del grupo de arriba.

- ¡Esto es demasiado, macho!

Exclamaron los del grupo de abajo. Y al oírlos tú y ver lo que viste ganas te dieron de irte hacia ellos y decirles cuatro cosas pero no lo hiciste.

Allí seguiste sentado a la sombra del pino durante un rato más, respirando el aire fresco que subía por el barranco y meditando las cosas de los humanos, su presencia y sus mil posturas tontas. Y como tú aquel día lo único que buscabas era precisamente esto: estar lejos de ellos y olvidarlos aunque sólo fuera por unas horas y sobre todo, a unos cuantos muy concretos, cuando ahora los viste por allí realizándose y realizando sus obras maestras, una vez más te enfadaste con ellos. Ni siquiera podían dejarte en paz en el silencio de estos barrancos y bajo la sombra fresca del pino grande si no que tenían que venir a ponerse delante de tus ojos para que tú vieras bien lo que ellos son capaces de hacer, lo inteligentes que son y la cantidad de obras grandes que salen de sus manos y mentes. A tus mismas narices y donde sólo existe aire fresco y

grandes silencios tenían que venir ellos a demostrarte sus absurda y salvajes prepotencias.

EL VADO PEQUEÑO

El vado pequeño ha sido uno de los rincones más bonitos de la sierra. En cuanto tú te asomabas al collado blanco tenías ante ti, primero la llanura con su bosque verde y que todos conocen por el Prado de los Perrillos y al fondo la corriente del arroyo. Ahí mismo estaba el vado: donde el arroyo corta la llanura y la senda empieza a irse ladera arriba. Un poco más arriba de donde la senda cruzaba la corriente es donde estaba el gran manantial y por el lado de abajo del vado, por donde ya la corriente ha dejado atrás a la llanura, es por donde se abre la cascada. Por el otro lado, por el del collado, viene la senda pequeña. Es esta una senda que se acerca al vado casi con miedo, escondida entre los pinos y el silencio y casi de puntilla para no manchar la paz que en todo momento llena este vado. Una maravilla todo este rincón y un remanso de dulzura donde a nosotros, en aquellos tiempos, nos gustaba tanto venir.

Y nosotros éramos cuatro: los tres montañeros pequeños, primos y niña rubia y un servidor. Al rayar el día nosotros cogíamos el coche y a veces, sin ni siquiera haberlo planeado antes, cuando acordábamos nos encontrábamos camino del vado.

- Es tan bonita esa corriente y se lo pasa uno tan bien corriendo por la pradera que jugar por este vado no tienen ni chispa de comparación al juego por otros rincones de la sierra.

Me decían los niños y en el fondo tenían razón. Por eso el vado, con su llanura, poco a poco se les fue metiendo dentro, poco a poco lo empezaron a sentir como su trozo de tierra predilecto y hasta llegaron a creer que nadie más tenía que ir por allí. Esto llegaron a creer ellos y todo era nada más que por lo mucho que les gustaba el vado y lo bien que se lo pasaban cuando por él corrían.

Así que una de aquellas mañanas subimos por la senda y cuando ya estábamos en lo alto del collado blanco nos llenamos de alegría. Hoy también era un día bonito y nuestro pequeño vado parecía permanecer sumido en su silencio.

- Pues no es verdad lo que me dijeron.

Exclamó la niña rubia.

- ¿Qué fue lo que te dijeron?

Le pregunta uno de los primos.

- Me dijeron que los turistas ya habían descubierto este rincón y que lo tenían todo lleno de las cosas que siempre llevan consigo.

- Serían una pena si eso sucediera porque no sólo romperían todo este paisaje y ensuciarían el agua sino que ya no quedaría por aquí ni siquiera paz.

- Que se vayan a otro sitio y nos dejen tranquilos en nuestro vado.

Seguía diciendo la niña rubia mientras ya recorría la sendilla derecha a su rincón querido. Y su rincón querido estaba en la parta baja de la llanura muy cerca del vado de la corriente. Un día que ella jugaba descubrió el secreto y enseguida nos llamó.

- ¡Venid, veréis!

Fuimos corriendo y lo que allí vimos nos llenó de asombro. Era un pequeño agujero en forma de galería o

túnel en la tierra del final de la llanura y por él manaba como humo.
- Es como si la tierra estuviera ardiendo por dentro y por aquí expulsara su calor.
- Que eso no es humo sino vapor. Lo que hay dentro de la tierra no es fuego sino agua y lo que por el agujero sale es el vapor de esa agua.
- Pero si esto es sólo vapor ahí en el agujero puedo yo poner mi mano y no me quemo.
- Si la pones, no en el agujero sino algo más afuera, donde el vapor ya se abre y se expande por el aire, seguro que no te quemas. Te calentarás las manos pero seguro que no te quemas.

Y la niña primero y después los primos hicieron la prueba y todo resultó tal como ellos habían creído. Fue aquello una sorpresa y un aliciente maravilloso para que el valle se convirtiera en algo mucho más auténtico para los niños. Por eso ellos y también yo llegamos a un acuerdo y decidimos no contar a nadie nada de aquel descubrimiento. Y por eso hoy los niños, en cuanto llegaron a la llanura, lo primero que deseaban era comprobar que su secreto todavía permanecía allí. Pero la niña fue también hoy la primera en descubrir que junto a su túnel de vapor se amontonaban los turistas. Por allí corrían los otros niños y por allí tenían ellos desparramadas sus mesas y sus tiendas.
- ¡Esto es una maravilla! Vapor de agua manando directamente de la tierra es lo más hermoso que he visto nunca. Esta noticia hay que publicarla.
Al verlos y oírlos la niña se volvió para nosotros con el deseo de querer decirnos algo sin poder.
- No te preocupes; nos iremos arroyo arriba y como otras veces jugaremos por allí. Quizá el arroyo sí esté solitario.

Pero no estaba solitario. Todo el arroyo, desde el vado hasta su nacimiento y desde su nacimiento hasta la cascada y la cerrada, estaba lleno de turistas. Unos iban con sus bolsas de plástico, otros con sus cañas de pescar y otros con sus aparatos de música llenando de ruido y dejando sin paz tanto la llanura como el vado y la senda.

- ¡Qué pena de nuestro vado! Ya nos lo han roto, ya nos lo han dejado sin paz, ya nunca más podremos venir a él para jugar como en aquellos tiempos. ¡Qué pena de nuestro vado!

Fue lo que exclamó la niña rubia y todos coincidimos en que sí, que tenía razón. A partir de aquel momento ya nunca el vado volvería a ser lo que hasta entonces había sido.

LAS FRESAS SILVESTRE

Nos pasamos toda la mañana buscándolas. Por la solana que se derrama hacia el río y no vimos ni una. Por la umbría que se entre el río y el arroyo y tan poco dimos con ninguna. Las buscamos luego por la ladera que queda a las espaldas de los vientos "granaínos", y ni una sola vimos.

- ¿Tú estás seguro que en estos montes existen fresas?
- Y tan seguro. Yo me las he comido muchas veces.
- Pues tú dirás qué hacemos. Ya que eres el experto, porque encontrar no encontramos ni para probarlas.
- Tenemos que seguir buscando.

Así que como yo sé que en estas sierras las fresas silvestres se dan muy bien, y como es verdad que las he visto muchas veces, las he cogido y me las he comido, hoy estaba seguro de no fracasar. Y de pronto, mi

seguridad da resultados. Cuando ellos, ya algo desanimados y bastante desmotivados, se rinden y se sientan en las rocas de la solana que baja hasta el río, yo me voy por el repecho que da a los aires del cierzo. Es una pequeña ladera arropada por la sombra de las encinas y los robles y humedecida en todo momento por el vapor del agua que sale del arroyo. Me voy yo por esta laderilla apartando la hierba que espesa y verde forma un manto grandiosamente bello, cuando las veo.

Primero veo una que es tan grande casi como un huevo de paloma. Brilla roja y nada más verla el corazón me salta del gozo. Mi primer impulso es llamarlos a ellos para que venga y vean pero me controlo y continuación me siento tentado a cogerla y comérmela. También me contengo y ahora ya mucho más calmado, me detengo frente a la pequeña mata verde y la contemplo. Es tan hermosa, toda roja, redonda, húmeda, rezumando frescura que casi no puedo aguantar no cogerla y llevármela a la boca. Y desde luego, por encima de todo, es esto lo que ella pide a gritos. Como si nada más verla ya estuviera esparciendo en el paladar su sabor agridulce llenándote de placer todos los sentidos.

Me muevo, la toco con mis dedos, la separo del tallo y la alzo hacia mis ojos. ¡Ahora sí que es grandiosa! Resaltada sobre el manto verde de la ladera y el fino azul del cielo colándose por entre las ramas de las encinas, no parece si no una auténtica perla fraguada con la sangre más pura que rezuma las entrañas de estas sierras. Un trozo de lo más esencial de estos montes. Y como ya no me puedo contener más, me vuelvo para atrás y los llamo.
- ¿Qué pasa ahora?
Contestan ellos.

- Aquí están las fresas silvestres.
- ¿Seguro?
- Las tengo entre mis dedos y son tan perlas, tan rojas y tan apetitosas que si no acudí pronto no podré aguantar más rato sin comérmelas.
- Hombre, espera un poco porque después de toda la mañana buscándolas ahora no nos podemos privar de ellas.

Y cuando ya llegaron y vieron no se lo creían.
- ¿Pero es totalmente silvestre?
- La acabo de coger de esta mata.
- Desde luego es que el rincón donde nacen no puede ser más hermoso. Todo hierba llena de rocío, sombras de encinas, corriente cristalina arrullándola y perfume dulce. Así es de bonita y apetitosa esta joya de fresa.
- No cabe duda que lo es.
- Increíble que lo que parece tan misterio por la poca cosa, sea tan grandioso y en medio de estos montes.

Excursión a las cascadas

El responsable de organizar la salida dijo:
- La excursión será el día tres y el autobús partirá a las nueve de la mañana, del sitio que todos conocéis.
Y preguntaron varios:
- ¿A dónde iremos?
- Os lo diré en su momento.
Y nada más se habló.

El día tres, a la hora fijada y en el sitio acordado, el autobús ya estaba esperando. Llegaron los primeros y, entre ellos, el responsable. Tres minutos después, llegó un pequeño grupo y se dispusieron a subir al autobús cuando el responsable aclaró:

- La excursión será a la ciudad para ver monumentos.
Y los últimos que habían llegado comentaron:
- A la ciudad no queremos ir de excursión. A nosotros nos gusta más la montaña.
Y el responsable confirmó:
- Pues esto es lo que hay.

Cinco minutos más tarde el autobús se ponía en marcha solo con tres o cuatro dentro. Uno de los que se había quedado en tierra, dijo:
- Propongo hacer por nuestra cuenta una ruta a las montañas.
- ¿A qué sitio?
- A las cascadas de las cuevas, en el cerro oscuro que muchos conocemos. Después de tantos días de lluvias y hoy con este sol tan espléndido, aquello tiene que ser un espectáculo.
Y casi todos a una dijeron:
- ¡Vale! Ese sitio es fantástico.
Y no se habló más. Cogieron sus mochilas y se pusieron en camino con la intención de subir a las cascadas.

Unas tres horas después, llegaron al cruce de los arroyos. Al que por la izquierda baja desde las cascadas y al que por la derecha llega de frente desde los llanos altos. Uno del grupo dijo:
- Si os apetece descansamos un momento, tomamos un bocadillo para reponer fuerzas mientras esperamos a los que vienen rezagados.
Y todos estuvieron de acuerdo.

Se apartaron de la senda, caminaron unos metros cerrillo adelante hacia la izquierda y, cuando dieron vista al río, pararon.

- Este es un sitio muy bueno para descansar mientras comemos algo y esperamos a los que se han quedado atrás.
Y los demás vieron que lo que decía era cierto: en lo más alto del cerrillo, la hierba tapizaba, varias rocas se elevaban ofreciendo asientos y mesas y la elevación del terreno, fraguaba como un mirador natural sobre las aguas del río y pequeñas cascadas y charcos. El río bajaba repleto y espumoso. Las lluvias de los días pasados habían dejado mucha agua sobre las montañas altas y los llanos. Por eso hasta ellos llegaba el estruendo de las grandes cascadas de las cuevas, a la izquierda y muy al fondo.
- Estaremos allí en poco tiempo.
Comentaban.

De sus mochilas sacaron algunos alimentos y se pusieron a tomar un bocadillo. Uno de ellos tiró un racimo de uvas, con solo dos o tres granos pequeños.
- Esto lo recicla la naturaleza.
Comentaba. Y, casi al instante, tres pajarillos, carboneros y currucas, saltaron desde los pinos cercanos y se pusieron a comer los granos de uvas que todavía quedaban en el racimo. Todos se quedaron mirando y solo uno, muy quedamente para no asustar a las avecillas, comentó:
- Solo por ver esta escena, ya puedo decir que es fantástica y ha merecido la pena esta excursión nuestra.

Canto a una mariposa

En silencio,
cuando el mundo entero dormía,
llegaste como en misterio

vestida con traje virgen
de seda y viento

Abrirte tus bellas alas
al sol primero,
fuiste flor de primavera,
fantasía y sueño
y dulce princesa blanca
en libres vuelos.

Pero un día al caer la tarde,
el frío viento,
lento besó tus alas
y tu cuerpo entero.
Las fuerzas te abandonaron
y por el suelo
te fuiste como al infinito
¿A qué cielo?

¿Que cómo es el otoño en Granada?

Hace días que quería decírtelo. Lo estamos esperando y, aunque llegará dentro de poco, del cielo las nubes se han ido. Te hablaré del otoño en Granada pero antes quiero contarte lo que ahora cada día me preocupa. Desde mi ventana miro al cielo y cuando veo nubes me alegro y si no las veo me pongo triste. No llueve, Sinombre, y tengo muchas ganas. Quiero que caigan las primeras lluvias del otoño y ni por esas. Ayer por la tarde, mientras recorría contigo las tierras de esta cañada, mis ojos se iban por el cielo. Tras las blancas nubes que por ahí temblaban y quería que vinieran. Que se alzaran hacia nosotros y que dejaran lluvias por aquí. Pero las nubes se fueron, hizo calor y otra vez volví a sentí que el otoño no llegaba.

¿Sabes Sinombre? El día que llueva y tú rebuznes se abrirá la puerta que da entrada a las entrañas del Cerro de la Viña. Nosotros pasaremos por esa puerta, entraremos y encontraremos el tesoro y me sentiré feliz. ¿Sabes qué es lo primero que vamos a hacer con las joyas? Comprarle a la Princesa lo que ella siempre está soñando: un terreno para construirse un ranchito y llenarlo de caballos. ¿Te había dicho yo alguna vez esto? Pues ya lo sabes. Lo que la Princesa más desea en el mundo es tener su rancho. Estas son sus palabras:

"Lo de los caballos sí que es una pena. Pero es lo que dice mi madre, cuando alguien tiene un sueño y aun es joven, puede cumplirlo algún día. Que primero me centre en mi carrera y cuando tenga un buen dinerillo ahorrado y todo me vaya bien, quizá pueda empezar a montar algo para dedicarme a los caballos y mira. Tendría mi ranchito. ¿Qué opinas? ¿Estaría bien?" Así que ya sabes por qué tengo tantas ganas de que llegue el otoño y llueva. A ver si el cielo nos ayuda y podemos hacer realidad nuestro sueño y el de la Princesa. Lo necesita y nosotros también.

¿Que qué ocurre estos días en la ciudad? Ni lo sé, Sinombre. Desde la distancia veo que por la vega, donde Granada duerme, ya parece que el otoño se aproxima. Esta es la sensación que tengo. Algunas personas me hablan del curso que comienza y parece que los universitarios vuelven. No sé más de la ciudad de Granada en este preludio otoñal. Y sin duda que deberán ocurrir muchas más cosas y seguro que interesantes. Pero ¿qué quieres? Sabes bien que mi mundo es como una isla pequeñita donde tú eres el centro y un poco más allá se acaba este mundo mío.

Aunque no dejo de soñar y por eso ahora mismo estoy aquí contigo y te hablo de la Princesa.

¿Sabes algo nuevo? Cuando esta tarde me venía a tu lado lo hacía entrando por la cañada arriba. Mirando al cielo por si encontraba nubes, soñando con el ranchito de la Princesa y pensando en ti. Miré al suelo al cruzar el arroyo y vi un agujero en la tierra. Me agaché a coger algo que me llamó la atención y ¿qué crees que era? Mira, aquí está. Una pulsera antigua creo que de oro y con algunos brillantes. Me he quedado sorprendido y extrañado estoy. ¿Será esto algún trozo del tesoro que se esconde en las entrañas del Cerro de la Viña? No es gran cosa esta pulsera de oro pero si encontráramos más joyas como ésta ¿tendríamos para comprarle su ranchito a la Princesa? Sinombre ¿sabes lo que te digo? Que estoy ilusionado. Tengo un pellizco dentro que me angustia un poco por algo que no te quiero contar. Pero estoy ilusionado. Quiero que llegue ya el otoño y que llueva.

La última hoja

Cuento - Texto completo.]

O. Henry

En un pequeño barrio al oeste de Washington Square las calles, como locas, se han quebrado en pequeñas franjas llamadas “lugares”. Esos “lugares” forman extraños ángulos y curvas. Una calle se cruza a sí misma una o dos veces. Un pintor descubrió en esa calle una valiosa posibilidad. ¡Supongamos que un cobrador, con una cuenta por pinturas, papel y tela, al cruzar esa ruta se encuentre de pronto consigo mismo

de regreso, sin que se le haya pagado a cuenta un solo centavo!

Por eso los artistas pronto empezaron a rondar por el viejo Greenwich Village, en pos de ventanas orientadas al norte y umbrales del siglo XVIII, buhardillas holandesas y alquileres bajos. Luego importaron algunos jarros de peltre y un par de platos averiados de la Sexta avenida y se transformaron en una colonia.

Sue y Johnsy tenían su estudio en los altos de un ancho edificio de ladrillo de tres pisos. Johnsy era el apodo familiar que le daban a Joanna. Sue era de Maine; su amiga, de California. Ambas se conocieron junto a una mesa común del restaurante Delmónico de la calle Ocho y descubrieron que sus gustos en materia de arte, ensalada de achicoria y moda, eran tan afines que decidieron establecer un estudio conjunto.

Eso sucedió en mayo. En noviembre, un frío e invisible forastero a quien los médicos llamaban Pulmonía empezó a pasearse furtivamente por la colonia, tocando a uno aquí y a otro allá con sus dedos de hielo. El devastador intruso recorrió con temerarios pasos el East Side, fulminando a veintenas de víctimas; pero su pie avanzaba con más lentitud a través del laberinto de los “lugares” más angostos y cubiertos de musgo.

El señor Pulmonía no era lo que uno podría llamar un viejo caballeresco. Atacar a una mujer pequeña, cuya sangre habían adelgazado los céfiros de California, no era juego limpio para aquel viejo tramposo de puños rojos y aliento corto. Pero, con todo, fulminó a Johnsy; y ahí yacía la muchacha, casi inmóvil en su cama de hierro pintado, mirando por la pequeña ventana holandesa del flanco sin pintar de la casa de ladrillos contigua.

Una mañana el atareado médico llevó a Sue al pasillo, y su rostro de hirsutas cejas se oscureció.

-Su amiga solo tiene una probabilidad de salvarse sobre… digamos, sobre diez -declaró, mientras agitaba el termómetro para hacer bajar el mercurio-. Esa probabilidad es que quiera vivir. La costumbre que tienen algunos de tomar partido por la funeraria pone en ridículo a la farmacopea íntegra. Su amiguita ha decidido que no podrá curarse. ¿Tiene alguna preocupación?

-Quería… quería pintar algún día la bahía de Nápoles -dijo Sue.

-¿Pintar? ¡Pamplinas! ¿Piensa esa muchacha en algo que valga la pena pensarlo dos veces? ¿En un hombre, por ejemplo?

-¿Un hombre? -repitió Sue, con un tono nasal de arpa judía-. ¿Acaso un hombre vale la pena de…? Pero no, doctor… No hay tal cosa.

-Bueno -dijo el médico-. Entonces, será su debilidad. Haré todo lo que pueda la ciencia, hasta donde logren amplificarla mis esfuerzos. Pero cuando una paciente mía comienza a contar los coches de su cortejo fúnebre, le resto el cincuenta por ciento al poder curativo de los medicamentos. Si usted consigue que su amiga le pregunte cuáles son las nuevas modas de invierno en mangas de abrigos, tendrá, se lo garantizo, una probabilidad sobre cinco de sobrevivir en vez de una sobre diez.

Cuando el médico se fue, Sue entró al atelier y lloró hasta reducir a mera pulpa una servilleta japonesa. Luego penetró con aire afectado en el cuarto de Johnsy con su tablero de dibujo mientras silbaba ragtime.

Su amiga estaba casi inmóvil, sin levantar la más leve onda en sus cobertores, con el rostro vuelto hacia la ventana. Sue la creyó dormida y dejó de silbar. Acomodó su tablero e inició un dibujo a pluma para ilustrar un cuento de una revista. Los pintores jóvenes

deben allanarse el camino del Arte ilustrando los cuentos que los jóvenes escriben para las revistas, a fin de facilitarse el camino a la Literatura.

Mientras Sue bosquejaba unos elegantes pantalones de montar sobre la figura del protagonista del cuento, un vaquero de Idaho, oyó un leve rumor que se repitió varias veces. Se acercó rápidamente a la cabecera de la cama.

Los ojos de Johnsy estaban muy abiertos. Miraba la ventana y contaba… contaba al revés.

-Doce -dijo. Y poco después agregó-. Once -y luego-: diez… nueve… ocho… siete… -casi juntos.

Sue miró, solícita, por la ventana. ¿Qué se podía contar allí? Apenas se veía un patio desnudo y desolado y el lado sin pintar de la casa de ladrillos situada a siete metros de distancia. Una enredadera de hiedra vieja, muy vieja, nudosa, de raíces podridas, trepaba hasta la mitad de la pared. El frío soplo del otoño le había arrancado las hojas y sus escuálidas ramas se aferraban, casi peladas, a los desmoronados ladrillos.

-¿Qué sucede, querida? -preguntó Sue.

-Seis -dijo Johnsy, casi en un susurro-. Ahora están cayendo con más rapidez. Hace tres días había casi un centenar. Contarlas me hacía doler la cabeza. Pero ahora me resulta fácil. Ahí va otra. Ahora apenas quedan cinco.

-¿Cinco qué, querida? Díselo a tu Susie.

-Hojas. Sobre la enredadera de hiedra. Cuando caiga la última hoja también me iré yo. Lo sé desde hace tres días. ¿No te lo dijo el médico?

-¡Oh, nunca oí disparate semejante! -se quejó Sue, con soberbio desdén-. ¿Qué tienen que ver las hojas de una vieja enredadera con tu salud? ¡Y tú le tenías tanto cariño a esa planta, niña mala! ¡No seas tontita! Pero si el médico me dijo esta mañana que tus probabilidades

de reponerte muy pronto eran -veamos, sus palabras exactas -… ¡de diez contra una! ¡Es una probabilidad casi tan sólida como la que tenemos en Nueva York cuando viajamos en tranvía o pasamos a pie junto a un edificio nuevo! Ahora, trata de tomar un poco de caldo y deja que Susie vuelva a su dibujo, para seducir al director de la revista y así comprar oporto para su niña enferma y unas costillas de cerdo para ella misma.

-No necesitas comprar más vino -dijo Johnsy con los ojos fijos más allá de la ventana-. Ahí cae otra. No, no quiero caldo. Sólo quedan cuatro. Quiero ver cómo cae la última antes de anochecer. Entonces también yo me iré.

-Mi querida Johnsy -dijo Sue, inclinándose sobre ella-. ¿Me prometes cerrar los ojos y no mirar por la ventana hasta que yo haya concluido mi dibujo? Tengo que entregar esos trabajos mañana. Necesito luz: de lo contrario, oscurecería demasiado los tintes.

-¿No podrías dibujar en el otro cuarto? – preguntó Johnsy con frialdad.

-Prefiero estar a tu lado -dijo Sue-. Además, no quiero que sigas mirando esas estúpidas hojas de la enredadera.

-Apenas hayas terminado, dímelo -pidió Johnsy cerrando los ojos y tendiéndose, quieta y blanca, como una estatua caída-. Porque quiero ver caer la última hoja. Estoy cansada de esperar . Estoy cansada de pensar. Quiero abandonarlo todo e irme navegando hacia abajo, como una de esas pobres hojas fatigadas.

-Procura dormir -dijo Sue-. Debo llamar a Behrman para que me sirva de modelo a fin de dibujar al viejo minero ermitaño. Volveré inmediatamente. No intentes moverte hasta que yo vuelva.

El viejo Behrman era un pintor que vivía en el piso bajo. Tenía más de sesenta años y la barba de un Moisés de

Miguel Ángel que bajaba, enroscándose, desde su cabeza de sátiro hasta su tronco de duende. Era un fracaso como pintor. Durante cuarenta años había esgrimido el pincel, sin haberse acercado siquiera lo suficiente al arte. Siempre se disponía a pintar su obra maestra, pero no la había iniciado todavía. Durante muchos años no había pintado nada, salvo, de vez en cuando, algún mamarracho comercial o publicitario. Ganaba unos dólares sirviendo de modelo a los pintores jóvenes de la colonia que no podían pagar un modelo profesional. Bebía ginebra inmoderadamente y seguía hablando de su futura obra maestra. Por lo demás, era un viejecito feroz, que se mofaba violentamente de la suavidad ajena, y se consideraba algo así como un guardián destinado a proteger a las dos jóvenes pintoras del piso de arriba.

En su guarida mal iluminada, Behrman olía marcadamente a nebrina. En un rincón había un lienzo en blanco colocado sobre un caballete, que esperaba desde hace veinticinco años el primer trazo de su obra maestra. Sue le contó la divagación de Johnsy y le confesó sus temores de que su amiga, liviana y frágil como una hoja, se desprendiera también de la tierra cuando se debilitara el leve vínculo que la unía a la vida. El viejo Behrman, con los ojos enrojecidos y llorando a mares, expresó con sus gritos el desprecio y la risa que le inspiraban tan estúpidas fantasías.

-¡Cómo! -gritó-. ¿Hay en el mundo gente que cometa la estupidez de morirse porque hojas caen de una maldita enredadera? Nunca oí semejante cosa. No, yo no serviré de modelo para ese badulaque de ermitaño. ¿Cómo permites que se le ocurra a ella semejante imbecilidad? ¡Pobre señorita Johnsy!

-Está muy enferma y muy débil -dijo Sue-, y la fiebre la ha vuelto morbosa y le ha llenado la cabeza de extrañas

fantasías. Está bien, señor Behrman. Si no quiere servirme de modelo, no lo haga. Pero debo decirle que usted me parece un horrible viejo… ¡un viejo charlatán!

-¡Se ve que eres solo una mujer! -aulló Behrman-. ¿Quién dijo que no te serviré de modelo? Vamos. Iré contigo. Desde hace media hora estoy tratando de decirte que te voy a servir de modelo. ¡Dios! Este no es un lugar adecuado para que esté en su cama de enferma una persona tan buena como la señorita Johnsy. Algún día, pintaré una obra maestra y todos nos iremos de aquí. ¡Dios!, ya lo creo que nos iremos.

Johnsy dormía cuando subieron. Sue bajó la persiana y le hizo señas a Behrman para pasar a la otra habitación. Allí se asomaron a la ventana y contemplaron con temor la enredadera. Luego se miraron sin hablar. Caía una lluvia insistente y fría, mezclada con nieve. Behrman, en su vieja camisa azul, se sentó como minero ermitaño sobre una olla invertida.

Cuando Sue despertó a la mañana siguiente, después de haber dormido solo una hora, vio que Johnsy miraba fijamente, con aire apagado y los ojos muy abiertos, la persiana verde corrida.

-¡Levántala! Quiero ver -ordenó la enferma, en voz baja.

Con lasitud, Sue obedeció.

Pero después de la violenta lluvia y de las salvajes ráfagas de viento que duraron toda esa larga noche, aún pendía, contra la pared de ladrillo, una hoja de hiedra. Era la última.

Conservaba todavía el color verde oscuro cerca del tallo, pero sus bordes dentados estaban teñidos con el amarillo de la desintegración y la putrefacción. Colgaba valerosamente de una rama a unos siete metros del suelo.

-Es la última -dijo Johnsy-. Yo estaba segura de que caería durante la noche. Oía el viento. Caerá hoy y al mismo tiempo moriré yo.

-¡Querida, querida! -dijo Sue, apoyando contra la almohada su agotado rostro-. Piensa en mí si no quieres pensar en ti misma. ¿Qué haría yo?

Pero Johnsy no respondió. Lo más solitario que hay en el mundo es un alma que se prepara a emprender ese viaje misterioso y lejano. La imaginación parecía adueñarse de ella con más vigor a medida que se aflojaban, uno por uno, los lazos que la ligaban a la amistad y a la tierra.

Transcurrió el día, y cuando empezó a anochecer ambas pudieron aún distinguir entre las sombras la solitaria hoja de hiedra adherida a su tallo, contra la pared. Luego, cuando llegó la noche, el viento norte volvió a zumbar con violencia mientras la lluvia seguía martillando las ventanas y los bajos aleros holandeses.

Al día siguiente, cuando hubo suficiente claridad, la despiadada Johnsy ordenó que levantaran la persiana. La hoja aún seguía allí. Johnsy se quedó tendida largo tiempo, mirándola. Y luego llamó a Sue, que estaba revolviendo su caldo de gallina sobre el hornillo.

-He sido una mala muchacha, Susie -dijo-. Algo ha hecho que esa última hoja se quedara allí, para probarme lo mala que fui. Es un pecado querer morir. Ahora puedes traerme un poco de caldo y de leche, con algo de oporto y… no; tráeme antes un espejo. Luego ponme detrás unas almohadas y me sentaré y te miraré cocinar.

Una hora después, Johnsy dijo:

- Susie, confío en que algún día podré pintar la bahía de Nápoles.

Por la tarde acudió el médico y Sue encontró un pretexto para seguirlo al comedor cuando salía.

-Hay buenas probabilidades -dijo el médico, tomando en la suya la mano delgada y temblorosa de Sue-. Cuidándola bien, usted la salvará. Y ahora tengo que ver a otro enfermo en el piso bajo. Es un tal Behrman… un artista, según parece. Otro caso de pulmonía. Es un hombre viejo y débil y el acceso es agudo. No hay esperanzas de salvarlo; pero hoy lo llevan al hospital para que esté más cómodo.

Al día siguiente el médico le dijo a Sue:

-Su amiga está fuera de peligro. Usted ha vencido. Ahora alimentación y cuidados. Eso es todo.

Y esa tarde Sue se acercó a la cama donde Johnsy, muy contenta, tejía una bufanda de lana muy azul y muy inútil, y la ciñó con el brazo, rodeando hasta las almohadas.

-Tengo que decirte una cosa -dijo-. Hoy murió de pulmonía en el hospital el señor Behrman. Solo estuvo enfermo dos días. El mayordomo lo encontró en la mañana del primer día en su cuarto, impotente de dolor. Tenía los zapatos y la ropa empapados y fríos. No pudieron comprender dónde había pasado una noche tan horrible. Luego encontraron una linterna encendida aún, y una escalera que Behrman había sacado de su lugar y algunos pinceles dispersos y una paleta con una mezcla de verde y amarillo… y… Mira la ventana, querida, observa esa última hoja de hiedra que está sobre la pared ¿No es extraño que no se moviera ni agitara al soplar el viento? ¡Ah, querida! Es la obra maestra de Behrman: la pintó allí la noche en que cayó la última hoja.

Índice: